

LOS ESCANDALOSOS AMORES DE LOS FILÓSOFOS

1965

Josefo Leonidas (con ilustraciones
de Themo Lobos)

Edición electrónica de
www.philosophia.cl / Escuela de
Filosofía Universidad ARCIS.

DEDICATORIA

A los profesores de Filosofía, como aporte a su espantosa labor, en la cual pueden emplear este libro como texto de enseñanza, ya que, para ese fin, es tan inservible como los actualmente en uso.

EL PORQUÉ DEL TÍTULO

ESTA ES una historia de los filósofos, desde Tales de Mileto hasta Carlos Marx, escrita en forma sencilla, y, en lo posible, amena. Está dirigida especialmente a las personas que tienen cierta confusión entre Adenauer, Schopenhauer y Eisenhower, o que cuando oyen hablar de Augusto Comte dicen:

— ¡Ah, Comte, el de Montecristo!

¿Por qué, entonces, si ésta es una obra seria y erudita, su título es “Los escandalosos amores de los filósofos”, que no le anda ni por las tapas?

Simplemente, por razones publicitarias.

Según minuciosas investigaciones realizadas por sociólogos norteamericanos, de cada diez mil personas hay nueve mil novecientas noventa y siete que sufren de obsesión sexual crónica, una que la sufre en forma aguda, y dos que están muertas. Este interesante descubrimiento ha sido aplicado con éxito en la propaganda cinematográfica, especialmente a través de los títulos. Así, por ejemplo, si a una mala película se la titula “Laura desnuda” (aunque Laura aparezca más forrada que un esquimal), esto le asegura permanecer en cartelera, a tablero vuelto, no menos de tres meses.

Las empresas distribuidoras de películas aplican aquel principio al traducir los títulos. Tradujeron “Le garçon sauvage” como “Fruto del pecado”; “Vita da cani” como “Hijas del pecado”, y “The butterfly” como “Desnuda por el mundo”, convirtiendo así tres bodrios en éxitos de taquilla.

Si el truco resulta con las películas, tiene que servir también tratándose de libros.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es un filósofo?

LOS FILÓSOFOS son hombres que hacen del pensar un oficio, que tratan de vivir de eso. En realidad tiene sus ventajas como profesión, pues no cansa: se puede trabajar tendido en la playa o sentado en un bar. Pero se gana poco. Para ser filósofo hay que estar cesante o ser millonario.

Pero no se crea que los filósofos pueden pensar en cualquier cosa. Nada de eso. Sus pensamientos tienen que referirse a Problemas de la Filosofía. ¿Y ésta qué es? Ardua tarea sería explicarlo, así es que nos limitaremos a señalar la etimología de esa palabra. Filosofía deriva de las raíces griegas “filo”, que significa “amante” y “sofía”, esto es, “Sofía”. En este caso, como en tantos otros, el origen etimológico no es suficiente para aclarar el concepto, pero algunas luces da.

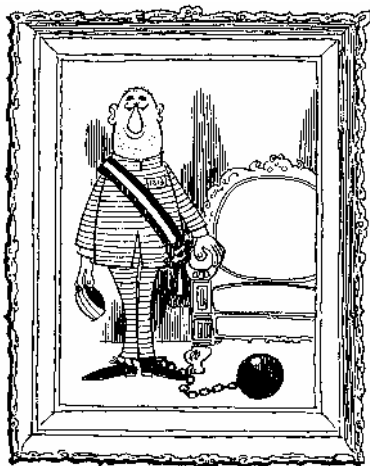
A continuación veremos quiénes han sido y qué han hecho esos hombres que, parodiando la máxima que dice: “Primero hay que vivir y después filosofar” (*Primum vivere, deinde, filosofare*), han creado, esta otra: “Primero hay que filosofar y después trabajar” (*Primum filosofare, deinde pelare il ajum*).

CAPÍTULO I

Los filósofos presocráticos

SE LLAMAN presocráticos, los partidarios del régimen político llamado presocracia, que se diferencia de la democracia en que, mientras en ésta gobierna el “demos”, es decir, el pueblo (“demos”: pueblo; “kratos”: gobierno), en aquélla gobiernan los presos (“preso”: presos; “kratos”: gobierno).

Esta teoría era utópica. Es imposible que los presos gobiernen, por razones prácticas y lógicas. En efecto, si están presos no pueden asistir al Parlamento, y, si los dejan ir, se dictan una ley de amnistía.



EL IDEAL PRESOCRÁTICO.

Por estas razones, la presocracia como ideal político decayó rápidamente, y desde la antigüedad no han existido más filósofos presocráticos.

Los presocráticos se caracterizaron porque lo preocupó fundamentalmente averiguar de qué sustancia fue hecho el mundo. Aunque se esforzaron mucho, no encontraron una respuesta satisfactoria, pero su preocupación por este problema les sirvió de excusa para pasarse tardes enteras charlando con los amigos.

Satirófanes, el Padre de la Filosofía

EL PRIMER filósofo de quien se tienen noticias fue un tal Satirófanes, que vivió en Asia Menor hace dos mil quinientos años¹. A ese primer filósofo no se le menciona generalmente por su nombre verdadero —Satirófanes—, sino por su apodo, que se originó de la manera que vamos a relatar.

¹ ¡Cómo ha crecido Asia desde entonces! Uno mira hoy un mapa y advierte a simple vista que Asia es en la actualidad el continente más grande. Resulta difícil imaginar que hace veinticinco siglos era tan chico que lo llamaban Asia Menor.

Satirófanes era un hombre joven y muy tenorio, que tenía de vecina a una italianita bella, graciosa y lozana como pocas. Los muchachos del barrio estaban locos por ella, y al pasar le decían mil piropos, a cuál más fino y elegante.

—Adiós, diosa de la fecundidad —le decía uno.

—Hija de Baco, eres embriagadora como el vino —agregaba otro.

Pero ella, quizá porque no conocía bien el idioma —pues había abandonado Italia poco tiempo antes—, o tal vez porque era orgullosa y tenía esa frialdad aparente de las mujeres hermosas, no se daba por enterada.

Una noche, al salir Satirófanes de un templo donde había estado rindiendo culto al dios Baco, y todavía sumido en el éxtasis que produce dicha adoración, decidió dar una sorpresa a su bella vecina. Pasando sin dilación del pensamiento al hecho, se dirigió rápidamente a la casa de ella, se introdujo por una ventana en la habitación de la niña, se agazapó entre las sábanas, y se dispuso a esperar que llegara.

Al poco rato entró la joven, con una lamparilla de aceite cuya llama oscilaba y hacía bailar las sombras de la habitación, de modo que no advirtió que en la cama había gato encerrado, o, mejor dicho, filósofo escondido.

Así, pues, totalmente despreocupada, la italianita se desnudó.

Satirófanes no podía verla desde su escondrijo, pero se consolaba pensando que, dentro de algunos momentos, no sólo la vería, sino que la tocaría, y como decía el poeta, *tocare est melior quae videre*.

La joven se introdujo en la cama. Ahogó un grito. Dio un salto. Tomó la tranca de la puerta, y, con una fuerza increíble en tan delicada criatura, propinó a Satirófanes repetidos golpes, al tiempo que gritaba:

—¡O *tales de mi letto* o *ío quiamo a los carabinieri!*...

Satirófanes saltó de la cama, corrió hacia la ventana y salió a la calle, pero los estridentes gritos de la joven habían atraído a los vecinos y transeúntes, así es que se encontró en medio de un grupo de curiosos que, adivinando lo sucedido, lo miraban con expresión burlona. Satirófanes quiso alejarse rápidamente, pero alguien gritó:

—¡O *tales de mi letto* o *ío quiamo a los carabinieri!*...

La ocurrencia fue recibida con grandes carcajadas, y todo el grupo corrió tras Satirófanes y alrededor de él, gritando, como la italiana lo había hecho:

—¡O *tales de mi letto!*...



Satirófanes decidió hacer una broma a su linda vecina.

La historia sabrosa de la frustrada aventura corrió por toda la ciudad, y desde entonces, cada vez que Satirófanes salía a la calle, algún chusco le gritaba aquella frase que le recordaba su fracasada conquista:

—¡Tales de mi letto!

Esta situación mortificó tanto a Satirófanes, que abandonó Asia Menor; se fue a Egipto y allí se entregó a la meditación.

Aquel episodio, que se originó por beber vino en exceso, se confabuló con la sequedad de Egipto, país en que el agua era más apreciada que el oro, para hacer que Satirófanes —o Tales de Mileto, nombre con que pasó a la historia— sintiera un gran amor, por el agua. A tanto llegó este amor místico por el agua, que el único fruto de sus meditaciones fue este pensamiento:

“Todas las cosas fueron hechas de agua”.

En aquella época, quinientos años antes de Cristo, era muy poca la gente que formulaba pensamientos interesantes, así es que esa frase fue suficiente para que Tales fuera considerado desde entonces uno de los Siete Sabios de Grecia. Con tal título, Satirófanes, alias Tales de Mileto, se convirtió en un personaje ilustre, cuya fama aprovecharon sus coterráneos para dar renombre —quizá con el propósito de fomentar el turismo— a la ciudad en que el filósofo nació, llamada Satirópolis. Así, pues, le cambiaron ese nombre por el de Mileto, y en ella construyeron una enorme escuela destinada a divulgar las ideas del “sabio”. En la fachada de la escuela escribieron, con grandes letras de oro, su “doctrina”:

TODAS LAS COSAS FUERON HECHAS DE AGUA

Esa fue la célebre Escuela de Mileto.

La Escuela de Mileto

LOS COLEGIOS particulares han sido un pingüe negocio desde que el mundo es mundo, y la Escuela de Mileto no fue una excepción. Los alumnos tenían que pagar la matrícula, cuotas mensuales y una suma para útiles escolares; debían efectuar un aporte para el Centro de Amigos de la Escuela y comprar, además, unas estampitas con la imagen de Tales de Mileto.

Al mismo tiempo, los ágiles “amigos de la escuela” se habían movido bastante rápido en las esferas oficiales para conseguir una subvención estatal destinada a mantener el establecimiento.

En realidad, el Centro de Amigos de la Escuela de Mileto era sólo una pantalla tras la cual se ocultaban dos inteligentes hombres de negocios llamados

Anaximandro y Anaxímenes, que con las utilidades del colegio se daban la gran vida.

Durante largo tiempo, Anaximandro y Anaxímenes vivieron con las ganancias que les producía la Escuela de Mileto, sin otra ambición que seguir lucrando a su costa. Pero a la larga eso no les bastó. El hombre es un animal vanidoso, y después que alcanza la prosperidad económica, quiere destacarse como hombre de talentos, aunque no los tenga. Así, pues, Anaximandro primero, y Anaxímenes después, decidieron ganar para sí una fama similar a la que Tales ganó con su afirmación de que todo está hecho de agua, y se botaron a filósofos.

Anaximandro pensó que lo mejor que podía hacer para quedar a la altura de Tales era negar lo que Tales había dicho, así es que formuló esta idea, bastante tonta, con la que pasó a la historia:

“Todas las cosas no fueron hechas de agua”.

Como los colegios son la mejor herramienta de propaganda que se ha inventado hasta ahora, Anaximandro logró imponer su doctrina en una generación, la que, como es lógico, entró en conflicto con la generación anterior. Durante muchos años fue frecuente ver en las calles de Mileto a viejos y jóvenes que discutían acaloradamente. Los viejos sostenían que todas las cosas fueron hechas de agua, y los jóvenes sostenían lo contrario. Todo el mundo estaba dividido entre la doctrina de Tales y la de Anaximandro.

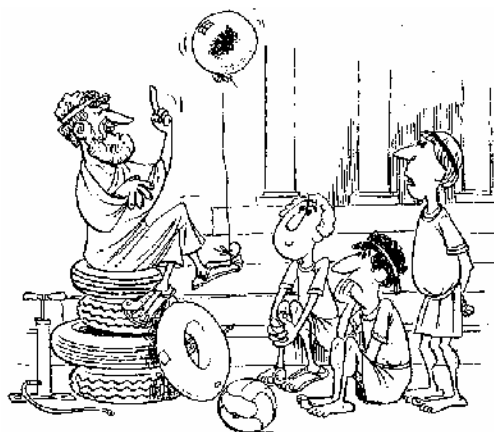
Cuando Anaximandro murió, le tocó el turno a Anaxímenes, el socio más joven, el cual ordenó que se enseñara en la Escuela de Mileto su propia doctrina, tan demencial como las otras dos:

“Todas las cosas fueron hechas de aire”.

Ahí se armó la grande.

Todos los padres quieren que sus hijos sean educados en las ideas que ellos profesan, y si les enseñan otras cosas, consideran que los están corrompiendo, que les están deformando la mente. Eso fue lo que sucedió con la innovación de Anaxímenes. Los padres de familia que vivían en la ciudad de Mileto en aquella época, querían tener hijos talesianos o anaximandristas, según fueran partidarios de la doctrina de Tales o de la de Anaximandro, así es que el cambio de rumbo adoptado en la instrucción de sus hijos los indignó:

- Están formando a nuestros hijos en el anaximenismo — decían.
- Les enseñan que todas las cosas fueron hechas de aire...
- Les están deformando su personalidad...
- Corrompiéndolos...



ANAXÍMENES: —¡Todas las cosas están hechas de aire!

- Enseñándoles doctrinas falsas.
- Inmorales...
- Inadmisibles...

Y pusieron término al asunto del modo que les pareció más práctico: incendiaron la Escuela de Mileto.

Numerosas excavaciones arqueológicas efectuadas hasta la fecha no han podido dar con las ruinas de la Escuela de Mileto. De ella nos quedan, pues, solamente las teorías acerca del agua y del aire, que en lenguaje filosófico se denominan, respectivamente, ¡plash! y ¡plop!

Pitágoras, el conspirador

CUANDO muchacho, Pitágoras era alegre, jovial, dicharachero y bromista. A veces iba de la isla de Samos, donde él vivía, al continente, y allí, acompañado de un amigo, se entretenía en detener a los transeúntes para decirles:

- Nosotros no somos de aquí.
- ¿No? ¿Y de dónde son? — le preguntaban.
- Somos de Samos — contestaba Pitágoras, y él y su amigo se alejaban muertos de la risa.

No era de un fabuloso ingenio, como puede apreciarse, pero, por lo menos, era un tipo simpático.

Así fueron las cosas hasta que la familia —la madre sobre todo— comenzó a hacerle ver que por ese camino no llegaría a ninguna parte. Los jóvenes que habían sido compañeros de Pitágoras en el colegio tampoco trabajaban, es cierto, pero ya eran militares, sacerdotes o políticos. Y él, como los zorzales, sólo sabía comer y cantar.

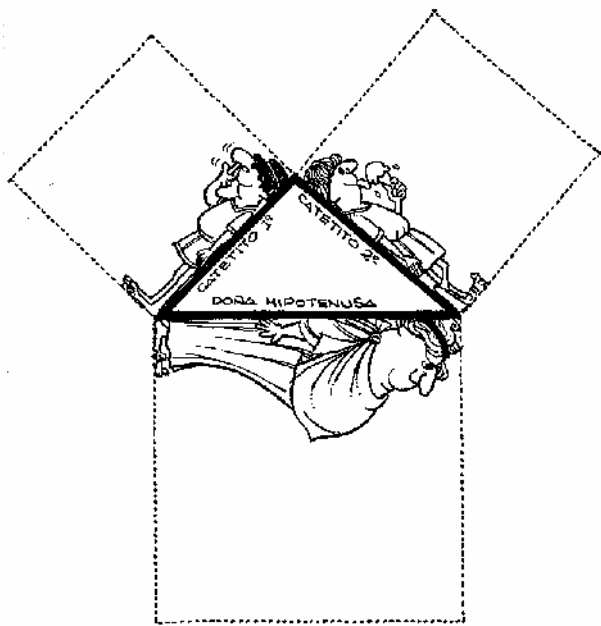
Perfectamente habría podido seguir su vida igual que hasta entonces, pues era rico, tenía esclavos y no necesitaba trabajar¹. Pero los prejuicios del ambiente eran muy poderosos, y Pitágoras tuvo que seguir la corriente.

Para comenzar a ser persona seria, se casó. Desde entonces se rió muy poco. Después se dedicó a las matemáticas, y como todo matemático que se respete debe inventar algo, Pitágoras inventó su famoso teorema, al que todavía le están buscando alguna aplicación práctica. Como homenaje a su familia, les dio a los trazos de esa figura geométrica los nombres de su mujer, Hipotenusa, y de sus hijos, los Catetes.

¹ La democracia griega tenía ese pequeño defecto: una minoría de ricos vivía a costillas de una mayoría de pobres. Afortunadamente, las democracias modernas han superado esa falla, excepto en los hemisferios norte y sur.

Pitágoras inventó algunas expresiones que todavía se usan en matemáticas, tales como “el cuadrado de un número”, “el cubo de un número” y “este problema es un queso”.

A los treinta años, Pitágoras ya había perdido todo su buen humor. Su mujer se quejaba todo el día de las empleadas; sus hijos peleaban con los niños del vecindario, y los esclavos —instigados probablemente por malvados agitadores— pedían constantemente aumento de salarios y reducción de la jornada de trabajo a veinte horas diarias.



Según el teorema de Pitágoras, el cuadrado construido sobre la Hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los Catejos.

institución, lejos de miradas y oídos indiscretos, Pitágoras y sus amigos prepararon un golpe de Estado. Mientras tanto, para distraer a la opinión pública, dejaron entrever que se preocupaban de cosas sobrenaturales, para lo cual realizaban ritos misteriosos en medio de símbolos esotéricos. Pitágoras elaboró los Doce Mandamientos Pitagóricos, uno de los cuales prohibía comer porotos, y, además, formuló su doctrina filosófica, tanto o más esquizofrénica que las anteriores:

“Todas las cosas fueron hechas de números”¹.

Todo ese *camouflage* con que se rodeó la conspiración estuvo tan bien hecho, que todavía hay algunos que consideran a Pitágoras un místico.

En su época, la maniobra funcionó a la perfección, y los conciudadanos de Pitágoras ni se dieron cuenta cuando de la mística secta de los pitagóricos partió un golpe de estado que derribó al gobierno democrático.

—Estos sinvergüenzas están cada día más flojos —rezongaba Pitágoras—. Quieren darse la gran vida.

Entonces fue que decidió dedicarse a la política, a la religión y a la filosofía: en política combatiría al partido democrático, que estaba en el gobierno; a través de la religión trataría de amansar a sus esclavos, y la filosofía la usaría para despistar.

Para conspirar con tranquilidad, fundó una secta secreta, a la que invitó a numerosos miembros del partido aristocrático, que eran, como él, ricachones que tenían problemas con sus esclavos. Reunidos en el local de la

¹ El padre de Pitágoras se llamaba Segundo. Por eso Pitágoras decía: “Yo fui hecho por un número”.

Tiempo después, los demócratas recuperaron el gobierno, clausuraron la institución y persiguieron a los pitagóricos. Entonces Pitágoras y los demás conspiradores pusieron el grito en el cielo

—¡Este es un régimen totalitario! ¡Reclamamos libertad religiosa! ¡Reclamamos libertad para la cultura!

Pero sus quejas no tuvieron repercusión. Formaron un gobierno en el exilio, destinado a atraerse las simpatías de los extranjeros, pero para que este tipo de gobierno mantenga su dignidad necesita recibir una subvención de alguna parte, sistema que todavía no se había inventado.

Los problemas, los achaques y la vejez terminaron por desequilibrar a Pitágoras, que terminó tomando en serio la religión que fundó. Los últimos años de su vida los dedicó a predicar el pitagorismo, a hacer milagros y a difundir la idea de que él había sido enviado por Dios a los hombres para salvarlos.

—Modestia aparte, yo tengo origen divino— les decía a las muchedumbres ingenuas, que lo escuchaban embobadas.

Con todos esos elementos, el pitagorismo se transformó en una religión muy atractiva, y alcanzó una gran difusión. Durante varios siglos fue corriente ver en los hogares griegos imágenes de Pitágoras, hechas de yeso y pintadas de colores, ante las cuales la gente acostumbraba poner flores y encender velas, como una forma de prevenir enfermedades y desgracias de todo tipo.

Jenófanes, el precursor de la ciencia-ficción

Así como no hay periodistas imparciales, tampoco hay historiadores que sean totalmente objetivos. Siempre cometen pequeñas o grandes injusticias con los personajes históricos destacan a aquellos que les resultan simpáticos y callan a otros, porque no comparten sus ideas religiosas o políticas. Así, por ejemplo, los historiadores cristianos consideran a Sócrates, Platón y Aristóteles como los más grandes filósofos griegos, mientras que el Diccionario de Filosofía publicado por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética dice de ellos:

“Sócrates, Platón y Aristóteles fueron representantes de la aristocracia esclavista griega. Se opusieron permanentemente a los movimientos populares y a la democracia, por lo que Sócrates fue ejecutado. Aristóteles fue perseguido por colaborar con el imperialismo macedónico. Como filósofos, ninguno de ellos les llegaba al talón a Heráclito ni a Demócrito. Han sido mañosamente exaltados por los historiadores burgueses”.

Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que con Jenófanes se ha cometido una tremenda injusticia al recordarlo por su pensamiento más insignificante, por su teoría acerca del origen del universo Dijo que “todas las cosas fueron hechas de

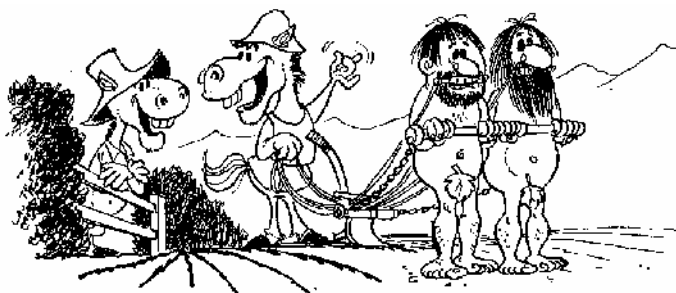
agua y tierra”, opinión que algunos pretenden emparentar con aquellos versículos del Génesis que dicen:

“Y he aquí que Lot dijo a su mujer, que era pequeña: Cuando Dios creó el mundo, hizo a los hombres de barro, mas, para hacerte a ti, tuvo que raspar el tarro”.

El verdadero mérito de Jenófanes no está en esa teoría, sino en su calidad de precursor de la fantaciencia, pues, aunque no escribió ninguna novela, esbozó algunos argumentos que podrían desarrollarse fácilmente.

He aquí un botón de muestra:

“Los hombres creen que los dioses están hechos a imagen y semejanza de ellos. Pero si los caballos, bueyes y leones tuvieran manos y produjeran obras de arte, los caballos pintarían a los dioses como caballos, los bueyes como bueyes y los leones esculpirían estatuas de los dioses hechos a imagen y semejanza de los leones”.



—Y yo le digo: “¡Con ese vestido te ves caballo!”

Si Jenófanes hubiera escrito para el público de hoy, habría presentado ese mismo asunto en forma de novela, cuyo argumento sería el siguiente: En un planeta idéntico a la Tierra no es el hombre el animal de inteligencia más desarrollada, sino el caballo, invirtiéndose los papeles. El hombre, animal subdesarrollado y doméstico, arrastra los arados y las carretas hechas por el Rey de la Creación, el *equino sapiens*.

El caballo ha creado en ese planeta civilizaciones y culturas, filosofías y religiones. Las filosofías equinas afirman que “el caballo es un animal racional”, y las religiones sostienen que el caballo tiene un alma inmortal y que está hecho a imagen y semejanza del Equino Todopoderoso.

En la sociedad equina hay desigualdad, injusticia, discriminación racial y lucha de clases. Los percherones —mercenarios a sueldo de los fina sangre— impiden entrar a las universidades a los caballos ordinarios, mientras los potros revolucionarios organizan manifestaciones y repiten con tono solemne los pensamientos de uno de los más grandes teóricos que ha producido la raza equina.

A todo esto, los hombres retozan desnudos por los campos, saboreando los ricos pastos y espantándose a manotazos las moscas y los tábanos, ajenos por completo a los grandes problemas que agitan el mundo.

He ahí el verdadero legado de Jenófanes, el filósofo que los historiadores olvidan o que recuerdan por su teoría de la tierra y del agua, que sólo contribuye a embarrar su memoria.

Heráclito, el padre de la Dialéctica

HACIA el año 500 A. C.¹ vivía en Efeso un filósofo notable en muchos sentidos, pero que se destacaba sobre todo por ser el padre de la belleza más extraordinaria que conoció la antigüedad. Era ella una adolescente alta, esbelta, graciosa, bien dotada por donde se la mirara. Cuando caminaba por las calles de Efeso, luciendo su peinado alto, sus hombros maravillosos descubiertos por la túnica ceñida y su rostro de diosa, todos los transeúntes se quedaban absortos, con los ojos desencajados y la mandíbula colgante, sin poder articular palabra.

Los varones de Efeso se desquitaban de aquella mudez involuntaria lanzando al padre de la maravilla —Heráclito— los piropos que eran incapaces de pronunciar ante su hija. Es así que, mientras caminaba hacia la plaza del mercado a dialogar con sus alumnos, fuera solo o acompañado, Heráclito oía una serie continua de frases que, de algún modo o de otro, constituían elogios para su hija:

—¡Suegro! —le decían algunos.

—¡Profesor de genética! —le gritaban otros.

Y los más tímidos se contentaban con comentar:

—Ahí va Heráclito, el padre de la Dialéctica.

La madre de Dialéctica, esto es, la mujer de Heráclito, era también una mujer hermosa, con una belleza algo opacada por los años, pero que conservaba todo el ardor de sus años mozos, que no era poco, pues el clima caluroso de Efeso condicionaba en sus mujeres un temperamento ardiente y apasionado.

No es raro, pues, que cuando Heráclito buscó alguna solución para el que entonces se consideraba el problema fundamental de la filosofía —la materia prima del universo—, encontrara esta respuesta:

“Todas las cosas fueron hechas de fuego”.

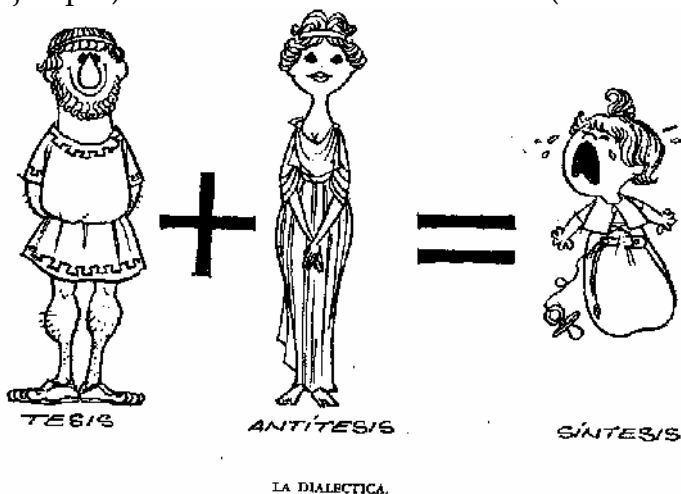
Sí, todas las cosas, empezando por su mujer y su hija. El propio Heráclito no lo hacía mal, pues echaba chispas cada vez que alguien aludía a la belleza de aquéllas. Sus celos, estimulados por la admiración no disimulada que sus conciudadanos sentían por la joven Dialéctica y, su madre, generaron en Heráclito una hostilidad cada vez mayor hacia todos los hombres. En sus clases solía aconsejar a sus alumnos que, en nombre de un futuro mejor para la humanidad, se ahorcaran. Ellos querían que su maestro les diera el ejemplo, pero la modestia le impedía a

¹ A. C.: Antes de la Crisis. Alusión a la gran crisis económica que afrontó el Imperio Romano hace unos dos mil años, en la época en que fue crucificado Espartaco por gritar en el Coliseo:

—¡El César a los leones!

éste ser un precursor. El único hombre que inspiraba respeto a Heráclito era Teutamo¹, porque opinaba que todos los hombres son unos bellacos.

Heráclito inventó un método lógico, o sea, un sistema para pensar correctamente, al que llamó “dialéctica”, en homenaje a su hija. Dicho en pocas palabras, el método dialéctico afirma que a cada cosa o tesis (por ejemplo el hombre) se opone otra cosa que es su contrario o antítesis (la mujer). Las cosas opuestas están en lucha constante, y de esa lucha (o de la reconciliación, en el caso del ejemplo) nacen nuevas cosas o síntesis (los bebés).



Al mismo tiempo que la lucha de los opuestos produce nuevas cosas, las cosas viejas se destruyen, a causa del desgaste probablemente. De este modo, la conclusión última del método dialéctico es que todo está cambiando constantemente: los hombres, la naturaleza, la sociedad, el precio de las papas, etc.

Todo cambia. Nada permanece.

Heráclito tampoco permaneció. Un buen día murió; su cadáver se hizo polvo; el agua de su cuerpo se evaporó y formó parte de las nubes, cayó sobre los campos en forma de lluvia; fue arrastrada por los ríos hasta el mar, y allí volvió a evaporarse, para continuar cambiando constantemente.

Cuando tome un vaso de agua, piense que tal vez hay en él algunas moléculas del cuerpo de Heráclito.

Parménides, el idealista

EN EL lenguaje vulgar, idealista es la persona que tiene grandes ideales, y que vive para ellos, sin esperar una recompensa material: los pastores protestantes que predicán en las esquinas, los líderes revolucionarios que arriesgan su vida desinteresadamente, la gente que les cede el asiento en el micro a las viejitas con paquetes, etc. A la inversa, es materialista —en el lenguaje corriente— el hombre que sólo busca el placer de los sentidos: comer, dormir y rascarse.

En el vocabulario filosófico, en cambio, esas palabras tienen significados totalmente diferentes de aquéllos. La controversia que han sostenido durante siglos

¹ Hijo de Teutamo el Viejo.

los idealistas y los materialistas es la base de uno de los más grandes problemas filosóficos: el problema ontológico, llamado así porque, aunque parece tonto, es, bastante lógico.

Este problema parte precisamente del punto que tanto interesaba a los primeros filósofos: cuál es la materia prima del universo. Antes de Parménides, todos los filósofos, excepto Pitágoras, habían dicho que el universo fue hecho de elementos materiales: el agua, el aire, el fuego. Eran, por lo tanto, materialistas. Así estaban planteadas las cosas cuando Parménides formuló la teoría idealista:

“El universo está hecho de ideas”.

—Vosotros, materialistas burdos y ordinarios —decía Parménides—, creéis que existen la madera, el fuego y el agua, porque vuestros toscos sentidos os lo dicen. ¡Ah, ilusos! ¿No creéis también en la existencia de las cosas con que soñáis? Cuando en vuestros sueños veis a una bella mujer que os abraza, estáis seguros de que ella está a vuestro lado, pero cuando la vais a besar..., ¡plop!..., despertáis. Igual cosa os ocurre mientras estáis despiertos: creéis que existen las cosas que veis, tocáis y oís, sin daros cuenta de que sólo son alucinaciones. No habéis caído en la cuenta de que “la vida es sueño y los sueños sueños son”. Lo único verdadero, real, indudable, son las ideas, y ellas se conocen por la razón y no por los sentidos.

—¿Así es que nosotros no existimos? —le preguntaron una vez sus adversarios—. Nosotros nos vemos, nos olemos (¡puf!), nos tocamos... Nuestros sentidos nos dicen que somos reales.

—Os engañan —dijo Parménides—. Vosotros no existís. Sois solamente ideas que yo estoy pensando.

Eso colmó la medida. Uno de los que lo oían tomó un palo y lo descargó con tal fuerza sobre el filósofo, que le quebró por lo menos dos costillas.

—¿Qué haces, idiota? —gritó el idealista.

—Yo no hago nada —contestó el del palo—. ¿Cómo podría hacer algo, si no existo?

Y le dio otro feroz golpe.

—¿Cómo que no, si me estás pegando con ese palo!

¿Palo? ¿Cuál palo? —dijo el pícaro—. ¿Te refieres a alguna idea?

Y le quebró dos costillas más.

A pesar de aquella prueba contundente de que las cosas materiales tienen una existencia real, y no sólo aparente, Parménides siguió enseñando que las ideas existirían aunque no existiera ningún cerebro que las pensara —idea



PARMÉNIDES: —A pesar de todo, afirmo que la materia no existe, que es pura ilusión

tan descabellada como sería sostener que la leche existiría aunque no existieran las vacas y que las cosas materiales son meras proyecciones de las ideas.

En los siglos siguientes, muchos otros vejetes absurdos sostuvieron esas mismas tonterías. Algunos de ellos encontraron argumentos tan ingeniosos para defender la posición idealista que pasaron a la historia: Platón y Hegel, entre otros. Al leerlos uno duda hasta de la existencia del libro que tiene entre las manos. Esa duda dura hasta la hora de comida. Resulta demasiado absurdo pensar que la idea-estómago necesita entrar en contacto con una idea-bistec.

Empédocles, el ecléctico

NO HAY nada más difícil que ser original. Bien lo supo Empédocles, que quería a toda costa ser filósofo, pero no lograba imaginar una nueva teoría sobre la materia prima del universo. Durante años y años le dio vueltas y vueltas al problema, sin encontrar una solución que le permitiera conseguir la codiciada reputación de filósofo.

Repasaba una y otra vez las teorías de sus predecesores, a ver si ellas le inspiraban alguna otra, y daba vueltas incansablemente por el jardín de su casa, repitiendo:

—Hasta ahora han dicho que las cosas fueron hechas de agua..., de aire..., de tierra... o de fuego. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Mármol? No... ¿Vidrio? No... ¡Hum! Agua, aire, tierra, fuego... Aire, agua, tierra, fuego... ¿Eh? ¡Ah! ¡Ya está! ¡Ya lo tengo! ¡Eureka! ¡Lo logré!...

Y salió corriendo como loco, ante la mirada asombrada de sus esclavos. Llegó sin aliento a la plaza del mercado, donde se reunían los notables a conversar sobre política, sobre deporte, sobre el precio de los esclavos y a comentar las ideas de los pocos filósofos que habían existido hasta entonces.

—¡Tengo que comunicarles algo importante! —dijo Empédocles.

—¡Ah, picaruelo! —dijo un hombre de voz engolada, que vestía una túnica de ricos bordados—. Seguramente conseguiste que Alcides te vendiera esa esclava que tanto te gustaba...

—No. No es eso. ¡He encontrado una nueva teoría sobre el origen del universo!

El solo anuncio provocó gran expectación y comentarios. Los transeúntes rodearon al grupo y corrió por la plaza el rumor de que Empédocles había hecho un gran descubrimiento.

Cuando hubo bastante silencio, Empédocles, subido en un tonel, dijo con tono solemne y con la voz estrangulada por la emoción:

—Todas las cosas fueron hechas de agua, aire, tierra y fuego...

Después de esas palabras, hubo un largo silencio. La atmósfera estaba cargada de asombro y de admiración.

Por fin, alguien dijo —¡Es genial! —¡Formidable! —dijo otro.

—¡Viva Empédocles! —gritó un tercero. Y, en el colmo del entusiasmo, tomaron en andas a Empédocles y recorrieron con él toda la ciudad.

Había surgido un nuevo filósofo.

La vanidad de Empédocles, aumentada en exceso por ese homenaje y por los que siguieron, hizo nacer en él, poco a poco, la convicción de que tenía algo sobrehumano, sobrenatural, un soplo divino.

“No. No puedo ser humano —se repetía Empédocles—. Los hombres son torpes, soberbios y engreídos. Yo, en cambio, tengo una visión tan clara de todas las cosas; soy tan magnánimo y tan humilde al mismo tiempo... Tiene que haberme engendrado algún dios, dotándome de los poderes de los dioses...”

Incapaz de guardar un secreto, lo comunicó a su esposa:

—¿Sabes, buena mujer?¹ He descubierto que soy de naturaleza divina.

Ella lo miró un momento, perpleja, y después le dijo:

—¿No te he dicho que sólo bebas durante las comidas?

Con sus amigos no le fue mejor.

—¡Ja, ja! ¡Tú siempre tan bromista! —le decían.

Empédocles, amoscado, decidió probar su divinidad de algún modo. Se encerró tres días en su habitación, y al cuarto salió y se fue derecho a la plaza del mercado. Allí se paró frente a sus amigos y les anunció como la cosa más natural del mundo, mirándose las uñas distraídamente:

—Voy a saltar el cráter del Etna.

—¿Con garrocha?

—No. A pie junto...

—¿Qué ancho tiene el cráter?

—Pues, unos trescientos metros.

—Entonces no vas a saltar, sino a volar...

—Y bien, voy a volar...

Había algo en el tono de su voz que indicaba que lo decía en serio.



EMPÉDOCLE: —¿Sabes, buena mujer, que has tenido la suerte de casarte con un dios?

¹ Normalmente la llamaba “mijita”.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Al día siguiente, el borde del cráter del Etna estaba cubierto por una multitud de curiosos, atraídos por el anuncio de Empédocles.

El espléndido cielo azul sólo estaba empañado por las tenues columnas de humo que se levantaban desde las profundidades del volcán.

Empédocles llegó a eso de las cuatro de la tarde. Agitó una mano en el aire para saludar a la multitud, y ésta le contestó con atronadores aplausos. No faltaban ingenuos que creían en su divinidad. Sólo se escucharon dos o tres silbidos.

El filósofo, con un aplomo asombroso, retrocedió algunos pasos, tomó impulso, corrió, saltó, abrió los brazos, describió una bella figura acrobática y cayó al fondo del cráter. Se oyó un chasquido similar al que hace una plancha cuando uno la toca con los dedos mojados, salió un poco de humo, se expandió un olor que abría el apetito, y después... nada.

En su siguiente erupción, el Etna arrojó, entre la lava, una calavera con dos tapaduras de oro.

Era lo que quedaba de Empédocles.

Uno de los más grandes poetas de la antigüedad escribió sobre este tema un poema sublime, que termina con estos maravillosos versos:

*El gran Empédocles, aquel alma ardiente,
saltó al Etna y fue totalmente asado.*

Anaxágoras, el perseguido

EN LAS sobremesas suele escucharse a algún señor gordo y calvo, con el aspecto satisfecho de los comerciantes prósperos, decir esta frase, leída seguramente en alguna revista mientras esperaba que lo atendieran en la peluquería:

—La filosofía es un juego intelectual para solaz del espíritu...

Si los muertos escuchan las conversaciones de los vivos, deben de ser muchos los filósofos decapitados, quemados, torturados y proscritos que se revuelven inquietos en sus tumbas al escuchar frases así.

Desde Anaxágoras, los filósofos han desempeñado un papel similar al de los periodistas de oposición, y, como éstos, con frecuencia, han sido recompensados por los gobiernos con vacaciones pagadas y corte de pelo gratis en alguna caleta solitaria e inhóspita. Con mayor frecuencia aún, han sido invitados cordialmente a quemar sus libros, a cortarse las venas, a brindar con cicuta o a calentarse al calor de la hoguera.

La larga lista de filósofos atendidos especialmente por las autoridades comienza con Anaxágoras, que vivió en Atenas en la misma época que Pericles¹. Anaxágoras fue el primer hombre que introdujo la filosofía en Atenas, probablemente en un baúl de doble fondo.

Con toda inocencia, sin pensar que eso le podía acarrear disgustos, dijo que el sol es una piedra incandescente y que la luna está hecha de tierra.

No sabía Anaxágoras que los sacerdotes atenienses vivían de las limosnas que recibían para rendirles culto a Helios y a Selene, nombres que les daban al sol y a la luna para emborrachar la perdiz. Convertir al dios Sol y a la diosa Luna en una piedra caliente y una piedra fría, respectivamente, era tan herético como antieconómico, así es que los sacerdotes se las arreglaron para que Anaxágoras recibiera por correo una concha de ostra, pero sin ostra.

La concha de ostra era usada por los griegos como un símbolo de repudio². Desempeñaba un papel similar al que siglos más tarde tuvieron las pepitas de naranja que enviaban los miembros del Ku-Klux-Klan.

Anaxágoras era un hombre valiente, y no se inquietó mucho por aquella clara invitación a abandonar Atenas. Continuó, pues, dando a conocer sus doctrinas. Dijo, entre otras cosas, que todo es infinitamente divisible. Nadie dijo nada. Pero cuando aseguró que la luna tiene habitantes, entonces se levantó entre los sacerdotes un clamor de protesta:

—¡Qué atrevimiento! ¡Asegurar que la diosa Selene tiene habitantes, así como los perros tienen pulgas!...

Y enviaron a Anaxágoras una concha de ostión con un mensaje que decía:

Estamos de acuerdo con usted en que todo es infinitamente divisible. Pensamos hacer una demostración pública con su persona.

—Más claro, echarle agua —dijo Anaxágoras, y puso pies en polvorosa.

Y de él nunca más se supo.



Anaxágoras es uno de los precursores de la astronomía científica.

¹ Célebre director de un diario comunista. ¿Quién no ha oído hablar de “El Siglo” de Pericles?

² De allí que al destierro lo llamaran “ostracismo”. Esta medida la usaban cuando alguien les sacaba los choros del canasto.

Demócrito, el abuelo de la bomba atómica

DEMÓCRITO era de esas personas que, cuando deciden hacer algo, lo hacen y lo hacen bien, y que, cuando los elogian por ello, contestan modestamente:

—¡Oh, si no es para tanto!

Era más bien bajito y flaco, bastante tímido, y cuando lo miraban fijo, no sabía dónde poner su mirada. Asistía regularmente a las tertulias que los aspirantes a filósofos sostenían en la plaza del mercado, y allí se limitaba a escuchar las opiniones de los demás, y no hablaba si no le preguntaban.

En esas tertulias todos intentaban destacarse citando a uno y a otro pensador, y la discusión se reducía a defender las teorías de unos y atacar las de otros. De este modo, se formaron bandos cuya separación fue cada vez más nítida. Sólo Demócrito continuó escuchando en silencio, sin pronunciarse en ningún sentido.

—Y bien, Demócrito, ¿a qué doctrina adhieres tú?

—Oh, no vale la pena que yo dé mi opinión...

—Vamos, hombre, dila... ¿De qué crees tú que está hecho el universo?

Demócrito sonrió tímidamente, como un niño a quien sorprenden en una falta, y dijo:

—De átomos...

Sus interlocutores lo miraron sin comprender.

—¿De átomos? ¿Y eso qué es?

—Los átomos —explicó Demócrito— son pequeñas partículas indivisibles que están en constante movimiento. Hay muchas clases de átomos, que se diferencian entre sí por la forma, el tamaño, el calor y el peso...

—¿Y esa teoría de quién es? Porque, a decir verdad, ninguno de nosotros la ha oído antes.

Demócrito volvió a sonreír, bajó la cabeza, se miró las puntas de los pies y dijo con un hilo de voz:

—Es mía...

La carcajada de sus contertulios se escuchó en todo el mercado.

—Bueno —dijo el genio—; es solamente una opinión... Ustedes me la preguntaron...

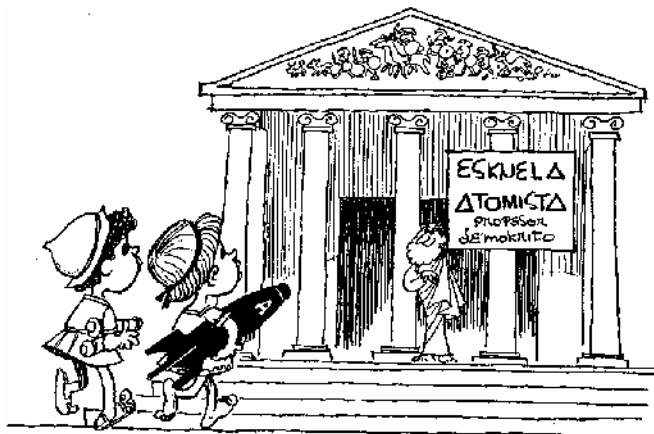
Y como los otros se seguían riendo, Demócrito se alejó silenciosamente, y no volvió más a la tertulia. Pero, apenas llegó a su casa, puso en práctica una determinación que había tomado en el camino. Pintó un cartel y lo colocó en la puerta de su casa. En él decía:

ESCUELA ATOMISTA

Para niños y niñas.

Kindergarten - Preparatorias

Humanidades.



Sus antiguos contertulios trataron de desacreditarlo por todos los medios, pero eso no inquietaba a Demócrito.

“Algún día —pensaba—, dentro de algunos miles de años, alguien logrará probar que tengo razón.”

El sofista Protágoras

DALE CARNEGIE, el famoso autor de los libros sobre “Cómo hacer esto” y “Cómo hacer lo otro”, tiene numerosos precursores. Uno de ellos fue Protágoras¹, quien escribió un libro titulado “Cómo ganar siempre las discusiones”.

Según Protágoras, es verdadero aquello que cada hombre acepta como tal. “Algunos hombres prefieren a las mujeres gordas —decía Protágoras—, mientras que otros prefieren a las flacas, pero es imposible decir “éstas son mejores que las otras”, pues sobre gustos no hay nada escrito, o, dicho de otro modo, cada hombre es la medida de todas las cosas.”



El sofista Protágoras sostenía que hay razones para todo.

Esa actitud permitía a Protágoras buscar razones para defender cualquier cosa, tal como lo hacen algunos políticos y periodistas.

En la época en que vivió Protágoras, los abogados todavía no existían —¡dichoso tiempo aquel!—, y la gente tenía que hacer su propia defensa ante los tribunales. Protágoras aprovechó esta circunstancia para poner una escuela de oratoria, en la que entrenaba gente para comparecer ante los jueces. Los avisos de propaganda de su establecimiento decían “Aprenda a usar su lengua

en la Escuela de los Sofistas”.

Sofistas significaba “sabios” y no “partidarios de la Sofía”, como pretenden algunos.

¹ Filósofo griego del siglo V a. de C., hijo de un pícaro boticario llamado Protargol y de la hermana menor de su madre.

En la escuela, Protágoras y sus colaboradores enseñaban a sus alumnos cómo debe conducirse una discusión de modo que el contrincante admita las razones de uno. Para esto hay que encadenar los pensamientos en forma tal que se desprenda de ellos una conclusión aparentemente lógica, pero que en realidad no lo es. A este truco le llamaban “sofisma”.

He aquí un ejemplo de sofisma, en el cual Protágoras interroga a su alumno Clesipo:

— Me dijiste hace días que tienes una perra, ¿no es así, Clesipo?

— Así es, maestro.

— ¿Estás seguro de que la perra es tuya?

— Por cierto. Se la compré a un vecino.

— ¿Y tiene cachorros la perra?

— Sí, tiene cuatro.

— De modo que la perra es madre.

— Así es.

— Y además es tuya.

— Lo acabo de decir.

— Luego, la perra es madre y tuya. ¿Cierto?

— Sí, madre y mía.

— O sea que la perra es tu madre.

En otra ocasión, el sofista Gorgias interrogaba a otro alumno de la escuela:

— ¿Cómo está tu mujer, Cornelio?

— Está bien, profesor.

— ¡Oh, cuánto me alegro, pues oí decir que la habías perdido!

— Afortunadamente la tengo aún.

— Zeus te la conserve. Pero dime: no has perdido a tu mujer y por lo tanto la tienes, ¿no es así?

— Sí.

— Es decir que lo que no se ha perdido se tiene.

— Efectivamente.

— ¿Has perdido cuernos?

— No...

— ¡Entonces los tienes!

Así pasaban los días los sofistas, en amables e ingeniosos diálogos, que les reportaban bastante dinero y algunas contusiones.

CAPÍTULO II

Los Moralistas (Sócrates, Platón, Aristóteles)

ANTES de Sócrates, los filósofos se caracterizaron porque su curiosidad se dirigió a las cosas que están fuera del hombre. Su actitud se parecía a la de los niños pequeños que importunan a sus padres con preguntas tan difíciles como: “¿Por qué tienen lengua los perros, papito?”, “¿Por qué tengo uñas, papito?”, “¿A qué entraste anoche a la pieza de la empleada, papito?”

Si los presocráticos representan la infancia de la Filosofía, Sócrates, Platón y Aristóteles representan la adolescencia. La mirada llena de curiosidad se dirige hacia el hombre. Las interrogantes que plantean son de este tipo “¿Qué es lo bueno y qué es lo malo?”, “¿Es mejor ser rico o ser honrado?”, “¿Es mejor trabajar o ser empleado público?”

Sócrates, el arribista

SOFRONISCO y Fenaretos estaban muy tristes. No por tener esos nombres —total ya estaban acostumbrados—, sino porque el hijo que habían esperado con tanta ansiedad acababa de nacer y era tan feo que quitaba el hipo.

La fea criatura —bizca, de nariz corta y ancha, boca enorme y piernas chuecas— era Sócrates.

Años más tarde, cuando Sócrates todavía era un niño, ya las madres de Atenas asustaban a sus hijos con esta amenaza:

—Si no te tomas la sopa, voy a llamar a Sócrates...

Tiempo después, cuando murió Sofronisco, que era escultor, le ofrecieron a Sócrates que lo reemplazara en el taller donde esculpían los frisos y estatuas destinados a decorar los edificios de la Acrópolis. El aceptó, pero mejor no lo hubiera hecho. Las esculturas que produjo eran magníficas, pero juzgadas con el criterio de los críticos modernos. El arte de Sócrates era abstracto, cubista, cualquier cosa, menos griego. Le encargaban una estatua de Afrodita y él entregaba un bloque de mármol de forma extraña, que excitaba la imaginación e inducía a pensar en las montañas de la luna, en los terremotos, en los ataques de los bárbaros, pero no en Afrodita.

—Soy un artista incomprendido —decía Sócrates. Pero lo dejaron cesante de todos modos.

Una tercera desgracia —su matrimonio con Jantipa— habría de empujarlo definitivamente hacia esa paciente resignación que caracteriza su filosofía.

Jantipa tenía veinte años —edad a que las griegas se consideraban solteras—, y sentía, que el tren la había dejado definitivamente. Fue entonces que alguien le habló de Sócrates. Este era feo y pobre. Andaba con una túnica raída y llena de agujeros, y ni siquiera tenía sandalias: en las ocasiones más solemnes, Sócrates se presentaba descalzo. Además, presentaba algunos síntomas epilépticos y paranoicos: a veces se quedaba quieto largo rato, como una estatua, sordo y ciego a cuanto ocurría a su alrededor. Cuando volvía en sí, contaba que había estado escuchando la voz de su “demonio bueno” —una especie de Ángel de la Guarda—, el que le aconsejaba lo que tenía que hacer. Otras veces, se exaltaba tanto mientras hablaba, que se daba coscorriones y se arrancaba los cabellos, y terminaba formulando rotundos juramentos¹.

A Jantipa le advirtieron todo eso, pero ella estaba ansiosa de casarse, pues comprendía que ésta era su última oportunidad, y se limitó a comentar:

—Y bueno, peor es nada...

Sócrates, por su parte, se sentía solo, y la idea de tener una compañera no le desagradó. Estaba dispuesto a casarse con cualquier cosa, pero, para que no se notara, le preguntó a su amigo Critón:

—¿Tiene buen carácter esa tal Jantipa?

—¡Hum!... A decir verdad, ella es un poco... difícil...

—Pues... no tiene importancia. Al fin y al cabo, un buen jinete tiene que domar hasta el caballo más chúcaro.

Todo cuanto le hubieran dicho de Jantipa habría sido poco. Ella era alta, flaca, huesuda, fea, peleadora e histérica. Pero Sócrates lo comprendió demasiado tarde. Jantipa era una mujer y eso bastaba. Y se casó.

Al día siguiente de casarse, ya estaba arrepentido. La segunda noche de bodas la pasó farreando con una niña llamada Teodota, de la cual sólo se sabe que no tenía oficio alguno y que, sin embargo, ganaba mucha plata. Al parecer, era un alma bondadosa, pues sus amigos —que se contaban por docenas— comentaban que era “muy güena”.

Con aquel hecho, la guerra fría en el hogar de Sócrates estaba declarada. Se



SÓCRATES: —Mi mujer no sólo trucea, sino que además llora.

¹ Rotundo” proviene de “roto”. Lanzar juramentos es una “rotería”.

prolongó durante muchos años, y a veces se agudizó, como aquella en que Jantipa, no contenta con poner a Sócrates de vuelta y media delante de sus amigos, le tiró un balde de agua. Sócrates, que nunca perdía la calma, se volvió hacia ellos y les dijo:

—Como ustedes ven, mi mujer no sólo truena, sino que, además, llueve...

Sus amigos estaban asombrados.

—¡Pero, Sócrates, cómo puedes soportar a esa mujer!

—La explicación es muy clara —repuso él—. Después de sufrir a Jantipa encuentro simpática a toda la gente.

Sócrates tenía bastante culpa en eso de que su hogar no fuera dulce sino ácido y amargo como una naranja verde, pues no le daba a su mujer ni un centavo. Ni tenía de dónde sacarlo, ya que se pasaba los días charlando por las calles de Atenas. Pero él siempre encontraba razones para justificarse. Una vez, Jantipa, sumamente preocupada al ver que el hijo de ambos, Lamprocles, parecía una radiografía viviente, le dijo a Sócrates:

—Oye tú, holgazán, no cesas de conversar con tus amigos, sin hacer otra cosa en todo el día, y no tenemos dinero siquiera para comprar al niño un pedazo de pan.

—No te preocupes, Jantipa, que no sólo de pan vive el hombre. Por otra parte, debes recordar que la austeridad es una virtud...

—Con ese cuento nos engatusó Pericles...

—Y ten en cuenta que si el chico se acostumbra a las privaciones, estará mejor preparado para la lucha por la vida.

—Pero el niño tiene hambre, Sócrates...

—Y bien, ¿qué es el hambre?

Cuando Sócrates veía perdida una discusión, acudía a ese recurso: interrogar a su interlocutor, en la misma forma como lo hacían los sofistas. Y cuando, a pesar de eso, su contrincante llevaba las de ganar, apelaba a la moral. Veamos cómo siguió aquella discusión con Jantipa.

—El hambre es eso que tú y yo y todo el mundo siente cuando no ha ingerido ningún alimento, viejo parlanchín —dijo ella.

—¿Y de cuántas clases puede ser el alimento, Jantipa? No me negarás que, por lo menos, existen alimentos para el cuerpo y alimentos para el espíritu. ¿Y qué es más importante, alimentar el cuerpo o el espíritu? ¡El espíritu, indudablemente! Y dime, ¿no es acaso inmoral preocuparse de los alimentos del cuerpo cuando el espíritu está sediento y hambriento? Dile a nuestro hijo que deje de preocuparse de cosas inferiores, como es el pan, y que trate de adquirir sabiduría y virtud.

Jantipa no supo qué replicar. Lamprocles, que no había comido en tres días, mordisqueaba con entusiasmo una de sus sandalias, tratando de arrancarle un pedacito. Platón, que se hallaba presente, tomaba apuntes del diálogo sostenido

por Sócrates con Jantipa, y, cuando comprendió que la conversación había terminado, tomó a su maestro de un brazo y salió con él. Y, como todos los días a esa misma hora, le dijo:

—Maestro, os invito a almorzar,

—Gracias, mi buen Platón —contestó Sócrates—. Ya sabes que para mí no tiene importancia el alimento del cuerpo, así como ninguna cosa material. Pero, como temo ofenderte si rechazo tu gentil ofrecimiento, lo acepto encantado.

Y, como todos los días, comió opíparamente en casa de Platón y bebió en grandes cantidades el exquisito vino dulce de Creta.

La conversación fue, como siempre, un diálogo en el que Sócrates preguntaba y los demás respondían. A fuerza de practicar, Sócrates había adquirido una gran habilidad en este ejercicio. Platón y los demás comensales eran todos jóvenes aristócratas, ricos, dueños de esclavos y enemigos de la democracia. Sócrates no tenía dónde caerse muerto, pero, quizá para que no se acabaran las invitaciones a almorzar, también atacaba a la democracia. Los jóvenes estaban encantados con él.

—Esta es una democracia de harapientos —decía Sócrates, y agregaba—: ¿Cómo puede hacer un buen gobierno esa bulliciosa multitud de zapateros remendones, herreros y barberos? Es imposible. Hay que poner a la chusma en su lugar, enseñarle que las labores de gobierno corresponden a los hombres superiores. Hay que enseñarle, además, a soportar sin una queja su situación inferior. El que se queja del destino ofende a los dioses.

De todas sus enseñanzas, éstas eran las que más gustaban a sus discípulos ese menosprecio por los bienes terrenales que predicaba. Sócrates, y la conveniencia de que cada cual se conformara con su suerte. Ellos estaban muy satisfechos de ser ricos y no menospreciaban en absoluto sus riquezas, pero les parecía muy conveniente difundir esa doctrina entre el pueblo.

—¡Estos rotos están cada día más alzados! —comentaban.

Platón seguía a Sócrates a todas partes, y no se perdía una sola de sus palabras. De cuanto él decía tomaba apuntes en un cuaderno. Después los pasaba en limpio y los llevaba a la editorial para que se publicaran con el título “Diálogos de Platón”. Así ganó una fortuna en derechos de autor.

De esta manera pasaba Sócrates el tiempo, feliz y apaciblemente, conversando con sus aristocráticos discípulos por las calles y paseos de Atenas, o en bien provistos comedores.

Transcurrieron muchos años, y Sócrates seguía charlando y charlando, y Platón tomando apuntes y más apuntes, hasta que un día aquél recibió una citación judicial.

El gobierno, temiendo que el semillero de reaccionarios que mantenía Sócrates pudiera urdir una conspiración, como aquella que un siglo antes organizó Pitágoras, decidió eliminarlo. Pero la acusación que se hizo contra el filósofo no men-

cionó los motivos políticos que la inspiraban, sino que se fundamentó en el aspecto religioso de sus enseñanzas, para despistar.

Una vez ante el jurado de quinientos miembros que habría de conocer el caso, sus perseguidores formularon la acusación:

—Sócrates es un ateo que cree en un solo dios. Pedimos contra él la pena de muerte, porque está corrompiendo a la juventud con sus ideas impías dice que el sol es de fuego, y que la luna es de tierra...

—Perdón —interrumpió Sócrates—, ¿no me estará confundiendo usted con Anaxágoras?

Una cáscara de naranja, arrojada con certera puntería por algún fanático que asistía al juicio, hizo callar a Sócrates.

Después que los acusadores terminaron su exposición, se le concedió la palabra a Sócrates, para que se defendiera, y él, de acuerdo con su costumbre, sometió a sus detractores a un interrogatorio y aprovechó de decir algunas frases para la posteridad, como “sólo sé que nada sé”, “soy un tábano sobre el lomo del Estado”, y otras por el estilo. Además, pidió que, en lugar de condenarlo, lo declararan ciudadano ilustre de Atenas.

—Eso es lo que en justicia merezco —añadió modestamente.

Y al terminar su defensa, siguiendo la costumbre de Atenas, dijo:

—¡Ciudadanos, salud!

—Con cicuta —le contestó a coro el jurado.

Ese era el veredicto. No había nada que hacer.

El público se retiró del tribunal en medio de bulliciosos comentarios. Sólo quedaron ahí los discípulos de Sócrates, cabizbajos y tristes.

Platón, como siempre, tomaba apuntes de todo, sin perder palabra de su maestro.

Dos guardias condujeron a Sócrates al fondo del edificio, donde había un jardín. Hasta allá lo siguieron sus discípulos, como los pollitos tras la gallina que es conducida a la olla.

—Huid, maestro —dijeron los muchachos.

—Y bien, ¿qué es huir? —interrogó Sócrates.

Dialogando estaban cuando se acercó el verdugo, un individuo cruel a quien apodaban “El Sádico”.

—¿Cómo quiere la cicuta el señor? —preguntó al filósofo.

—Con bastante azúcar —contestó Sócrates, sin, inmutarse.

—¿Los señores se sirven alguna cosita? —preguntó el verdugo a los discípulos.

Sólo Platón tuvo sangre fría para responder:

—A mí me trae una panimávida.

Al poco rato volvió el verdugo. Sócrates tomó la copa de veneno con mano segura y la bebió de un trago. Apenas lo había hecho cuando exclamó:

—¡Oh, se me han dormido los pies!

—¿Quieres que traiga un despertador? —preguntó el más torpe de los muchachos.

Sócrates no le hizo caso y continuó transmitiendo los efectos del veneno:

—Ahora no siento las piernas..., ni el abdomen..., ni el pecho... Se me han dormido los brazos..., y se me está adormeciendo también la leng...

Eso fue lo último que dijo.

La ejecución de Sócrates causó gran revuelo, y Atenas entera fue censurada por su muerte. Como siempre que alguien muere, sus méritos fueron exagerados sin moderación alguna, como lo prueban estos versos que escribió Eurípides:

*Matasteis a Sócrates,
la dulce musa...*

Aristocles, alias Platón

PLATÓN se llamaba en realidad Aristocles. Nadie sabe con certeza por qué le dieron aquel mote. Según algunos, fue porque tenía las espaldas muy anchas y unos omóplatos grandes como budineras. Según otros, era muy glotón y en su casa le servían el almuerzo en platos más grandes que los corrientes.

Como ya vimos al hablar de Sócrates, Platón fue discípulo suyo. Sentía por su maestro una gran admiración, a la que éste correspondía. De este modo, los unía una amistad muy íntima, tan íntima que ponía celosa a Jantipa, la mujer de Sócrates.

Platón era un hombre de gran fortuna y dueño de muchos esclavos. Todo el mundo sabía que era rico y Sócrates se lo decía a menudo, pero no como un reproche. Se limitaba a decirle:

—¡Qué rico eres, Platón!

Además de ser rico, era muy finto y elegante. Solía vestir un manto rojo plisado y unas sandalias amarillas, con las que, según él mismo comentaba, “hacía furor”.

Las madres de niñas casaderas solían decirles a sus hijas:

—¡Qué dije es ese joven Platón! Tan educadito, tan caballerito, tan fino que es... ¡Me encantaría tenerlo como yerno!

—¡Mamá! ¡Por Zeus! ¿Estás loca? —respondían las niñas, que tenían más olfato que sus madres.

A Platón le tenía sin cuidado que se le considerara un buen partido. Las mujeres eran en su opinión seres inferiores, lo mismo que los esclavos.

—¡Ay, pero qué torpes y zonzas son las mujeres! —decía—. ¡Me cargan!

Pero mucho más le cargaban los demócratas, los esclavos, los artesanos y todos los que no eran, como él, “gente bien nacida”. Contra ellos dirigió su artillería más pesada, pero sobre todo contra los demócratas, a los cuales no podía ver ni en pintura.

—¡Los odio, los odio y los odio! —repetía constantemente.

Y no se quedaba sólo en las palabras, sino que tomaba impulso y arremetía, como aquella vez que hizo cuanto pudo para conseguir que se quemaran todas las obras de Demócrito.

Hubo, en realidad, muchas cosas que Platón no supo tomar con filosofía. Más que ateniense, parecía texano.

A los espartanos, que habían establecido en su país un régimen medio nazi, les profesaba una admiración sin límites. En su obra máxima, “La República”, los pone como modelo. ¡Y qué modelo! Esparta era un estado totalitario en que todo el mundo amaba la guerra por sobre todas las cosas. A los niños les despertaban desde pequeños el deseo de ser belicosos soldados, para lo cual idealizaban a los héroes de guerra en las historietas infantiles y en las películas que se proyectaban en la *matinée*.

En “La República” describe Platón la sociedad ideal en que a él le habría gustado vivir. En ella habría tres clases sociales: los políticos, los militares y la gente inferior, o sea, la que hace algo útil. En esa sociedad, que Platón estimaba perfecta, estaría prohibido reír a carcajadas, escuchar música, ver teatro, leer y comer salsas, confites, carne y pescado. Además, en ella nadie podría mentir, salvo el gobierno.

Al buenazo de Platón le faltaba la pura swástica en la manga de su túnica.



Los sentidos nos engañan, según Platón.
realidades.

Tal vez el único mérito que se puede reconocer a Platón es su calidad de precursor del cinematógrafo. La famosa alegoría de la caverna que él imaginó es ni más ni menos que una función de cine. En ella presenta a un hombre en el interior de una caverna oscura, mirando como se reflejan en el fondo de ésta las sombras de las personas y vehículos que pasan por la entrada de la caverna. El hombre ha estado siempre ahí, con la mirada dirigida hacia el fondo de la cueva, así es que toma las sombras por

La moraleja es que los sentidos nos engañan, que no debemos creer a nuestros ojos, que las cosas materiales que conocemos por los sentidos no existen, y que

la única realidad es inmaterial, ideal. Platón era, como Parménides, un “idealista”. Platón le daba a este punto de vista una aplicación práctica: a veces, cuando por cualquier motivo veía las chozas miserables en que vivían sus esclavos y a los niños de éstos jugando en el barro y cubiertos de moscas, se decía mentalmente:

“Ojillos picaruelos, me estáis engañando como al hombre de la caverna”.

Y así conservaba la conciencia tranquila.

Con tales pensamientos, Platón se transformó en el ideólogo de los hombres ricos de todos los tiempos. Siempre que uno de ellos lee a Platón, queda encantado con él.

“¡Qué formidable! —piensa el rico mientras lee—. ¡Qué gran filósofo! ¡Qué profundo! ¡Coincide totalmente conmigo!”

He ahí uno de los secretos del éxito de Platón.

De todos los conceptos de Platón, hay uno solo que sin duda es simpático y atractivo para todo el mundo: su concepto del amor, el famoso amor platónico.

La explicación más exacta de lo que es el amor platónico aparece clara en el siguiente diálogo. Una hermosa esclava de un rico comerciante ateniense dice a otra:

—Esta noche comeré a solas con mi amo en uno de los jardines de su palacio. Dice que me ama con amor platónico. ¿Sabes tú qué ha querido decir?

—¿Amor platónico?... No podría contestarte con seguridad, pero báñate, por si acaso...

El doctor Aristóteles

ARISTÓTELES nació en Estagira, en la casa de Nicómaco, el médico de la corte de Macedonia. Esto no tiene nada de extraordinario, pues don Nico era su padre.

Aristóteles aprendió la profesión de médico, pero un buen día, aburrido de mirar lenguas sucias, viajó a Atenas y se matriculó en la Academia de Platón. Allí se destacó como buen alumno, y el día del reparto de diplomas, Platón no sólo le estrechó la mano, sino que le dio un pellizco en la mejilla, que lo hizo ruborizarse.

Con su diploma de la Academia, Aristóteles pronto consiguió trabajo. Filipo, el rey de Macedonia, lo contrató el año 343



Cuando Alejandro fue alumno de Aristóteles, todavía no era Megno.

como profesor de Alejandro, que aún no era Magno, sino apenas un mocoso de trece años. Durante tres años, Aristóteles trató de inculcarle el respeto a la filosofía y a la cultura griega en general, pero los resultados que obtuvo son discutibles. Los historiadores discrepan en cuanto a las consecuencias que tuvo esta relación de profesor y alumno entre dos hombres que habrían de cambiar la historia. Hay al respecto cuatro posiciones, entre las cuales puede elegir el lector: a) Aristóteles influyó en Alejandro; b) Alejandro influyó en Aristóteles; c) ambos se ejercieron recíproca influencia, y d) ninguno influyó sobre el otro.

Después, Aristóteles se casó, y, como le encantaba el *tutti-frutti*, lo hizo con una macedonia.

Para no ser menos que Platón, que fundó una Academia, Aristóteles creó un liceo, y, en los ratos que éste le dejaba libre, escribió kilos y kilos de libros. En ellos aconsejó hablar lentamente, con voz doctoral y con un tono irónico cuando se dirige a los seres inferiores, entre los cuales incluyó, como su maestro Platón, a las mujeres, a los esclavos y a los demócratas. Aristóteles no creía en la igualdad ni en la democracia. Decía que unos hombres nacieron para mandar y otros para ser mandados, aunque no especificó a dónde.

Sus ideas políticas aparecen claras en los consejos que da a los gobernantes para retener el mando: ejecutar o asesinar a las personas de mérito excepcional; prohibir los banquetes de camaradería, las tertulias, las asambleas, las discusiones literarias; comprar la lealtad de las mujeres, esclavos y seres inferiores en general para que delaten a los descontentos, y, lo más importante, hacer la guerra sin interrupción, a fin de que los súbditos tengan algo en qué ocuparse y sientan siempre la necesidad de un caudillo.

Maquiavelo era un chiquillo de las monjas comparado con Aristóteles.

Para que no le dijeran extremista, Aristóteles inventó la doctrina del justo medio, que afirma que todo extremo es vicio y que todas las posiciones moderadas y equidistantes de los extremos son virtudes: el valor es el justo medio entre la cobardía y la temeridad; el amor propio lo es entre la vanidad y la humildad; el medio filo, entre la sobriedad y la embriaguez, etcétera.

Lo más notable que hizo Aristóteles fue inventar el silogismo, que es un sistema para pensar correctamente que consiste en encadenar los pensamientos con el fin de extraer una conclusión. Esto queda mucho más claro con un ejemplo. Se encontraron en la plaza de Atenas dos discípulos de Aristóteles y uno de ellos saludó amablemente:

—Buenos días.

—¡Guau! —contestó su amigo.

El otro se quedó perplejo y pensativo, pero después de un momento descargó sobre la nariz del insolente toda la fuerza de su puño.

Acudió gente y el filósofo pugilista debió explicar su reacción:

—Cuando él me dijo “guau”, apliqué las enseñanzas de mi maestro Aristóteles y construí el siguiente silogismo:

“Guau dicen los perros;
los perros persiguen a los gatos;
los gatos comen ratones;
los ratones comen queso;
el queso se hace de leche;
la leche la producen las vacas;
la vaca es la hembra del toro;
el toro tiene unos enormes cuernos...”

“Luego, ello significa que este deslenguado me quiso decir cornudo.

La gente quedó satisfecha con la explicación, y algunos comprendieron entonces la perfección lógica del silogismo, con lo que Aristóteles aumentó su ya crecido prestigio.

También se destacó Aristóteles como científico, y durante dos mil años se aceptaron sus afirmaciones sin ponerlas jamás en duda, pues, como la teología incorporó muchos pensamientos suyos a la doctrina revelada, su prestigio de sabio en las cosas divinas le dio también reputación de sabio en las cosas terrestres. Poner en duda cualquier afirmación de Aristóteles significaba, dos mil años después de su muerte, enfurecer a la Inquisición y arriesgar el pellejo. Por ejemplo, afirmó el filósofo que los hombres tienen más dientes que las mujeres, y a nadie se le ocurrió, durante veinte siglos, comprobar si era cierto. Por fin, hacia 1600, alguien tuvo la originalidad de contarle los dientes a su mujer¹, pero apenas había terminado de hacerlo, cuando la Inquisición ya había tomado cartas en el asunto. Felizmente para él, su abogado era un hombre muy hábil, y logró convencer a los inquisidores para que contaran sus propios dientes y se los contaran a algunas mujeres. Comprobado el empate, el acusado fue absuelto, pero durante mucho tiempo fue comentado con asombro el incomprensible error de Aristóteles.

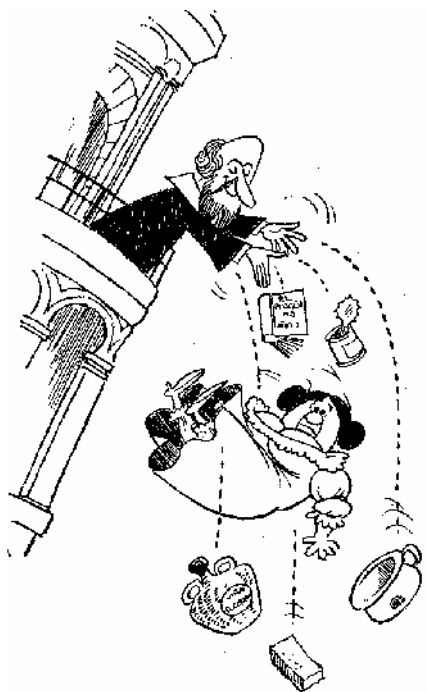
Otro impío, llamado Galileo Galilei, puso en duda otra afirmación de Aristóteles que los cuerpos pesados caen con mayor velocidad que los livianos. Para comprobarlo tiró desde lo alto de la Torre de Pisa varios objetos pesados y otros mucho más livianos: una piedra, un fierro, su suegra, un papel arrugado, algunos corchos de botella y un almohadón de plumas. Sus alumnos —Galileo era profesor de la Universidad de Pisa— observaban al pie de la torre la llegada de los objetos a la meta.

—¡Apuesto al fierro!— exclamaba un alumno.

¹ ¡A que usted no se los ha contado!

—¡Yo a la piedra! —decía otro.

—¡Y yo a la suegra! —gritaba un tercero.



Galileo demostró que la teoría de Aristóteles acerca de la aceleración de la gravedad era errada.

Pero también en este caso hubo empate, con lo que el prestigio de Aristóteles decayó un poco más.

La Inquisición se interesó por el experimento, y Galileo tuvo que satisfacer su curiosidad. Los inquisidores llegaron a la conclusión de que Galileo no comprendía bien la grandeza de Aristóteles, y le proporcionaron gratuitamente una habitación tranquila para que se entregara a la meditación.

Tal era todavía la influencia de Aristóteles dos mil años después de su muerte.

Hasta el año 323, Aristóteles vivió tranquilamente en Atenas, ciudad que, como el resto de Grecia, estaba sometida a Alejandro, su ex alumno. Ese año murió Alejandro, y los atenienses se rebelaron. Se inició entonces una persecución contra todos los que habían sido amigos del invasor, y Aristóteles, olvidando el ejemplo de Sócrates, puso pies

en polvorosa.

Huyendo iba, cansado, sudoroso y jadeante, cuando un síncope lo hizo mor-
der el polvo.

CAPÍTULO III

Grecia bajo el imperialismo

GRECIA fue una nación poderosa, rica y feliz, hasta que Alejandro Magno le bajó el moño. El imperio de Alejandro duró muy poco, pero Grecia no tuvo tiempo de recuperarse. Apenas se había empezado a levantar cuando llegaron los soldados del Imperio Romano y la dejaron *out*.

Cuando Grecia era libre y próspera, los filósofos eran alegres y optimistas. Pero cuando el imperialismo le puso el pie encima, todo el mundo andaba triste y cabizbajo, incluso los filósofos, los cuales se entregaron a la tarea de encontrar una fórmula para ser felices, mientras los soldados cargaban carretas y más carretas con obras de arte, que sucesivos saqueos han distribuido entre el Louvre y el Museo Británico.

Buscando y buscando, los filósofos griegos hallaron cuatro fórmulas diferentes para encontrar la felicidad a) no creer en nada; b) no desear nada; c) gozar de las cosas sencillas, y d) autosugestionarse.

Los filósofos del primer grupo fueron los escépticos. Cada vez que les contaban algo, respondían igual que las niñas pitucas:

—¡No te puedo creer!

Los escépticos sostenían que hay tan buenas razones para probar una cosa como para probar lo contrario, y que, por lo tanto, no debemos creer en nada. Para demostrar esto, les encantaba dictar conferencias sosteniendo un punto de vista y dictar otra al día siguiente, sosteniendo el punto de vista opuesto. Un filósofo escéptico, Carnéades, hizo esta gracia mientras era embajador en Roma: dictó una charla defendiendo la filosofía de Aristóteles, y lo hizo tan bien, que dejó a todos los asistentes convertidos en entusiastas aristotélicos; y al día siguiente dictó otra charla, en la que demostró que la filosofía de Aristóteles está llena de contradicciones, que contiene un montón de tonterías y que el que cree en ella es un mentecato.

A las dos charlas asistieron varios senadores romanos, que le encontraron al asunto olor a tomada de pelo, pues en la primera conferencia pisaron el palito. En venganza, se las arreglaron para que el filósofo fuera declarado persona no grata.

Cuando lo supo, el escéptico dijo:

—¡No te puedo creer!

Pero, lo creyera o no, tuvo que tomar sus cositas y regresar a Atenas.

* * *

El segundo grupo de estos existencialistas del Año de la Pera fue el de los cínicos. Estos no sólo no creían en nada, sino que tampoco deseaban nada. Vivían en los basurales, pedían limosna, no se lamentaban por nada ni sentían respeto por nadie. De los hombres opinaban que son todos unos ladrones y sinvergüenzas, y que son peores mientras más altos cargos ocupan.

El cínico más notable fue Diógenes, que voluntariamente se hizo porzeusero¹, y se fue a vivir a un basural, en el interior de un tonel. En las noches acostumbra salir a recorrer, las calles con un farolito:

—Ando buscando un hombre honrado — decía, y se reía como loco.

A la gente de la ciudad le hacían mucha gracia las extravagancias de Diógenes, al que llamaban “el filósofo del basural” o “el Sócrates chiflado”.

Cuando Alejandro Magno visitó la ciudad donde vivía Diógenes, alguien le dijo que fuera a conocerlo, para que se riera un poco. Y Alejandro fue. Como era muy vanidoso, pues se creía hijo de Dios, lo mismo que Empédocles y otros personajes de la antigüedad, hizo que lo anunciaran con trompetas, le alfombraran el piso y perfumaran y desinfectaran el basural. Cuando llegó donde Diógenes se paró frente a él con las manos en las caderas, y con ese tono prepotente que usan los carabineros cuando pasan un parte, le dijo:

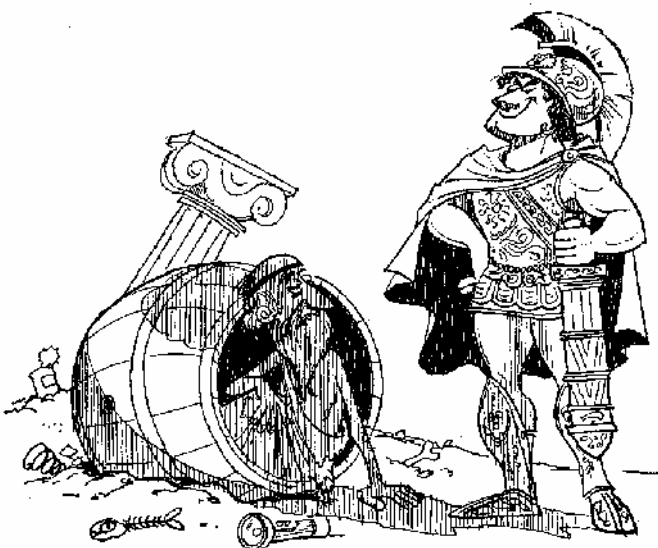
—Buen hombre, tienes frente a ti al ser más poderoso del mundo. Yo soy Alejandro el Grande. Pídemelo lo que quieras y te lo concederé.

Diógenes lo miró en forma displicente, y siguió sentado en la puerta de su tonel, escarbándose la oreja con un palito.

—¿De veras? —preguntó por fin.

—Cierto —insistió Alejandro—, lo que tú quieras: palacios, riquezas, honores... Pide, no más, con toda confianza.

—Entonces córrete un poco, chato, que me estás tapando el sol...



ALEJANDRO MAGNO: —Te concederé lo que pidas, buen hombre.
DIÓGENES: —Entonces córrete, chato, que me estás tapando el sol.

¹ “Porzeusero”: pordiosero. Los mendigos griegos no pedían limosna “por amor a Dios”, sino “por amor a Zeus”.

* * *

El tercer grupo de filósofos —el de los epicúreos— buscaba la felicidad en las cosas sencillas. Vivían modestamente, a pan y agua. Cuando comían queso era una verdadera fiesta. No eran muy diferentes de los otros filósofos de la época, pero los estoicos no los podían ver y los desprestigiaban cada vez que podían. Existe todavía un escrito del estoico Epicteto, en que dice “Esa es la vida que les gusta a los epicúreos: comer, beber, dormir y rascarse”¹.

Pero la razón del ataque era, en realidad, que los epicúreos escribieron montones de libros contra las religiones pasadas, presentes y futuras, mientras que los estoicos eran medio beatos, y si bien es cierto que ellos también realizaban todos los actos que reprochaban a los epicúreos, la verdad es que los sublimaban por medio de la religión: comían y bebían con espiritualidad; cuando dormían, soñaban con los angelitos, y, mientras se rascaban, pensaban en la grandeza de Dios.

* * *

Los estoicos, finalmente, eran los que practicaban la autosugestión. En las circunstancias más desgraciadas, se decían: “Soy feliz, soy feliz, soy feliz...” Uno de los estoicos más famosos, el esclavo Epicteto, trató de convertir a su amo al estoicismo.

—Un estoico es feliz incluso cuando está enfermo —le dijo—, y lo es también cuando está en peligro y cuando marcha al destierro. Un estoico es feliz aunque se esté muriendo.

El amo quiso comprobar si Epicteto practicaba su doctrina, y le dio una patada tan feroz que le quebró una pierna.

—¡Ayyyyyyy! —gritó Epicteto—. ¡Qué feliz soy!

Y casi se murió de la risa. Se rió tanto, que se le saltaron las lágrimas.

Quedó cojo para toda la vida, pero no le guardó rencor a su amo, pues era un deber de los estoicos perdonar las ofensas y amar a los enemigos. Esto lo practicaron sin excepción todos los estoicos, incluso el emperador Marco Aurelio, que vivió mucho después. Marco Aurelio perdonaba todas las ofensas y amaba a todos sus enemigos. A los únicos que no podía soportar era a los cristianos, y todos



Epicteto: —Los estoicos, mi amo, somos felices aun en las circunstancias más adversas...

¹ Al que le venga el sayo, que se lo ponga.

los días mandaba arrojar varios de ellos a los leones, pero este detalle no quita nada a su bondad, pues en aquella época se usaba así.

* * *

De este modo, buscando la felicidad a toda costa, los filósofos griegos derivaron poco a poco hacia el misticismo, sin que ellos se dieran cuenta. Sus doctrinas se esparcieron por todo el Imperio Romano, y terminaron mezclándose entre sí y con las doctrinas de otros filósofos y con elementos de las religiones griega, romana, persa y egipcia. Un poquito de aquí y otro poquito de allá, una batida fuerte para que quede todo bien mezclado y ¡zas! resultó una doctrina de enorme éxito.

Estaba por comenzar la Era Cristiana.

CAPÍTULO IV

La filosofía católica

EN LA filosofía católica, hay elementos judíos, estoicos, neoplatónicos y cínicos. Algunos ingredientes ya existían mucho antes que naciera el Fundador; otros los agregó Él y el resto se lo añadieron después. Con tanta cosa mezclada, le da argumentos a todo el mundo:

—“¡No he venido a traer paz, sino espada!” —dicen los obreros cristianos, citando palabras de Jesús—. ¡Viva la revolución!

—“Ama a tus enemigos” —replican los empresarios cristianos, citando también palabras del Maestro—. Y “si te golpean en una mejilla, pon la otra”.

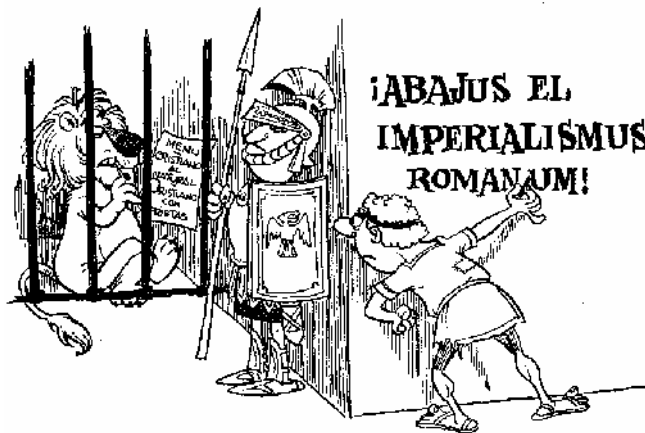
Pero veamos el origen.

Hace dos mil años, los judíos vivían sometidos al Imperio Romano, cuyos soldados se paseaban por Judea, como Pedro por su casa, charlando en latín, aunque nunca fueron al Seminario. El jefe político de Judea no era un judío, sino un romano llamado Poncio Pilatos.

Los judíos odiaban a los romanos porque estaban sometidos a ellos, y sobre todo, porque tenían que pagarle tributo al emperador. Pero su odio lo tenían bien callado. ¡Hay del que lo manifestara! Los judíos ricos no sólo se cuidaban de expresar hostilidad hacia los imperialistas, sino que, además, se deshacían en reverencias cuando se cruzaban con alguno de ellos. Con el fin de conservar sus bienes, colaboraban abiertamente con los opresores. Incluso, había algunos que inducían a sus hijos a estudiar latín en el Instituto Judío-Romano de Cultura, y otros, más entusiastas en su afán de conquistar las simpatías del Imperio, los mandaban a estudiar a Roma.

Pero los oprimidos pobres tenían otra actitud totalmente distinta. Constantemente organizaban revueltas en todos los puntos del Imperio. Mas, apenas se iniciaban las luchas patrióticas para conseguir la liberación nacional, llegaban los guardiamarinas romanos, o una división de ejército, y no dejaban títere con cabeza.

“El movimiento terrorista



Los cristianos y el imperialismo no simpatizaban.

ha sido dominado por las fuerzas de orden —informaban, entonces las agencias de noticias de Roma—. Los elementos extremistas están en poder de la justicia.

¡Y qué justicia!

A los rebeldes los torturaban, los descuartizaban, los crucificaban. Como consecuencia de sólo tres sublevaciones habidas en los siglos II y I a. de C., crucificaron a más de cuarenta mil personas, principalmente esclavos y pequeños artesanos, que se atrevieron a exigir al Imperio un reajuste de sus salarios y de la asignación familiar.

Así estaban las cosas cuando los cristianos iniciaron su prédica, que no era blanda ni sumisa, sino unos discursos que sacaban roncha, dirigidos contra los ricos y el clero.

—¡Ay de vosotros, hipócritas, que devoráis las casas de las viudas! —decían—. Sois semejantes a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera e inmundos por dentro. Así también vosotros por fuera os mostráis justos con los hombres, pero estáis llenos de hipocresía e iniquidad. ¡Serpientes! ¡Raza de víboras! (San Mateo, XXIII, 14, 27, 33.)

Los ricos fariseos se pusieron en campaña para eliminar a los cristianos, comenzando por desprestigiarlos ante la opinión pública:

—Están locos. Además, son glotones y bebedores. (San Juan, X, 20; San Mateo, XI, 19.)

Los cristianos no hicieron caso de la difamación y continuaron pronunciando sus amenazantes discursos:

—En verdad, no quedará aquí piedra sobre piedra. ¡Todo será destruido! Hemos venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué hemos de querer, sino que se encienda? ¡El que no está con nosotros está contra nosotros! ¡Estos son días de venganza! (San Mateo, XII, 30; XXIV, 2; San Lucas, XII, 49; XXI, 22.)

Poco a poco, el lenguaje de los cristianos se hacía más y más violento. Los fariseos estaban desesperados. El jefe de los sacerdotes, Caifás, deseaba amordazar a los cristianos de algún modo. Finalmente, los acusaron de una serie de delitos graves:

¡Pervierten a la nación y vedan dar tributo al César! (San Lucas, XXIII, 2.)

—¡Alborotan al pueblo! (San Lucas, XXIII, 5.)

—¡Dicen blasfemias! (San Marcos, XIV, 64.)

—¡Se levantan contra el César! (San Juan, XIX, 12.)

—¡Son malhechores! (San Juan, XVIII, 30.)

Comenzaron entonces las persecuciones, pero éstas, lejos de amedrentar a los cristianos, aumentaron increíblemente su número. Arriesgándose a sufrir la cárcel, el tormento y la muerte, pronunciaban discursos de cuero de diablo:

—¡Llorad, ricos! ¡Aullad por las miserias que os vendrán!; Oíd el clamor de los obreros que segaron vuestras tierras, y a los cuales habéis engañado, negándoles su salario! (Epístola del Apóstol Santiago, V, 1-4.)

El número de los cristianos crecía y crecía. Vivían juntos, en comunidades, y tenían todas las cosas comunes. Los que al ingresar a las comunidades tenían posesiones, las vendían y repartían el producto de la venta entre todos, a cada cual según su necesidad. (Hechos de los Apóstoles, II, 44-45.) Además, para mantenerse, cada cual trabajaba según su capacidad. Pero, como siempre sucede, se colaron en las comunidades algunos vivos que querían vivir sin trabajar. San Pablo tuvo entonces que poner los puntos sobre las íes, en una carta que dirigió a los cristianos de Tesalónica:

“Hemos oído que hay entre vosotros algunos que no trabajan en nada, sino que se ocupan en curiosear. A éstos requerimos para que trabajando se ganen su pan. Y si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma”. (2 Tesalonicenses, III, 10, 11.)

Las autoridades del Imperio Romano estaban seriamente preocupadas con el aumento del número de esos hombres que usaban un lenguaje violento, que lanzaban denuestos contra los ricos, y que auguraban un feliz porvenir a los pobres.

—Es la escoria social —comentaban los patricios romanos—. Son carpinteros, pescadores y otra gente de su misma calaña. Son hombres amargados, fracasados, llenos de resentimientos contra la sociedad...

Uno de esos patricios, llamado Celso, que se las daba de historiador, decía de los cristianos:

“Sólo saben conquistar a los tontos, a las almas viles e imbéciles, a los esclavos, a las pobres mujeres y a los niños... Se ve entre ellos a cardadores de lana, a zapateros, a tejedores, a pura gente ignorante y sin educación, que en presencia de sus amos, que son hombres de experiencia y de juicio, se cuidan mucho de abrir la boca”.

Los otros historiadores de la época también hablaban pestes de los cristianos. Después del incendio de Roma —ordenado por Nerón, según los cristianos de hoy, pero que, según el propio Nerón, fue provocado por los cristianos para cumplir las palabras de Jesús: “Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?”— debieron soportar la más cruel de las represiones, como un grupo terrorista cualquiera.



—Observo, mi querido Cayo, que también en esta ciudad los terribles y maldados cristianos resuelven el galánaro...

Refiriéndose a ese hecho, cuenta el historiador Tácito que, después del incendio, “Nerón comenzó a castigar con exquisitos géneros de tormentos a unos hombres aborrecidos del vulgo por sus excesos, llamados comúnmente cristianos”, con lo cual “se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, la que tornaba otra vez a reverdecer no sólo en Judea, origen de este mal, sino también en Roma, donde llegan y se adoptan todas las costumbres atroces y vergonzosas que hay en las demás partes”. A su vez, el historiador Suetonio alabó a Nerón por “entregar al suplicio a los cristianos, clase de hombres llenos de supersticiones nuevas y peligrosas”.

El hecho de que los cristianos hayan sido castigados por incendiar Roma es sólo un botón de muestra. La verdad es que los culpaban de todas las desgracias públicas. Tertuliano, un cristiano de la época de las persecuciones, que en sus pesadillas veía leones con la servilleta al cuello, mirándolo con cara de buen apetito, escribía sobre esto que “si el Tíber se desborda o el Nilo no inunda los campos; si el cielo está encapotado, si la tierra tiembla o si sobreviene el hambre, la guerra o la peste, inmediatamente se levanta un grito: ¡Mueran los cristianos! ¡A los leones los cristianos!”

El Imperio Romano propagó por todos los medios de difusión a su alcance las más horrendas historias relativas a los cristianos. De todas ellas, la que divulgó con mayor entusiasmo fue la que afirmaba que los cristianos comían niños. El ilustre orador romano Frontón llegó a aseverar que los cristianos habían inventado diversas recetas de cocina con los niños como ingrediente, pero que su modo favorito de prepararlos era rebozados en harina y con pan rallado, es decir, como escalopas. Escribió que, en sus ceremonias iniciáticas —una especie de primera comunión—, “los cristianos rebozan a un niño en harina y obligan al neófito a que atraviese el corazón de la víctima y se beba su sangre, tras de lo cual la asamblea se reparte frenéticamente sus despojos”.

Con estos antecedentes de los cristianos, el público les agarró un odio y un miedo tales, que apenas alguien mencionaba a la nueva y perversa secta, el hombre común imaginaba a sus hijos descuartizados por alegres y voraces cristianos, y a éstos alrededor de los cadáveres, diciendo:

—¡Yo quiero una pierna!

—¡Y yo la otra!

Sin embargo, esta propaganda demoledora no consiguió liquidar a los cristianos. Su único resultado fue hacer más lento su avance. Ahora costaba mucho obtener que alguien firmara los registros de la secta, pero, una a una, las nuevas adhesiones llegaban. Los cristianos adoptaron entonces este lema: “No temas ir despacio; sólo teme no avanzar”.

Después de alimentar leones con cristianos durante tres siglos, las autoridades del Imperio comprendieron que no lograrían derrotar a los revolucionarios

sino recurriendo a la astucia. Como a esta altura ya habían surgido algunas discrepancias ideológicas en el seno del cristianismo —adoptianismo, modalismo, docetismo, monarquianismo, arrianismo y otras tendencias revisionistas—, el Imperio decidió aprovechar esta circunstancia en beneficio del orden público. Con tal fin, el emperador Constantino envió una carta a los miembros de la comunidad cristiana de Roma, en la cual les decía:

Muy señores míos:

Por pura curiosidad, he estado leyendo los panfletos y manifiestos que ustedes distribuyen entre la gente de las poblaciones callampas de Roma, y la doctrina que en ellos se expone me parece muy interesante. A decir verdad, comparto muchas de sus, opiniones. En otros aspectos, que estimo secundarios, estoy en desacuerdo, pues creo que han interpretado mal algunos pasajes oscuros de las escrituras. Si no fuera por esto, me convertiría de inmediato.

A pesar de que ustedes han hecho una oposición implacable a mí gobierno, han despertado mis simpatías y deseo ayudarlos. Créanme que lamento sinceramente el fraccionamiento de la cristiandad en tantas corrientes que existen ahora.

Los cristianos deben terminar con la anarquía que hoy impera entre ellos e imponer en sus filas la disciplina y el orden. ¿Y quién está mejor llamado para desempeñar este papel que ustedes, los cristianos de Roma? ¿Quiénes sino ustedes son los indicados para terminar con el divisionismo, imponer sus puntos de vista y conducir por el recto camino a todos los cristianos? Permítanme cooperar con este propósito. La única condición que les impongo es que moderen su lenguaje; revisen las escrituras en aquellas partes en que han creído ver — por error, a mi juicio — un llamado a la revolución; adopten una actitud más conciliadora, y no sigan jorobando, como lo han hecho hasta hoy, a las autoridades del Imperio.

Si aceptan mi oferta, les prometo una subvención estatal.

Atentamente, su Afmo. y S. S.

CONSTANTINO.

Con buenas palabras, quién no entiende.

El año 311 cesaron las persecuciones, y, en el 381, el emperador Teodosio mandó que todos los ciudadanos del Imperio profesasen la religión cristiana. Y el que no estuviera de acuerdo..., ¡a los leones!

Así fue como el Imperio Romano se convirtió al cristianismo.

San Agustín, un ejemplo que reconforta

SAN AGUSTÍN fue el primer hombre que escribió sus memorias íntimas, a las que tituló “Confesiones”. Por ellas se sabe que en su juventud fue un gran pecador.

Cuenta en su autobiografía que cuando niño fue sorprendido en el peral de un vecino, comiendo fruta:

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el vecino, furioso.

—Comiendo manzanas —contestó el santo.

—¡Mientes! —dijo el vecino—. Este es un peral.

—¿Y no puedo haber traído las manzanas en un paquetito? —replicó Agustín.

Pero estaba comiendo peras, peras robadas. Este pecado amargó a San Agustín hasta su muerte. En sus “Confesiones” dedica siete capítulos a lamentar este robo.

Mas no fue este *affaire* de las peras lo único que debió lamentar el ilustre teólogo.

A los dieciséis años de edad, viajó a Cartago. De lo que allí vio e hizo, dice en sus “Confesiones”: “Todos a mi alrededor hervían en una caldera de amores ilegales. Yo no amaba todavía, pero amaba el amor... Amar y ser amado era dulce para mí; manché, por eso, la primavera de la amistad con la inmundicia de la concupiscencia y oscurecí su fulgor con el infierno de la lascivia”.



San Agustín mejoró muchísimo su conducta.

Pero no se crea que San Agustín era un pecador sin conciencia. No. Su conciencia le atormentaba sin cesar, y constantemente pedía a la Divinidad: “Señor; dame castidad y continencia, pero todavía no”.

De tanto pedir castidad y continencia, le fueron concedidas. En la religión y en la filosofía encontró una paz interior que antes no había conocido, y un campo enorme al cual entregar su saber y su envidiable energía.

San Agustín es, sin duda, a causa de su redención, un ejemplo que reconforta. Todos debemos aspirar a componer nuestra conducta de manera tan radical como él. Yo os invito, lectores míos, a que os alejéis de las tentaciones carnales, como San Agustín, para lo cual debéis ayudaros con estas palabras suyas “Señor, dame castidad y continencia, pero todavía no”. El método es infalible. Os, aseguro que, con este sistema, antes de cumplir setenta años seréis tan castos como un recién nacido.

Durante la segunda mitad de su vida, San Agustín escribió numerosas y profundas obras, en las cuales mezcló las enseñanzas de Jesús con las doctrinas de los aristócratas esclavistas Platón y Aristóteles. Bajo el alud de pensamientos reaccionarios de esos dos griegos, las palabras revolucionarias de Jesús quedaron sepultadas.

CAPÍTULO V

La caída del Imperio Romano

EL AÑO 476 sucedió lo que era fácil predecir. Se oyó un silbido cada vez más agudo y luego un estruendo: era el Imperio que había caído.

Y, como siempre, a río revuelto ganancia de pescadores. Los bárbaros se convirtieron en personas honorables: los anglos fundaron Inglaterra y se convirtieron en ingleses; los francos pasaron a llamarse franceses, y los vándalos fundaron Vandalucía (Andalucía), convirtiéndose en andaluces primero; en latinoamericanos cuando colonizaron nuestro continente, y en choferes de microbuses posteriormente.

A la caída del Imperio, la *pax romana* fue reemplazada por un bochinche tremendo. Tampoco la Iglesia logró conservar la calma, y las discusiones teológicas fueron violentas.

Las guerras se sucedieron una tras otra. El Imperio se pulverizó en pequeños imperitos¹, cada uno de los cuales era mandado por un rey, príncipe o señor, que usaba casa de piedra y traje de lata.

En medio del caos que fueron el siglo VI y los siguientes, la Iglesia conservó la cultura de la antigua Roma, pero no sus hábitos de aseo. Magníficas bibliotecas y archivos, con manuscritos de los más notables talentos del mundo antiguo, fueron conservados con amoroso celo por frailes cuyo mayor orgullo era no haberse bañado nunca, y que a los piojos — signo de santidad — llamaban “perlas de Dios”.

En este período, uno de los hombres más destacados fue el Papa Gregorio el Grande, que logró hacer de la Iglesia un Estado dentro del Estado.

Gregorio el Grande

GREGORIO era hijo de un millonario, y se crió en medio del lujo. Como es lógico, tenía muchos juguetes, los que elegía cuidadosamente su madre, que era muy beata. Ella jamás quiso comprar a Gregorio — “mi Goyito regalón” lo llamaba — revólveres, soldaditos de plomo, ni tanques con cuerda. En cambio, le regalaba medallitas, estampas religiosas, pequeñas iglesias para armar y frailecitos de plomo.

¹ Imperios chiquititos.

La influencia de su madre fue decisiva para Gregorio: a los treinta y cinco años regaló su fortuna para que se fundaran monasterios, convirtió su propio palacio en convento, y adoptó los hábitos benedictinos. Quince años después, Gregorio ya era Papa.

La obra cumbre de este gran hombre fue su libro “Cómo deben escribirse las cartas”. En esto Gregorio fue un maestro. Escribió cientos de amables cartas, pletóricas de hermosos elogios para sus destinatarios, aunque con numerosas faltas de ortografía, pues según el ilustre prelado, que en esto estaba de acuerdo con muchos de sus colegas de aquella época, el conocimiento pervierte a los hombres.

Una de las cartas más famosas de Gregorio es la que dirigió a Desiderio, obispo de Viena. Su texto reza así:

i]o mioh: e thenido notisia qe daz klasez de gramhatika, lo que devez dejar de aser inmediatamente, por qe ez algo eccekravle i bil. te rhuego qe degez de aser ezaz klacez oh de otro mhodo lo pazaraz mal. seria una berdadera laztima qe murieraz tan joben. tu amigo Gollo.

Con esas cartas, escritas con la cortesía más exquisita, Gregorio consiguió que el rebelde clero de entonces se sometiera a él más que a otros Papas anteriores.

Otras amables cartas las dirigió a las autoridades políticas, con las que siempre se llevó muy bien. Escribió muchas al emperador Mauricio, manifestándole su más ferviente admiración y su leal adhesión. Un día, sin embargo, un caudillo popular asesinó al emperador Mauricio. Después limpió su cuchillo y ocupó el trono. Al día siguiente, el nuevo emperador comenzó a recibir cartas de Gregorio, en las que éste le manifestaba su más ferviente admiración y su leal adhesión.

Gracias a esta hábil política Gregorio pasó a la Historia con el apodo de El Grande.



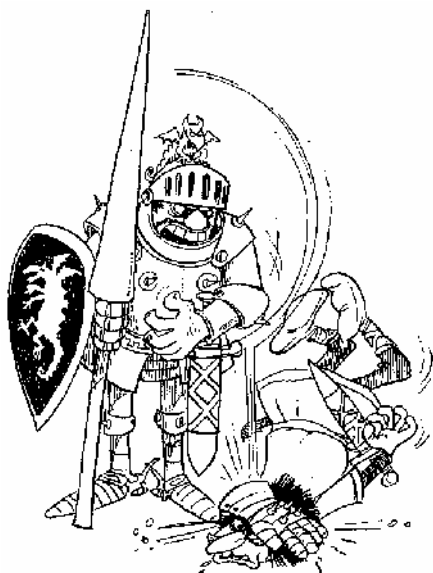
Al Papa Gregorio el Grande colta cabrote la gramática.

CAPÍTULO VI

La Edad Media

LA EDAD Media duró mil años justos. Comenzó el 500 y terminó en el 1500, lo cual fue celebrado en Europa con grandes festividades.

Fue una época en que los hombres pasaban el tiempo asaltando castillos, defendiendo castillos, haciendo catapultas, cruzando puentes levadizos armados de cachiporras, derribando puertas con arietes, arrojando aceite hirviendo desde las torres de las fortalezas, encerrando a sus enemigos en húmedas mazmorras, inventando tormentos, haciendo conjuros, consultando brujas, quemando brujas,



—¡Acepta mi desolación, follón y malandrín!

cerrando cinturones de castidad, probando llaves en cinturones de castidad, haciendo agravios, produciendo entuertos, vengando ofensas, retando a duelo, lavando honras¹, quebrando lanzas, envenenando parientes, etc.

Son de la Edad Media los nombres más desagradables que han existido, como Teodorico, Clodoveo, Trasamundo, Gundobado, Amalafrida, Hermenegilda e Inmunda.

Los pueblos también tenían nombres desagradables: ostrogodos, longobardos, suevos, burgundios, etc.

Se acostumbra dividir la Edad Media en dos períodos: la Edad Oscura, que abarca los primeros quinientos años, y la Edad Feudal, en que la Compañía de Electricidad obtuvo, por fin, que le autorizaran un alza de tarifas, por lo que puso fin a los racionamientos y con ello a la Edad Oscura.

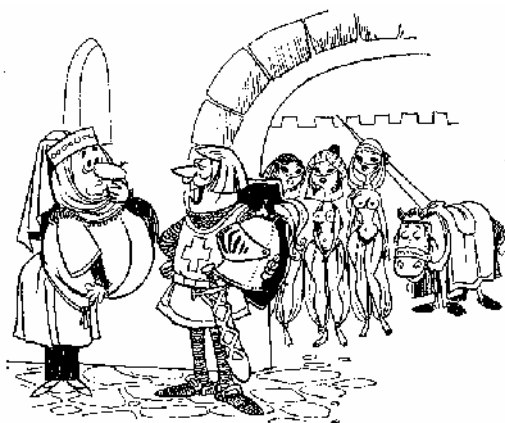
Cuando el Imperio Romano cayó, los bárbaros lo dividieron en reinos tan pequeños que había que entrar de lado.

Como los bárbaros eran mal educados, peleaban constantemente con los vecinos, y por eso construyeron castillos de altos muros, para que no se pudiera arrojar por sobre ellos cáscaras y otros desperdicios.

¹ El detergente favorito para este fin era la sangre. Este sistema, conocido como *blood-cleaning*, era como el otrora famoso jabón Copito: sacaba la mancha y dejaba el hoyito.

El Papa, heredero de los Césares, fue más poderoso que la autoridad política durante toda la Edad Media: Los capellanes hacían un trabajo de joyería. Ellos eran el conducto que usaba el Sumo Pontífice cuando no le gustaba un príncipe para que los propios ejércitos de éste le dieran el sobre azul.

El poder del clero se había formado e incrementado por los más diversos medios, algunos de ellos “de dudosa moralidad”, como dicen los eufemistas¹. Por ejemplo, hasta el siglo XV los Papas exhibían con orgullo un documento escrito en latín que decía: “Io, il Imperatore Constantinus, al facere la foundationem de la nova civitas de Roma, fago donationem de la Roma Antiqua a la Nostra Santissima Mater Iglesia. CONSTANTINUS, Imperator”. Terminaba el documento con una fecha del siglo IV, en circunstancias que había sido escrito en el siglo VIII.



—¿Qué qué novedades tengo? . . . Pues, que se me perdió la Hoja de tu cinturón de caridad y que me traje algunos recuerdos de la Tierra Santa . . .

El pastel se descubrió en 1439, al publicar Lorenzo Valla un tratado sobre “La elegancia de la lengua latina”, en el que demostró que el latín del documento no sólo carece de elegancia, sino también de autenticidad, pues fue escrito en una época en que de Constantino no quedaba ni el polvo.

La revelación de Valla produjo un escándalo, pero se le echó tierra al asunto. El público se olvidó de él y concentró nueva-

mente su atención en el deporte.

Andando el tiempo, se agudizaron una serie de problemas que provocaron el descontento popular. La gente comenzó a pedir que se hiciera una reforma.

—¡Queremos la reforma! —gritaban en las concentraciones.

—¡Queremos una reforma radical! —gritaba el pueblo.

Pero los radicales estaban en decadencia. Los problemas que originaron el anhelo de reformas, comenzaron cuando, a mediados del siglo XIII, el Papa Bonifacio VIII promulgó la Bula Unam Sanctam, en la cual exigió —tal como siglos antes lo habían hecho los emperadores romanos— que todas las demás autoridades se sometieran a su persona. Los príncipes y reyes pretendían, en cambio, que el clero se sometiera al poder civil.

—¡Aquí sólo mandamos nosotros! —decían los reyes, indignados.

—¡Yo soy la más alta autoridad! ¡Me debéis obediencia y tributos! ¡Sobre todo tributos! —replicaba el Papa, hecho un quique.

Tal como los matrimonios, que primero discuten y después se tiran los platos, los monarcas y el Papa se fueron a las manos. Su Santidad fue encerrado en

¹ “Eufemistas”: partidarios del eufemismo; esto es, del arte de decir groserías sin que se note.

la fortaleza de Anagni. Además, los franceses decidieron aprovechar la enorme influencia política de la Iglesia, y anunciaron que desde entonces la nueva sede pontificia sería la ciudad de Aviñón, en lugar de Roma, y que las misas se dirían en francés en vez de latín.

Hubo grandes discusiones.

—¡Jesús jamás estuvo en Aviñón!

—¡Tampoco estuvo nunca en Roma! ¡De Roma provenían los que lo crucificaron!

—¡Jesús no hablaba francés!

—¡Tampoco hablaba latín! ¡El latín era el idioma de sus asesinos!

Un ingenuo propuso tímidamente:

¿No sería mejor trasladar la Santa Sede a Nazaret y decir las misas en arameo? Pero un papirotazo en la nariz lo hizo callar.

La cristiandad entera vio en el encarcelamiento del Papa y en el traslado de la Santa Sede un crimen contra Dios, y unió sus esfuerzos para que la llamada Silla de San Pedro —la cual no conoció San Pedro ni de vista— volviera a Roma. Por fin, muchos años más tarde, esto se consiguió, y el Papa regresó entonces de Aviñón a Roma.

Pero con eso no terminó el problema. Recién estaba empezando. Los observadores y comentaristas políticos olieron la situación y pronosticaron: “Aquí se va a armar la gorda”.

Y se armó.

Como los cardenales eran casi todos franceses, no les agradó la mudanza del Papa, así es que lo desconocieron y nombraron otro, con lo que hubo un Papa en Roma y otro Papa en Aviñón.

La división de la Iglesia disgustó al público, el cual exigió el retorno a la unidad. Para ello se reunió en 1409 el Concilio de Pisa, que depuso a los dos Papas en funciones y nombró a Alejandro V.

Apenas terminó el Concilio, se enviaron emisarios a Aviñón y a Roma a notificar a los Papas que debían abandonar sus sillones pontificios. A pesar de que llevaban una misión antipática, los emisarios fueron recibidos por ambos Papas con banda de músicos, y por una extraña casualidad, la melodía fue la misma en las dos ciudades. En una de ellas, el propio Pontífice cantó al emisario la elocuente letra de la canción:

*De aquí no salgo,
de aquí nadie me tira...*

Los tres Papas permanecieron en funciones durante cinco años. En el intertanto murió Alejandro V, y fue reemplazado por Juan XXIII, el cual, junto con sus colegas, fue depuesto en 1414, por el Concilio de Constanza.

Los derrocamientos de los Papas fueron muy frecuentes durante la Edad Media, pues este período fue fecundo en la producción de Papas falsificados, los cuales alcanzaron a redondear las tres docenas.

Para imaginarse a Europa en la Edad Media, hay que echar una mirada a América latina en la actualidad. Europa era entonces un continente subdesarrollado, con una alta tasa de desnutrición, de mortalidad infantil y de analfabetismo. Los golpes militares eran cosa corriente, y a cada paso se topaba uno con Papas y reyes exilados, ansiosos de recuperar el poder.

En este ambiente turbulento surgió uno que otro filósofo. Uno de ellos fue Tomás de Aquino.

Santo Tomás de Aquino

ESTE FILÓSOFO nació en Aquino en 1225. No debe ser confundido con el Santo Tomás que dijo “ver para creer”. Ese fue Tomás el Desconfiado.

Su pensamiento está contenido principalmente en sus obras “La suma teológica”, “La suma contra los gentiles” y “Las humas y el pastel de choclo”.

Uno de los problemas más interesantes que se planteó es el de la resurrección de la carne. Como saben todos los que han estudiado el catecismo, el día del Juicio Final los restos mortales de todos los hombres que han existido se reconstituirán y formarán nuevamente sus cuerpos, de modo que en la Eternidad entraremos —los malos también— en cuerpo y alma. Pues bien, Tomás se preguntó “¿Cómo se solucionará el caso de los caníbales, hijos y nietos de caníbales, en los cuales cada célula está hecha de sustancias que pertenecieron a otros hombres? Esas sustancias ¿qué cuerpo contribuirán a formar el día del Juicio Final: el de caníbal o el del devorado?”

Misterio.

La vida de Santo Tomás está repleta de milagros. En una ocasión, después de escribir una teoría sobre uno de los más peliagudos problemas teológicos, se sintió inseguro en cuanto a si había escrito algo acertado o errado. Entonces ocurrieron dos milagros al hilo 1º, una aparición le dijo al santo: “Tu teoría es correcta, hijo mío, pues la escribiste bajo inspiración divina”, y 2º, Tomás, al escuchar eso, se elevó del suelo como medio metro, y permaneció suspendido en el aire durante varios minutos, como un cosmonauta en órbita.

Cuando los demás teólogos supieron que Tomás había infringido la ley de gravedad, varios de ellos, que le tenían envidia, sostuvieron que toda infracción a

la ley, cualquiera que ésta sea, debe ser castigada. Pero los otros teólogos se manifestaron partidarios de la canonización del aquinense apenas muriera.

Otros milagros menos espectaculares relatan sus biógrafos, tales como curación de enfermos y cosas por el estilo, pero éstos son milagros de poca monta, que pueden realizar hasta, las “animitas” de los que atropella el tren.

Una noche del año 1274 entró Tomás de Aquino a comprar cigarrillos a un boliche de mala muerte, y un curadito bastante macizo que había junto al mesón lo invitó a beber, diciéndole:

— ¿Tomás?

— Aquino —repuso el santo, creyendo que le preguntaban el resto de su nombre.

El borrachito entendió que el santo no quería tomar con él, y, ofendido, le dio tal paliza que el filósofo expiró allí mismo.

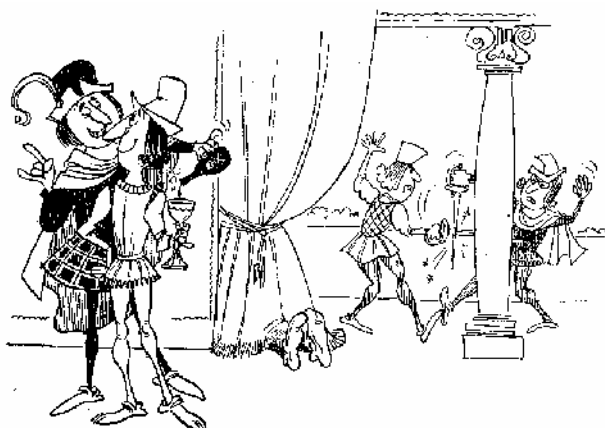
CAPÍTULO VII

El Renacimiento

DESPUÉS de mil años de rezar, ayunar y golpearse el pecho, los hombres comenzaron a sentir un hastío similar al de las parejas de casados cuando se les acaban los temas de conversación y ya no les atrae estar juntos, sin hablarse, tomados de las manos y mirándose fijamente a los ojos, con expresión estúpida. Y entonces dijeron:

—¡Basta! ¡Al diablo con todo eso!

Y, a causa de la Ley del Péndulo, comenzaron a vivir en forma desenfrenada.



—¿Viste la última obra de ese autor nuevo, Shakespeare creo que se llama? ¡Qué absurda!
Todos los personajes mueren asesinados...

—La vida en la antigüedad sí que valía la pena —decían—. Esculpir, pintar, construir bellos edificios, componer música, crear obras literarias, hacer el amor... ¡Esa sí que es vida!

Y tomando a los griegos y a los romanos como modelos, se lanzaron a vivir intensamente. Crearon prósperos negocios y levantaron por todas partes grandes y magníficos palacios. En esos días surgió el Hombre Moder-

no, cuyo ideal ya no fue salvar el alma, sino conquistar el éxito: hacer fortuna, arruinar a sus rivales y seducir a todas las mujeres que se pusieran a su alcance. En la política, en los negocios y en el amor, sólo importaba una cosa: ¡triunfar! Ninguna treta era desdeñada si ella conducía al propósito buscado: el fin justificaba los medios.

Aunque el clero también siguió la tendencia de la época, haciendo del mandato "Amad los unos a los otros" la máxima suprema del cristianismo, hubo uno que otro monje que permaneció aferrado a la Edad Media. Uno de ellos fue Fray Jerónimo Savonarola.

Savonarola

FRAY JERÓNIMO Savonarola fue un cura dominico contemporáneo de Cristóbal Colón, pero más aficionado a la oratoria sagrada que a conquistar alas indias.

Las costumbres de aquellos tiempos eran muy licenciosas: amor libre, lujo, juego, prostitución, indiferencia hacia la religión, etc. Savonarola estaba aún dominado por el espíritu medieval y sentía una profunda pena cada vez que en algún desván veía, arrumbado y lleno de óxido, un cinturón de castidad, prenda pasada de moda, que para él representaba toda la espiritualidad de la Edad Media.

Savonarola tenía la mentalidad de un miembro del Consejo de Censura Cinematográfica: se creía un hombre enviado por Dios para purificar las costumbres de una época corrompida. Esa convicción lo impulsó a realizar la tarea a que consagró toda su vida una Gran Campaña contra el Pecado.

La campaña se realizó a punta de discursos. Savonarola no tenía pelos en la lengua y lanzó ataques terribles contra todos los pecadores que conocía, designándolos por sus nombres.

—Los Médicis son unos usureros desalmados —decía—. ¿Pero qué otra cosa podría esperarse de una familia de comerciantes, cuando el mal ejemplo les viene de arriba? ¿Cómo podría ser virtuoso un banquero, cuando el Papa es un pecador y el hijo del Papa también?

Los aludidos trataron de apaciguar a Savonarola, con métodos radicales: los Médicis le ofrecieron riquezas; el Papa le ofreció el arzobispado de Florencia y el capelo de cardenal, y el hijo de éste, el cardenal César Borgia, manifestó su intención de regalarle su colección de puñales, pero, Fray Jerónimo rechazó todo eso con indignación:

—Me queréis comprar como a un político venal, pero estáis equivocados —les dijo—. ¡Yo soy la horma de vuestro zapato!

Los Médicis y los Borgia rechinaron los dientes, apretaron los puños, y así, con la bilis revuelta, se quedaron esperando el momento de la venganza.

La Campaña contra el Pecado duró largos años, y culminó con una hoguera en la Plaza de Florencia, destinada a quemar obras de arte, alhajas, instrumentos musicales, juegos de azar, divanes, colchones y cuanto pudiera asociarse al pecado.

Famosos pintores llevaron espontáneamente algunas de sus obras para ser quemadas. ¡Lástima! Eran unos desnudos que daban ganas de pellizcar.

Un sábado en la tarde le pegaron fuego por los cuatro costados a la gigantesca pira, en medio de salmos e himnos religiosos. Con lo que se quemó ahí podría haberse llenado un museo, pero los seguidores de Savonarola no lo pensaron en ese momento. Lo vinieron a pensar recién al día siguiente.

Entonces lamentaron su arrebató con tanto desaliento como lamenta el suyo el flamante marido después que pasa el ardor de la luna de miel.



Después de quemar sus cuadros, a instancias de Savonarola, los pintores se arrepintieron.

Bacio de la Porta, Lorenzo di Credi y otros pintores que habían quemado sus obras en la pira, instigados por Savonarola, formaron un círculo en la plaza, y se dedicaron a darse de puntapiés. Cada uno golpeaba al que tenía delante. De vez en cuando hacían un alto y lloraban amargamente.

Los demás florentinos también lamentaron la quemazón, y por primera vez, pensaron que Savonarola era un poco fanático.

El asunto de la pira hizo que le bajaran los bonos a Fray Jerónimo, y el Papa, que había estado esperando la oportunidad de vengarse por los ataques de aquél, aprovechó un pretexto cualquiera para excomulgarlo.

Cuando le notificaron la excomunión, Savonarola se encogió de hombros despectivamente y dijo:

—No me importa. Por sólo cuatro libras cualquiera puede comprar una excomunión contra alguien que le caiga gordo. El papa dice que soy un perdido, pero olvida que tiene tejado de vidrio...

Aunque algo desacreditada, la excomunión todavía surtía algunos efectos, y una parte de los seguidores de Savonarola lo abandonó.

Su declinación había comenzado.

Al año siguiente hubo una peste, y Savonarola se encerró en el convento con sus cofrades, a rogar por los enfermos. A la gente no le gustó que Fray Jerónimo rehuyera el contagio, en lugar de estar al lado de los enfermos y de los moribundos, y comenzó a dudar de su santidad.

Alguien le preguntó a quemarropa:

—¿Sois santo u os hacéis el ídem? Por qué os encerráis a rezar por los apesados en vez de socorrerlos?

Y Savonarola sólo atinó a responder

—Sabed que la oración es más eficaz que la penicilina.

Pero las dudas acerca de su santidad aumentaron. La reputación de Savonarola comenzó a desmoronarse rápidamente, y, para salvarla, el monje debió acudir a un recurso extremo: declaró que estaba dispuesto a apelar al juicio de Dios, caminando por entre las llamas¹.

¹ Savonarola se refería a los rumiantes de ese nombre. La prueba que propuso consistía, pues, en atravesar la jaula de las llamas en el Zoológico de Florencia. Pero le entendieron que se refería a las llamas de fuego.

Un franciscano aceptó el reto del dominico, así es que los florentinos levantaron en la plaza una pira de sesenta metros de largo, con la forma de un estrecho pasadizo con altos muros de madera. Por este pasillo, envuelto en llamas, deberían pasar los dos frailes en disputa.

El día del juicio se congregó en la plaza una gran muchedumbre, ansiosa de ver a quién respetaban las llamas y a quién consumían, para saber de este modo a cuál daba Dios la razón.

Negras nubes daban al lugar un marco siniestro.

Cuando todo estaba listo para incendiar el pasillo, brilló un relámpago, se escuchó un trueno y las nubes reventaron en un chubasco sin par, calando a la multitud hasta los huesos, y dejando la leña tan mojada que no hubo manera de encenderla después.

Si Dios hubiera estado de parte de Savonarola, pensó la gente, le habría permitido realizar la prueba. La lluvia expresaba la divina desaprobación. Este raciocinio derrumbó casi completamente el prestigio de Savonarola y su reputación de santo. Así fue como, paradójicamente, por falta de fuego, Savonarola “se quemó”.

Al día siguiente, sus adversarios asaltaron el convento a la cabeza de una muchedumbre que ellos habían dotado de armas, pero tropezaron con una tenaz resistencia de los dominicos, los cuales, previendo el ataque, habían levantado barricadas y tras ellas esperaban a sus atacantes, armados con arcabuces, bombardas y los más modernos mosquetes y trabucos. Allí los monjes olvidaron eso de poner la mejilla, y aplicaron, en cambio, esa vieja norma eclesiástica que dice: “A Dios rogando y con el mazo dando”.

El convento quedó convertido en conventillo.

En la refriega hubo muertos y heridos de ambos bandos. Frailes dominicos y franciscanos se lanzaron al ataque con una ferocidad de película. Finalmente los defensores se rindieron y Savonarola fue hecho prisionero.

Así, después de ser el personaje más importante de Florencia y de ser tenido por santo, Fray Jerónimo Savonarola fue apresado como un delincuente, como un cogotero, como un periodista de oposición.

Mes y medio después de ser asaltado el convento, Savonarola fue conducido a la hoguera. Por una ironía cruel, el sitio en que lo quemaron está marcado hoy por una “animita”, en la que almas piadosas suelen encender velas.

Maquiavelo

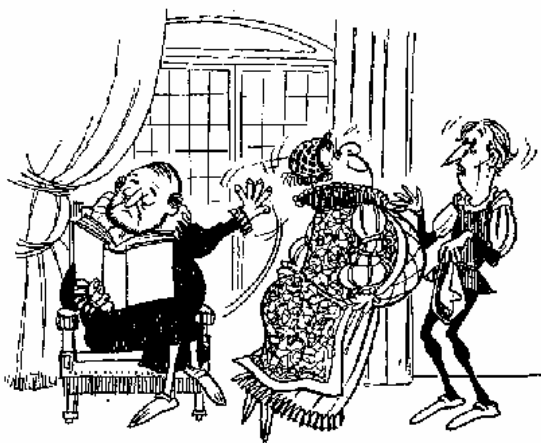
NICOLÁS Maquiavelo era un florentino quince años más joven que Savonarola, de modo que pudo ver su trayectoria, magnífica primero, hasta ser el personaje principal de Florencia, y su estrepitosa caída más tarde.

La singular carrera del predicador impresionó profundamente a Maquiavelo, que extrajo de la vida de aquél dos enseñanzas: 1, que no hay que ser más papista que el Papa, y 2, que no sirve de nada tener pasta de líder si no se cuenta al mismo tiempo con el apoyo de las armas.

¡Es tan cambiante el ánimo de las masas! “La chusma e mobile cual piuma al vento.” Sólo las armas ponen a cubierto de esa “movilidad” temperamental de las muchedumbres.

La vida de Maquiavelo fue relativamente agitada a partir de los veintinueve años, en que ganó en concurso público un importante cargo administrativo en el Consejo de Florencia, con un sueldo de 200 florines, menos el 20 para la Caja de Previsión, el 15% para el fondo de Desahucio, el 10% de impuesto a la renta, el 8 % para la construcción de escuelas, el 5 % para reconstruir las ciudades asoladas por erupciones volcánicas y el 4 % para alguna finalidad que nunca pudo determinar con claridad. En varias ocasiones pidió que se quedaran con el sueldo líquido y le dieran a él los descuentos, pero sus solicitudes todavía están en trámite.

Maquiavelo era astuto y ambicioso. Deseaba hacer fortuna y, con este fin, primero le hizo empeño al gordo de la lotería, pero después de cinco años, en que



MAQUIAVELO: —Señor Corsini, tengo el honor de pedir la mano de su hi

sólo tres veces sacó terminación, intentó otro método: hizo cuanto pudo por ganarse la simpatía de los Médicis y de los Borgia, pero en esto tampoco tuvo mucha suerte. Los Borgia y los Médicis lo encontraban picante y medio pelo, así es que siempre lo trataron con frialdad. Tentando a la fortuna por otro flanco, Maquiavelo pidió a don Ludovico Corsini, hombre rico y linajudo, la mano de su hija Marietta, una muchacha bien dotada¹. El señor Corsini accedió a la solicitud de Nicolás

cuando éste aún no terminaba de hablar, de modo que, antes de que tuviera tiempo de pensarlo dos veces, se encontró casado con la opulenta Marietta, la que abrió una cuenta corriente bancaria a nombre de Maquiavelo, el que la usó de inmediato

¹ Bien dotada en cuanto tenía una suculenta dote; pero en cuanto a lo demás, mejor le hubieran dado la mano y guardado el resto.

para comprarse un traje, pues, si bien es cierto que entonces se usaba la ropa brillante y con flecos, era mal visto que el brillo se concentrara en los codos y asentaderas, y que los flecos abundaran tanto como en una colcha. Además, Maquiavelo compró dos hermosas camitas gemelas, una de las cuales colocó junto a la ventana del dormitorio, y la otra en una habitación del cuarto piso, que eligió para habitar él.

Poco después de casarse, Maquiavelo debió viajar, enviado por el Consejo de Florencia, a entrevistarse con el cardenal César Borgia, el cual causó honda impresión en el florentino, a causa de su poderosa personalidad y de su extraordinario éxito, logrado gracias a sus numerosas habilidades y talentos —tales como la habilidad para manejar el puñal y el talento para dosificar el arsénico—, junto a una cualidad debida al azar, como el hecho de ser hijo del Papa.

De la comparación de Savonarola y César Borgia habría de surgir en la mente de Maquiavelo la fórmula para triunfar en política, que expondría tiempo después en “El príncipe” “Todos los profetas armados han sido vencedores y los desarmados abatidos”.

En 1512 se produjeron en Florencia cambios políticos, a causa de los cuales Maquiavelo fue desterrado por un año. Cuando le avisaron que debía hacerse humo, Nicolás explicó a su mujer que no podía llevarla con él, debido a los peligros que debería enfrentar, y se limitó a aceptarle una bolsita con florines y otra con pastelillos, para recordarla por el camino, en el que abandonó los pastelillos para que tuvieran un festín las aves del bosque. Desde entonces no hay gorriones en Florencia.

Tiempo después se vio envuelto en otra intriga política, y fue encarcelado. Después de esta experiencia, y decidido a no ver más el sol a cuadritos, se alejó de la política y en un retiro campestre escribió su obra cumbre, “El príncipe”. Aunque lo escribió por matar el tedio, ya que la conversación de los aldeanos del lugar lo aburría soberanamente, decidió sacar algún provecho del libro, y, con este fin, estampó en su primera página la siguiente dedicatoria:

“A LORENZO EL MAGNÍFICO, HIJO DE PEDRO DE
MÉDICIS.

“Los que desean alcanzar la gracia y el favor de un príncipe (*atentti!*) acostumbran a ofrendarle aquellas cosas que se reputan por más de su agrado. Por mi



César Borgia conocía la clave del éxito.

parte, queriendo presentar a Vuestra Magnificencia (¡a la que Dios conserve la generosidad y el desprendimiento!) alguna ofrenda, no he hallado ninguna que me sea más cara que mi conocimiento de los mejores y mayores gobernantes que han existido. Y si después os dignáis, desde la altura majestuosa en que os halláis colocado, bajar vuestros ojos a la humillación en que me encuentro, comprenderéis toda la injusticia de los rigores extremados que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción y se conmoverá vuestro corazón generoso.”

A esta dedicatoria contestó Lorenzo de Médicis con una carta breve, cortés y más bien fría, en la cual se limitaba a expresar que el libro le había, parecido “muy instructivo”.

Maquiavelo continuó aburriéndose con la charla de los aldeanos, hasta el día de su muerte, que no tardó mucho en llegar.

“El príncipe” dio a Nicolás Maquiavelo una fama de macuco y desalmado que no se merece, ya que él se limitó a retratar en su libro, con la fría y serena objetividad de un científico, la forma maquiavélica en que actuaban el Papa Alejandro VI, el cardenal César Borgia y el rey de España, Fernando el Católico. De la forma en que conservaron y acrecentaron su poder esos conspicuos representantes del Renacimiento, infirió Maquiavelo los siguientes consejos para los gobernantes, a los que se conoce como:

DECÁLOGO MAQUIAVÉLICO

1. Mantener un ejército poderoso.
2. Aprovecharse de los débiles.
3. Dividir para reinar.
4. Eliminar sin asco a los posibles rivales.
5. Controlar la distribución de noticias.
6. Emplear hábilmente la propaganda, con el fin de convencer a los pueblos sometidos de que en realidad son libres.
7. Comprarse las simpatías de la clase poderosa de cada país sometido.
8. Obtener a cualquier precio el apoyo de las autoridades eclesiásticas.
9. Presentarse uno mismo como defensor de los débiles, de la justicia, del derecho, de la libertad, de la cultura y del progreso.
10. Desprestigiar a los enemigos de uno, describiéndolos como enemigos de la humanidad, de la libertad y de la cultura.

Erasmus de Róterdam

ERASMO era hijo ilegítimo de un cura, lo que en esos días no tenía nada de particular.

Cuando murió su padre, lo único que heredó Erasmo fue la sotana, y, para aprovecharla, también se hizo cura. Una vez adquirido el nuevo estado, y después de convivir un tiempo con otros clérigos, comprendió que había actuado precipitadamente, pero, ¡qué diablos!, ya estaba metido en el asunto y no podía echar pie atrás. Lo único que podía hacer a esa altura era ejercer su derecho a pataleo. Tomó, pues, la pluma y escribió un libro titulado “El elogio de la locura”, en el que dejó al clero como chaleco de mono.

Dice Erasmo en su libro que “los sacerdotes tienen de común con los laicos que sobre la cosecha de dinero tienen los ojos abiertos y no perdonan a nadie lo que les deben”, y agrega que sus colegas “suelen olvidar sus votos de pobreza y viven espléndidamente”.

Es difícil comprender a Erasmo, pues el ambiente en que él vivió es muy diferente del nuestro, sobre todo en lo que se refiere al clero. En otros aspectos, en cambio, la época de Erasmo es similar a la actual. Nuestro mundo está dividido entre proyanquis y prorrusos, y el mundo de Erasmo estaba dividido entre los partidarios del Papa y los de Lutero.



La lucha entre beatos y canutos era fiera. Unos a otros se cortaban la lengua, las manos, la cabeza; se ahorcaban, se quemaban vivos, se hervían en aceite, se obligaban a ir al dentista y se provocaban mil torturas y suplicios crueles. Eso de “amar a los enemigos” estaba *muy* lejos del espíritu de los cristianos.

Erasmus amaba la paz, amaba a sus semejantes y amaba su propio pellejo, así es que durante todo el tiempo que pudo se abstuvo de definir su posición, y tuvo una actitud conciliadora, destacando lo bueno de cada bando, y criticando lo malo.

Erasmus de Rotterdam adoptó una posición intermedia entre el catolicismo y el protestantismo.

Primero destacó lo bueno del protestantismo “En el corazón de Lutero —dijo— brillan chispas de la verdadera doctrina evangélica, pero los teólogos, que no lo comprenden, que a menudo no lo han leído, lo denuncian al pueblo con las palabras herejía, heresiarca, cisma y anti-cristo”.

Cuando escribió esto, hubo comentarios de Lutero y de los teólogos. Lutero dijo:

—¿Cuál es el rincón de la Tierra en que el nombre de Erasmo sea desconocido? ¿Quién no saluda en él a su maestro?

Y los teólogos dijeron:

—Erasmo es un asno, un estúpido, un zopenco, un bodoque y una bestia.

Algunos años más tarde, Erasmo publicó un libro en que señaló algunos puntos en que discrepaba de Lutero, y otros en los que no estaba de acuerdo con los católicos, e hizo la siguiente proposición:

“Representantes de católicos y, de protestantes debieran reunirse en un concilio ecuménico, no haciendo caso más que de los libros santos, sin preocuparse de lo que los hombres, en los siglos siguientes, les han agregado. Parece imposible que con buena voluntad no lograran entenderse”.

¿Cómo reaccionaron unos y otros?

Lutero dijo:

—Erasmo de Róterdam es el malvado más grande que ha existido jamás sobre la tierra.

Y los teólogos dijeron:

—Erasmo es un asno, un estúpido, un zopenco, un bodoque y una bestia.

Tomás Moro

NACIÓ en Inglaterra en 1478, de padres tan distraídos, que olvidaron bautizarlo. Por eso las vecinas del barrio, cuando veían pasar a Tomasito, comentaban:

—¡Pobrecito el niño! ¡Tan bonito, y pensar que está “moro”!

Desde entonces lo llamaron Tomás el Moro, o, simplemente, Tomás Moro.

Después que aprobó el Bachillerato, ingresó a la Universidad de Oxford, donde, no satisfecho con las enseñanzas que recibía, decidió estudiar griego por su cuenta. Pero, como en esa época era muy mal visto que un joven inglés estudiara griego —lengua que hablaban los detestables ortodoxos—, lo pusieron de patitas en la calle.

La expulsión desorientó a Moro, y durante algún tiempo no supo qué hacer, hasta que decidió seguir la profesión de su padre, que era abogado; pero éste se opuso:

—Prefiero que seas una persona honrada —le dijo.

Pero Tomás ya había tomado su decisión. Entró a una universidad donde no conocían su afición al griego y estudió con Ahínco y otros compañeros de curso, hasta que sacó su cartón de rábula.

Como era empeñoso, Moro se destacó rápidamente, y para surgir con mayor celeridad aún, ingresó a un partido político de centro, pues éstos siempre o casi siempre están en el gobierno.

Cuando cumplió veintisiete años, ya era miembro del Parlamento. Desde allí se dedicó a hacer oposición al rey Enrique VII, a ver si éste, para silenciarlo, le daba un ministerio, pero el monarca, que era muy ejecutivo, prefirió encerrarlo en un calabozo.

En 1509 murió Enrique VII y le sucedió Enrique VIII. Moro se dijo entonces: "¡A rey muerto, rey puesto!"

Le escribió al rey una carta en que le decía lo siguiente:

Amado monarca: ardo en deseos de colaborar con vos en vuestro reinado, y he aquí que mis deseos se estrellan contra los muros de granito entre los cuales me encuentro, debido alas malvadas intrigas de ciertos rufianes que me malquistaron con vuestro augusto padre. (¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!) De vos depende liberarme para poner a vuestro servicio mi conocimiento de las leyes y de las humanas debilidades. Y, si vos no deseáis emplearme en esa forma, sabed que mi saliva contiene un poderoso detergente que dejará vuestras medias más blancas.

Beso a V. M. los pies.

TOMMY.

Enrique VIII le contestó su carta con otra, en que le comunicó que había dado orden de ponerlo en libertad inmediatamente, y en que, además, le decía que desde ya lo consideraba un buen amigo, y que, por lo tanto, podía suprimir el tratamiento de "Vuestra Majestad" que había empleado en su carta. Y terminaba diciendo: "Llámeme VIII no más".

En poco tiempo, con su gran habilidad para estar siempre a los pies del rey, Moro llegó a ser uno de los favoritos de éste. Pero pronto surgieron dificultades, pues Enrique VIII era un gordito muy pícaro y picado de la araña, mientras que Moro era un católico observante y enemigo del divorcio.

Después de ocupar los más altos cargos, Tomás se alejó de la corte molesto porque Enrique VIII estaba de novio con Ana Bolena. Más tarde desairó al rey al no asistir al matrimonio de éste, pese a que recibió un parte en que la Reina Madre invitaba "a Sir Tomás Moro y señora al matrimonio de su hijo Enrique con la señorita Ana Bolena, que se realizará en la Capilla del Palacio Real. Tiene igualmente el agrado de invitar a usted y señora a un vino de honor que se servirá posteriormente en la Sala del Trono".

Tomás Moro se limitó a enviar su regalo dos adornos de madera tallada, con un paisaje y una leyenda. En uno se leía: "Bienvenidos los que llegan a esta casa"; y en el otro: "La casa es chica, pero el chuico es grande".

Después de eso las cosas se precipitaron.

Enrique VIII se disgustó con el Papa, y exigió al Parlamento que declarara la independencia religiosa de Inglaterra. Moro frunció el ceño, expresando así invo-

luntariamente su desaprobación, y el rey, que había captado el gesto, se acercó a Moro y le preguntó:

—Sabéis qué le dijo el fósforo a la cajita?

—No, Majestad —repuso Moro—. ¿Qué le dijo?

—Le dijo “Por vos perdí la cabeza” —sentenció el rey, y dirigió una mirada de inteligencia a sus guardias.

—En la madrugada siguiente, al despuntar el alba, Moro fue decapitado.

A lo lejos se escuchaban los gritos del pueblo, que celebraba jubilosamente la Declaración de la Independencia Religiosa de Inglaterra.

Antes de que el hacha del verdugo le suprimiera las preocupaciones, Tomás Moro alcanzó a escuchar el clamor que llegaba de lejos:

—¡Londres sí, Roma no!... ¡Londres sí, Roma no!... ¡Londres sí, Roma no!

* * *

La obra fundamental de Moro es la famosa “Utopía”, una especie de novela de ciencia-ficción, en que imagina una isla perdida en los mares del sur, en que toda la gente vive feliz, porque reina la igualdad más absoluta. En la isla hay medio ciento de ciudades todas iguales, con calles iguales, casas iguales y gentes vestidas en la misma forma.

Las únicas diferencias que se mantienen en Utopía son las que Dios ha dispuesto que existan entre el hombre y la mujer, (*Vive la petite différence!*) y entre los amos y los esclavos¹.

Algunas ideas del libro de Moro son novedosas y originales, como la de eliminar en los hombres la sed de oro haciendo con este metal bacinicas y otros objetos prosaicos. Otras ideas, en cambio, no son tan originales y novedosas, como, por ejemplo, su proposición de que los novios se vean desnudos antes de casarse.

Sir Francis Bacon

BACON nació en un ambiente distinguido, entre lores y ladies and gentlemen, de manera que apenas pasó la primera infancia —en que los modales son muy democráticos— comenzó a caminar, hablar y gesticular como un lord.

El que nace entre los poderosos no puede evitar las distinciones, por tarado que sea, y, como Bacon no tenía un pelo de tonto, a los veinticinco años ya era miembro del Parlamento. Después ascendió al cargo de Guardasellos del Rey, que

¹ En el concepto de Moro, lo mismo que en el de Aristóteles y en el de algunos partidos políticos, Dios es profundamente clasista.

era filatélico, y posteriormente alcanzó el grado máximo de su carrera —Lord Canciller—, del que lo echaron por prevaricador y coimero. Cosas así ocurren hasta en las mejores familias.

Como no pudo continuar su carrera política, Bacon decidió buscar otra actividad que, como la anterior, le permitiera vivir sin trabajar. Así, pues, se dedicó a la filosofía y a la investigación científica. En filosofía se destacó como fundador del moderno método inductivo o experimental.

Dediquemos dos palabras a explicar en qué consiste.

Hay en filosofía dos importantes métodos el deductivo y el inductivo. El primero va de lo general a lo particular. Es el que aplica Sherlock Holmes, quien, al ver que su cliente tiene tierra en los zapatos, formula mentalmente este silogismo:

“Toda la gente que camina por el parque se llena de tierra los zapatos.

“Este hombre tiene los zapatos con tierra.

“Luego, este hombre caminó por el parque”.

Entonces da una pitada a su pipa, y dice, ante el asombro del ingenuo Dr. Watson:

—¡Hum, deduzco que usted vive al otro lado del parque, y que ha venido a mi oficina caminando!

El método inductivo o experimental, en cambio, va de lo particular a lo general. Bacon no hacía “deducciones”, como Holmes, sino “inducciones”. Así, por ejemplo, después de innumerables “experiencias”, consistentes en caminar por el parque con los zapatos recién lustrados, comprobó que, de cada cien veces que realizaba este “experimento” (así lo llamaba él), cien veces terminaba con los zapatos inmundos. De estos casos particulares infería una ley de validez general, que formulaba así “Toda la gente que camina por el parque se ensucia los zapatos”. Después de este genial descubrimiento se sentía autorizado para decir con tono profético a quienes veía caminando por el parque:

—¡Hum, induzco que usted se va a llenar de tierra los zapatos!

Este sencillo ejemplo explica por qué no tuvieron éxito los cuentos policiales que escribió Bacon.

Como científico, el pobre Bacon fue menos afortunado que como filósofo, aunque hay que reconocerle un gran mérito: no inventó el refrigerador, pero estuvo a punto. Pensaba, acertadamente, que el frío impide la putrefacción, y para demostrarlo, sacó un pollo de la olla y lo llenó de nieve. Para esto tuvo que salir de la cocina al patio mientras nevaba. Allí estuvo algunos minutos recogiendo nieve e introduciéndola en el pollo



Sir Francis Bacon estuvo a punto de inventar el refrigerador.

—por las orejas o por alguna otra parte—, hasta que el pollo estuvo a un pelo de reventar. Después estornudó, entró a la casa, volvió a estornudar, sintió un escalofrío, le subió la fiebre, se acostó, se tomó un vaso de chicha con naranja y dijo:

—¡Mañana estaré bien!

A los funerales asistió la flor y nata de la aristocracia inglesa.

¿Y el pollo con nieve?

En la confusión se olvidaron de él, y tuvieron que pasar doscientos años más para que alguien con mejor salud inventara el refrigerador.

Tomás Hobbes

ESTE filósofo era hijo de un vicario pendenciero que perdió su cargo por darle una pateadura a otro vicario. Lo más grave fue que la pateadura se la dio en una parte en que no se debe patear, pues es sagrada. En efecto, lo pateó en la puerta de la iglesia.

Europa estaba entonces en plena efervescencia¹ por las luchas religiosas. A Hobbes le disgustaba profundamente esa situación, pues le recordaba la riña que protagonizó su padre por motivos teológicos.

Después del *match* de su padre, y por el cual quedó cesante, el joven Hobbes tuvo que ir a vivir con un tío suyo de regular fortuna, al que apodaban indistintamente “El Traje de Torero”, “El Tapa de Submarino” o “El Nudo de Columpio”*, por razones obvias.

Las riñas religiosas, que se sucedían sin interrupción, hacían muy infeliz a Hobbes, que detestaba la violencia. Esta situación le sugirió al pensador la necesidad de que existiera una autoridad fuerte, que impidiera toda lucha interna, religiosa o no.

Esta idea se desarrolló en el cerebro de Hobbes tan rápidamente como un bebé bien alimentado, y al cabo de algún tiempo se convirtió en un libro: “Leviatán”. Esta obra fue durante algún tiempo el *best seller* de Londres y de toda la Isla, pero no porque a la gente le gustara, sino, al contrario, porque escandalizó a todo el mundo con sus ideas materialistas, deterministas, antirreligiosas y totalitarias.

El comentario general del público al terminar de leer “Leviatán” era, casualmente, el mismo:

—¡Qué bestia!

¹ Casi siempre lo está. De todos los continentes, Europa es el más efervescente. Sin embargo, no neutraliza la acidez ni alivia el dolor de cabeza.

* Coloquialmente, a los avaros en Chile se le dice “apretados” (N.de.E.)

Sin embargo, los lectores estaban equivocados. Hobbes no era un hombre rudo y violento, como ellos creían, sino un hombre tranquilo, amante de la paz y del orden y tímido como un conejo. Después de publicar un libro, se escondía donde nadie lo pudiera encontrar para felicitarlo. En 1640 publicó un libro, y para evitar que lo premiaran con una temporada gratis en la Torre de Londres, huyó de Inglaterra a Francia. Y cuando en 1651 publicó “Leviatán”, abandonó rápidamente Francia, para evitar que le otorgaran el Premio Literario de la Municipalidad de París, que consistía en unas largas vacaciones pagadas en el Hotel “La Bastilla”¹.

La opinión de Hobbes sobre la religión solía disgustar a los creyentes. El capítulo de “Leviatán” dedicado a la Iglesia Católica es tan elocuente que la autoridad eclesiástica incluyó la obra en el Cuadro de Honor del Índice de Libros de Lectura Prohibida.

Descartes, un hombre lleno de dudas

CUANDO nació Renato Descartes, en una fría madrugada del año 1596, nadie habría creído que esa pequeña criatura cabezona, calva, desdentada y llorosa llegaría a ostentar dos títulos formidables: Fundador de la Filosofía Moderna y Campeón de “Dudo” de Europa.

El padre de Descartes era consejero del Parlamento de Bretaña y dueño de algunos edificios de departamentos, de manera que recursos no le faltaban para tratar de herosear a la repugnante criatura. Así, pues, apenas nacido, se vio Renato envuelto en blondas, encajes, camisitas de seda y chales artísticamente tejidos a palillos. Al cuello se le amarró un babero con pollitos bordados, pero —y allí comenzó a revelarse el talento del filósofo— el babero le duraba días y aun semanas tan inmaculado como cuando recién se lo habían puesto. En lo que no se distinguía mucho de las demás criaturas de su edad era en el característico “olor a bebé” que exhalaba con profusión, a pesar de la abundante agua de Colonia con que empapaban sus pañales.

Desde los ocho años hasta los dieciséis, Renatito fue al colegio de Jesuitas de La Flèche, donde aprendió muchas matemáticas, las que lo entusiasmaron tanto que, cuando se trasladó a París, en 1612, para dar Bachillerato en Matemáticas, pasaron muchas semanas antes de que se decidiera a asistir a algún teatro frívolo a deleitarse con el gracioso *strip-tease* parisiense.

En aquellos días murió el padre de Descartes, y éste heredó sus bienes. Su modesta mesada de antes se transformó en una renta respetable. De pronto, los

¹ Los dos premios citados son los inspiradores del Premio Chileno de Periodismo con estadía pagada en el Hotel “Capuchinos”.

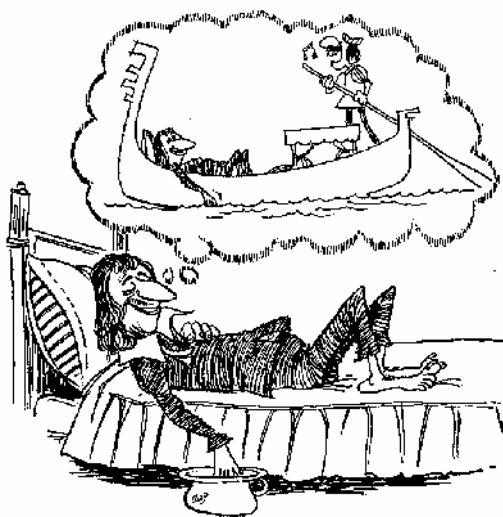
conocidos de Descartes descubrieron que era muy simpático, y las niñas decían de él: "Buen mozo no es, pero tiene un no-sé-qué". Lo frecuentaban, lo invitaban, lo asediaban. Pero el joven proyecto de filósofo abominaba de la vida social, y prefería el sencillo placer de entregarse lánguidamente a la meditación.

Como los amigos insistían demasiado en salir con él a recorrer los lugares más placenteros de París, Renato se alistó en el ejército de Holanda, que era un país muy pacífico, cuyos militares podían entregarse por entero a sus pasatiempos favoritos. De aquellos militares surgieron notables ajedrecistas, poetas y pintores. El casino de oficiales de cada regimiento holandés era una tertulia literaria. Los dormitorios de los soldados mostraban en sus muros las obras de los militares-artistas. Y en los enormes patios de los cuarteles, los conscriptos alternaban su aprendizaje del manejo de las armas con el estudio de la métrica, la retórica, la música y la preparación de telas, pinceles y óleos.

Una sola nube obscurecía el firmamento.

El toque de Diana.

Diana, la cocinera del regimiento, le tocaba suavemente el hombro todos los días a las 5 A. M., para despertarlo con el fin de que se tomara el apetitoso desayuno que le llevaba. El humeante café y las olorosas tostadas no lograron convencer a Descartes de lo placentero de tal despertar.



Descartes meditaba en su cama hasta el mediodía.

Decidió retirarse del ejército. Como tenía tres años de servicios y siete de abono, consiguió que lo llamaran a retiro y jubiló con diez treintavos del sueldo¹.

En esa época, Francia y Holanda se turnaban en materia de conflictos bélicos. Cuando una de esas naciones terminaba una guerra, la empezaba la otra, y así les daban gusto a los militares de profesión, que tan pronto peleaban en un país como en el otro, y satisfacían al mismo tiempo el afán meditativo de Descartes, el que viajaba constantemente entre Ámsterdam y París, pero no en

busca de batallas, sino huyendo de ellas. Sólo la paz permitía a Descartes meditar, intensamente.

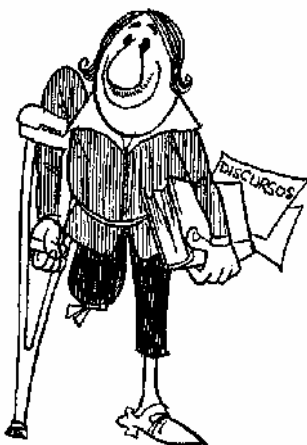
Poco a poco, las meditaciones de Descartes comenzaron a dar fruto: un libro titulado "El mundo", un volumen de "Ensayos filosóficos" y una niña que era su vivo retrato.

¹ Parece increíble que en pleno siglo XVII un país civilizado haya tenido un sistema previsional tan absurdo que permitía jubilar con diez años de servicios, pero esto está totalmente comprobado.

Como en esa época existían profundas divisiones entre católicos y protestantes, era imposible llevarse bien con todo el mundo. A los que escribían ideas protestantes los perseguían los católicos; a los que escribían ideas católicas los perseguían los protestantes, y al que escribía obras científicas lo perseguían ambos, aunque es de justicia aclarar que no lo quemaban ambos, sino los que lo atrapaban primero.

A Descartes, que era católico —aunque sentía simpatías por los científicos Galileo y Harvey, lo que entonces era pecado mortal¹—, los protestantes lo acusaban de ateísmo, delito entonces castigado con la muerte, y, aunque logró salvarse de la hoguera, las universidades y editoriales le cerraron sus puertas, y se impartieron instrucciones a los profesores de filosofía en el sentido de que en sus clases no mencionaran las obras de Descartes y ni siquiera su nombre. Y si algún alumno preguntaba por él, el profesor se apresuraba a decir:

—¿Descartes? ¡Ah, sí, un charlatán!



El cogito Ergo Sum, amigo de Descartes.

Aunque algo atemorizado por la conspiración de silencio, Descartes siguió escribiendo, y publicó su “Método del discurso”, que, junto con ser su obra cumbre, es el mejor tratado de oratoria escrito hasta la fecha. En ella aconseja seguir el método de un cogito amigo suyo, llamado Ergo Sum.

El cogito Ergo Sum, antes de decir un discurso, dudaba de todo lo que iba a decir, de manera que incluía en su pieza oratoria solamente aquello que estimaba indudable.

Aunque el método señalado es del cogito, como lo señala el propio Descartes, se le atribuyó a éste, y ha pasado a la Historia con el nombre de “duda cartesiana” o “duda metódica”, aunque algunos, con mayor propiedad, lo llaman “método del cogito”.

Un buen día Descartes le regaló un ejemplar de su libro a su amigo Chanut, que era embajador de Francia en Suecia. Este le pasó el libro a la reina Cristina de Suecia, y ella, que era a la vez culta, inteligente, romántica y apasionada, a pesar de sus ciento veinte kilos de peso, quiso que Descartes le diera clases de filosofía, y como era muy ejecutiva, mandó un buque de guerra en busca de Renato.

Renato no pudo resistir tanta amabilidad, y se embarcó rumbo a Estocolmo. Allá se encontró con una desagradable sorpresa: la reina sólo tenía tiempo para tomar las clases a las cinco de la mañana.

—Majestad —dijo el filósofo—, yo siempre me levanto al mediodía.

¹ La Inquisición se encargaba de que fuera mortal.

—Flojín, picarón —repuso sonriente la reina—; levantaos temprano y seréis siempre sano. No hay nada más saludable que madrugar, sobre todo en Suecia, que tiene un clima ideal. La temperatura jamás baja de cuarenta grados bajo cero.

Un francés jamás discute con una mujer, y menos si ésta es una reina, así es que Descartes se miró la punta de sus zapatos y soportó su destino.

En febrero de 1650, durante uno de los inviernos más crudos que ha soporado Suecia, y tras sólo quince días de haber iniciado las clases matutinas a la reina, Remato Descartes dejó de existir, víctima del encantador clima de Suecia.

CAPÍTULO VIII

Los precursores de la Revolución Francesa

John Locke

A PESAR de que Locke era médico, se le puede considerar uno de los grandes benefactores de la humanidad. Ello se debe a que, en lugar de ejercer la medicina, se dedicó a la filosofía.

Sería deseable que muchos médicos siguieran su ejemplo, pero ello es difícil en la práctica, pues las meditaciones nunca producen una renta tan alta como la que los médicos reciben de sus clientes, y, con mayor frecuencia, de los deudos de éstos.

El problema más importante que trató Locke en sus obras fue de carácter político. Sin embargo, no fue perseguido, como era de esperar, pues justo cuando publicó su “Tratado sobre el gobierno” llegaron al poder los que compartían sus ideas. Esto lo libró de hacer turismo con pasaporte falso y barba postiza, como tantos colegas suyos.

Para entender por qué publicó Locke su obra, es necesario conocer lo que opinaban muchos de sus contemporáneos del siglo XVII sobre la monarquía. La opinión generalizada era la que sostenía Sir Robert Filmer, un hombre cuyas opiniones ejercían mucha influencia a través de los editoriales que escribía en “La Corona”, el decano de la “prensa seria” londinense. Filmer sostenía que el rey tenía la propiedad del poder, y que esa propiedad le había sido otorgada por Dios.

Si se acepta esa afirmación, hay que concluir que el que tenía la audacia y espíritu revolucionario suficientes para atreverse a poner en duda el derecho divino de los reyes, no sólo se mostraba enemigo de la persona del rey, sino que también aparecía como enemigo de la propiedad y de la religión, pues ponía en duda un acto de Dios.

Años más tarde se descubrió que “La Corona”, el respetable diario londinense, era de propiedad del rey, el cual le pagaba a Sir Robert un sueldo fabuloso por inventar argumentos jurídicos y teológicos para demostrar que la justicia y Dios estaban de su parte. Con esto decayó mucho el prestigio de la mal llamada “prensa seria”, pues quedó demostrado que no era sino un instrumento de propaganda de los poderosos.

Pero, antes de que se hiciera ese descubrimiento, el prestigio incólume de Filmer y de sus argumentaciones, ingeniosas pero falsas¹, hacía que cualquiera que las contradijera resultara revolucionario.

Así ocurrió con Locke. Al comienzo lo llamaron “ese desalmado terrorista”, pero después su pensamiento se impuso y se transformó en una persona respetable, en un Padre de la Patria².

Y Sir Robert Filmer, el honorabilísimo e influyente editorialista de “La Corona”, cuyas solas iniciales —R. F.— al pie de la columna que escribía inspiraban respeto a los londinenses, es hoy considerado un periodista vendido a los intereses económicos del rey.

Tal es el destino humano. Lo que ayer fue revolucionario, hoy es conservador. Y lo que es revolucionario hoy, será conservador mañana. Cuando los comunistas lleven muchos años en el poder, se harán conservadores, y entonces habrá jóvenes revolucionarios que gritarán en las calles “¡Abajo los comunistas reaccionarios!”

Todo cambia. Nada permanece.

Ya lo dijo el viejo Heráclito.



A veces, la prensa amarilla tiene razón, mientras que la "prensa seria" no es sino un instrumento de producción de los poderosos.

Juan Jacobo Rousseau

NACIÓ EN 1712 en Ginebra, Suiza, y aunque parezca chiste, su padre era relojero.

Hasta los dieciséis años estuvo aprendiendo relojería en el taller de su progenitor, pero, hastiado de buscar bajo la mesa las rueditas que se le caían, huyó a Saboya, y entró al servicio de Madame de Warens, que no hay que confundir con la señora Warren. Cualquier coincidencia es pura mala suerte.

Madame de Warens le dio a Juan Jacobo el empleo de chofer para todo servicio. Ambos estuvieron muy satisfechos de este vínculo durante diez años, lo que sugirió a Rousseau la idea para su libro más famoso: “El contrato sexual”.

¹ Le encantaba esta frase, que repetía en casi todos sus artículos: “Todo el mundo cree en el derecho divino del rey. Y todo el mundo no puede equivocarse”.

² Todos los Padres de la Patria (de todas las Patrias) han sido revolucionarios. O’Higgins fue al principio un revolucionario violento que corría a caballo, con elegante indiferencia, sobre los cuerpos de los españoles moribundos, como lo representa su estatua en la Alameda. Después pasó a ser Padre de la Patria y hoy celebramos regocijados la gracia y habilidad con que despanzurró españoles en Chacabuco y El Roble.

Por algo se señala a Rousseau como la primera gran figura del movimiento romántico.

Sin embargo, Rousseau era un romántico muy especial. Compartía a Madame de Warens con el mayordomo de ella, y lo hacía de buen grado. En realidad, los tres vivían felices en tal sistema poliándrico, en perfecta armonía, sin celos, sin rencillas, como una familia perfecta. Le daba aún mayor ambiente de hogar a la casa el hecho de que Rousseau llamaba “mamá” a Madame de Warens. Y ella, sin duda, era para Juan Jacobo una madre solícita, que le daba todo lo que él pedía; absolutamente todo.

Por fin, después de diez años dichosos, una nube vino a empañar esa felicidad: el mayordomo murió. Al principio, Rousseau estaba inconsolable, pero después se consoló pensando: “Bueno, por lo menos heredaré sus trajes”. Claro que también heredó parte del trabajo del mayordomo.

Después de la muerte de éste, Madame de Warens se puso demasiado mimosa con Rousseau. Estaba el doble de mimosa que antes. Lo abrazaba apasionadamente y le preguntaba:

—J. J. ¿me quieres?

—Sí, mamá —contestaba él, pero ya estaba hastiado.

Tal situación no duró mucho. La pasión de Madame hacia Rousseau había aumentado al doble, mientras que él languidecía a ojos vistas. La muerte del mayordomo había roto el equilibrio.

Juan Jacobo tomó sus cositas y se fue.

¿Qué haría ahora?

Frente a él estaba el ancho mundo lleno de posibilidades, y Rousseau no dejó escapar ninguna. Estaba en la flor de la juventud y anhelaba vivir aventuras sin grandes preocupaciones.

Hizo largos viajes a pie, como vagabundo, alimentándose apenas, conociendo gente que rápidamente se esfumaba de su vida. Un día estaba en un lugar y otro día en otro. Quería conocerlo todo sin atarse a nada. Y, en verdad, se desataba fácilmente de cualquier vínculo.

En sus viajes conoció a un joven epiléptico, muy agradable, excepto durante sus frecuentes ataques. Rousseau pronto deseó liberarse de su compañía y continuar viajando solo, pero no sabía cómo hacerlo sin herir a su susceptible y nervioso amigo. Así, pues, aprovechó la oportunidad que le pareció más propicia. Un día que caminaban por una calle de Lyon, su amigo se detuvo y comenzó a temblar cada vez más, hasta que cayó sobre el pavimento con el cuerpo estremecido por el ataque epiléptico. Tenía los ojos blancos y un hilo de saliva sanguinolenta escapaba de una comisura de sus labios. La gente comenzó a acercarse con curiosidad, y pronto hubo un grupo numeroso en torno al enfermo. Rousseau se encontró rodeado por la gente, mezclado con ella.

“La ocasión la pintan calva —pensó—. Ahora puedo largarme sin herir los sentimientos de mi amigo.”

Y uniendo la acción a la palabra, se abrió paso entre los curiosos y se alejó rápidamente.

Ahora, solo, libre y con la conciencia tranquila, podía buscar nuevas aventuras.

Poco después de aquel episodio, se unió a un hombre que pedía limosna diciendo que era un peregrino que se dirigía al Santo Sepulcro, y asociado con él, imploró la ayuda de las almas piadosas. Sin embargo, la devoción religiosa de los dos peregrinos aparecía desmentida por los opíparos banquetes que se daban. Además, su prisa por llegar al Santo Sepulcro era tan escasa, que, si hubieran continuado con el mismo propósito, aún estarían en camino.

Cuando las almas caritativas calaron mejor a los dos peregrinos, la cosa tomó mal color, y Rousseau decidió ser menos devoto y abandonó la peregrinación.

Volvió a viajar solo.

Cansado de las mozas de fonda y demás mujeres rústicas que podía conquistar en su calidad, de aventurero pobre, decidió probar suerte con alguna dama rica. Para excusar el mal estado de su vestimenta, aparentaría ser un hombre rico pero tacaño, y para ese fin no se le ocurrió nada mejor que fingirse escocés. Se hizo llamar Dudding, y logró introducirse en círculos frecuentados por damas limpias y olorosas, como la cariñosa Madame que años antes había abandonado.

Indudablemente, Rousseau tenía sexappeal, pues sin grandes dificultades lograba los favores de las mujeres que pretendía. Quizá su secreto estaba en que las escogía maduras, en esa edad en que las mujeres sienten que sus encantos tienden a desaparecer rápidamente, y que deben aprovechar todas las oportunidades, que a esa edad no son muchas, por cierto.

La cosa es que Rousseau, o, mejor dicho, el escocés Dudding, logró los favores de una dama rica y madura, que no sólo lo amó tiernamente, sino que lo vistió con finos casimires y sedas, lo alimentó como a esos toros reproductores holandeses que ganan premios en las exposiciones, y le consiguió un empleo: secretario del embajador francés en Venecia.

El empleo, sin embargo, resultó un clavo. El embajador le dejaba todo el trabajo a Rousseau, y, además, se olvidaba de pagarle el sueldo. Juan Jacobo culpó de esta desventura, injustamente, a la dama rica, madura y cariñosa que le había conseguido el empleo, así es que, en lugar de retornar a ella, se fue a vivir con Teresa Le Vasseur, una sirvienta gorda y madura, con la que vivió el resto de su vida.

Con la gorda Teresa tuvo Juan Jacobo cinco hijos, pero a un hombre que amaba la libertad con tanta pasión como él no podía agradarle la dulce cadena de

la paternidad. Consecuente consigo mismo, apenas nacía uno de sus hijos, Rousseau lo tomaba en sus brazos, tierna y amorosamente, y lo iba a dejar al orfanato.

Con Teresa fue tan feliz como lo había sido con Madame de Warens, aunque la pobre Teresa era fea, analfabeta, aficionada a beber ginebra (lo que halagaba a Rousseau, pues lo hacía recordar su ciudad natal), y además, le gustaba tener, de vez en cuando, alguna aventura con un hombre menos fino e instruido que Juan Jacobo. No se sabe si éste ignoraba ese inocente pasatiempo de Teresa. En todo caso, siempre la trató como a su mujer, aunque nunca se casó con ella. Todas las amantes finas, ricas y maduras que tuvo Rousseau desde que se enredó con Teresa tuvieron que actuar frente a ésta como si en realidad hubiera sido la mujer legítima.

A esta altura de su vida, Rousseau había adquirido la experiencia suficiente como para escribir algo, y, además, le había dado muchas vueltas a una idea que constantemente lo asaltaba: el retorno a la naturaleza. Pensaba Rousseau que el hombre primitivo lleva una vida más sana y feliz que el hombre civilizado, y empezó a escribir sobre esto. Con un ensayo titulado "Sobre el daño que hace la cultura" ganó el primer premio en un concurso. Alguien le criticó entonces que no practicaba lo que predicaba, pues estaba muy lejos de vivir como los hombres primitivos que decía admirar. Rousseau acogió de buen grado la crítica, y decidió vivir en una forma un poco más primitiva que como hasta entonces lo había hecho, y, para irse acostumbrando de a poco, vendió su reloj, pues los salvajes no lo usan.



ROUSSEAU: —Créame, mademoiselle, que detesto la civilización...

Con el fin de publicar su libro prologado por algún pensador de categoría, envió una copia del manuscrito a Voltaire, el cual le respondió lo siguiente:

He recibido su amable carta y se la agradezco. Nunca se ha empleado tanta inteligencia en demostrar que los hombres somos estúpidos. Leyendo su libro, se ve que deberíamos andar en cuatro patas. Lamentablemente, perdí esa sana costumbre hace más de sesenta años, y ahora me sería difícil reanudarla.

Después de esta carta, Voltaire y Rousseau se odiaron cordialmente, y así lo manifestaron cuantas veces pudieron, sosteniendo agudas polémicas sobre interesantes problemas filosóficos. El terremoto de Lisboa, de 1755, originó una de ellas. Como todos los terremotos, aquél originó dudas sobre la bondad de Dios, y Voltaire expresó las suyas en un poema sobre el punto. Rousseau tomó entonces la de-

fensa de Dios, y en un artículo dijo que la culpa de que hubiera muerto gente en el terremoto de Lisboa no la tenía Dios, sino los hombres que vivían en esa ciudad en casas de siete pisos, y que si hubieran vivido como debe ser, esto es, desnudos en medio de la selva, como Tarzán, el terremoto no los habría afectado.

A sus razones añadió Rousseau una terrible injuria para Voltaire: lo llamó “trompeta de impiedad”.

Voltaire replicó diciendo que Juan Jacobo era un “loco perverso”, piropo que resultó profético, pues tiempo después empezó a mostrar Rousseau un delirio de persecución que lo alejó también de las damas ricas que siempre lo habían ayudado tan generosamente.

Pero, antes de que aquello sucediera, Rousseau tuvo tiempo de escribir una obra en que atacó a la monarquía, lo que entonces era un delito grave, así es que sus amigos le sugirieron que se esfumara. Le tocó el turno, pues, a Juan Jacobo de dedicarse al turismo, como lo habían hecho hasta entonces la mayoría de los filósofos, como lo siguieron haciendo desde entonces hasta hoy, y como lo seguirán haciendo en el futuro.

—Adiós, Juan Jacobo —le gritó la barra de la esquina.

—Adiós, muchachos —les contestó Rousseau, mientras el birlocho se alejaba por el camino polvoriento—. Cuídenme a la viejita.

Con la última frase no se refería a su madre, sino a la dama acaudalada, jamona, madurita y generosa con que salía en esa época.

De Francia pasó Rousseau a Suiza; de allí a Alemania, de Alemania a Inglaterra, etc. Cuando iba en la tercera vuelta alrededor de Europa, con su molesta manía persecutoria, cayó fulminado.

Cuando los periódicos publicaron la noticia de su muerte, cientos de viejas gordas y ricas enjugaron una lágrima, con el mismo pensamiento: “Ah, bribonzuelo, tan pedigüeño que era..., y tan empeñoso”.

CAPÍTULO IX

Dos pesimistas y tontos graves

Emmanuel Kant

EMMANUEL Kant fue un alemán un poco más joven que el suizo Rousseau, y muchísimo más tranquilo.

Cuando niño, iba de la casa al colegio y volvía de éste a su hogar sin desviarse un centímetro ni demorarse un momento más de lo debido.

La edad madura lo sorprendió con los mismos hábitos regulares y fósiles de su infancia. Salía de su casa todos los días a la misma hora, para ir a la Universidad a hacer sus clases, y a una hora fija regresaba.

La gente que lo veía pasar por las calles sacaba el reloj y lo ponía en la hora. Tal era su puntualidad. No es raro, pues, que sus alumnos lo hayan apodado “El Cañonazo”¹.

Como todos sus colegas contemporáneos, Kant quedó muy impresionado con el terremoto de Lisboa, pero en lugar de polemizar, como Voltaire y Rousseau, sobre las razones que inducen a Dios a provocar terremotos, prefirió escribir un tratado al que tituló “Teoría general sobre los terremotos, temblores de tierra y deslizamientos de la corteza terrestre, con un apéndice especial sobre el terremoto de Lisboa”.

Con el fin de evitar polémicas, el editor, antes de mandar el libro a las prensas, le cortó el apéndice.

De todas las obras científicas de Kant, la más notable es su “Historia general de las ciencias naturales y teoría de los cielos”, en la que expone la famosa teoría llamada de Kant-La Place² sobre el origen del Sistema Solar. Como todo el mundo sabe, esa teoría le atribuye el origen del Sistema a un señor Solar.

Kant nunca se casó, pero mientras otros filósofos que también permanecieron solteros hasta la muerte, como Descartes y Rousseau, tuvieron numerosas aventuras amorosas, Kant jamás perdió la honra.

Murió virgen y puro.

¹ Algunos biógrafos de Kant han pretendido inferir de este apodo que el filósofo bebía más de la cuenta, pero el mote tenía, como se ha visto, un origen diferente.

² Llámase teoría de Kant-La Place porque Kant la concibió en París, sentado en un banco de la Place Pigalle, mientras les tiraba migas a las palomas.

En su régimen de vida influyó, seguramente, la circunstancia de ser hijo único. Además, su madre lo mimaba en exceso. En efecto, la buena señora le hizo fiesta de cumpleaños hasta que el filósofo llegó a una edad muy avanzada. En esas fiestas, Kant cantaba, su madre aplaudía, y los invitados despachaban rápidamente el último trozo de torta y se mandaban cambiar.

La idea kantiana que ejerció mayor influencia durante más tiempo fue la del “imperativo categórico”, que es una especie de fórmula para descubrir la autenticidad de las normas morales, en aquellos casos en que éstas se contradicen. Así, por ejemplo, tras el sonido del despertador Kant no se decidía a levantarse, pues vacilaba entre estas dos normas:

- a) Al que madruga Dios lo ayuda, y
- b) No por mucho madrugar amanece más temprano.

Para decidir si estaba más de acuerdo con la moral levantarse de inmediato o quedarse entre las sábanas algunos minutos más, Kant acudía al imperativo categórico, según el cual una acción es buena cuando es deseable que se convierta en regla general. Esto lo sumía en profundas meditaciones, y tan pronto estaba por aceptar una norma como la otra, hasta que, sin decidirse por ninguna, tenía que levantarse a almorzar.

Aunque a Kant no le dio buenos resultados, el sistema del imperativo categórico se popularizó. Fue necesario que transcurrieran muchos años para demostrar que el método es una buena basura. Esta verdad tardó en imponerse, porque, al amparo del imperativo categórico, habían surgido numerosos intereses creados, destacándose entre ellos los de miles de individuos perezosos, que se quedaban en la cama hasta el mediodía, aplicando el método de su maestro a las normas sobre las virtudes y defectos del madrugar.

Hegel

ESTE filósofo alemán se llamaba Jorge Guillermo Federico, pero, para abreviar, le decían: “ ¡Oye, ven acá!”

Enseñó filosofía en varias universidades alemanas, y, tanto en su vida privada como en las teorías que elaboró, correspondió perfectamente a la imagen que la mayoría de la gente tiene de los filósofos: fue un viejo de aspecto severo, que hablaba en difícil y que escribía igual. Nunca sonreía y jamás contó un chiste; ni siquiera en las ocasiones más propicias para hacerlo, como son, por ejemplo, los velorios.

Los filósofos que ejercen mayor influencia en una época son los que hablan muy claro y los que hablan muy obscuro. Los primeros, si dicen algo interesante, encuentran discípulos entusiastas. En cuanto a los segundos, no importa lo que

digán, con tal que no se entienda y que lo digan bien. Hegel cumplió estos dos requisitos a la perfección, y tuvo, en consecuencia, una legión de seguidores.

En síntesis, las ideas de Hegel se refieren a lo Absoluto, a la Idea Absoluta, al Ser Puro, a la identidad de lo Real con lo Racional, a la unión del Ser con el No-Ser; a la irracionalidad del Devenir, a la Importancia del Agua en la Navegación, etc.

Como botón de muestra bastará la explicación que los técnicos dan de la Idea Absoluta. Ella ha sido tomada de un librito de divulgación titulado "Hegel al alcance de los legos". Dicha explicación es la siguiente: "La idea, como unidad de la idea subjetiva y objetiva, es la noción de la Idea —una noción cuyo objeto es la Idea como tal, y para la cual lo objetivo es Idea— un objeto que abraza todas las características en su unidad".

Cuando sus alumnos escuchaban a Hegel hablar de ese modo se quedaban embobados, sin entender una palabra, y exclamaban: "¡Ah, qué gran filósofo!"



Hegel, el más obscuro de los filósofos.

Arturo Schopenhauer

ES FÁCIL confundir a Schopenhauer con otros hombres de apellidos parecidos al suyo, de modo que es conveniente aclarar que este filósofo jamás fue Premier de Alemania, que no comandó tropas durante la Segunda Guerra Mundial y que nunca fue Presidente de los Estados Unidos.

Schopenhauer fue contemporáneo de Bernardo O'Higgins, y vivió en Inglaterra en la misma época en que éste asistía en Londres a las reuniones secretas en casa de Francisco de Miranda¹.

La personalidad de Schopenhauer correspondía a la de esos jóvenes artistas bohemios, agresivos, desorientados, ególatras, obcecados, llenos de complejos y de talento.

Arturo anhelaba escribir contra el cristianismo, contra la democracia, contra las mujeres, contra los hombres, contra los filósofos y contra los que no lo son. Finalmente lo hizo, con cierto éxito.

¹ Célebre venezolano, teórico de la revolución latinoamericana, el cual, subvencionado por una potencia extracontinental (Inglaterra), preparaba en Londres líderes revolucionarios que, por medio de las armas, lucharan contra el imperialismo español con el fin de conseguir la autodeterminación de los pueblos latinoamericanos. Algunos de sus discípulos aprovecharon muy bien sus lecciones,

Pero no basta decir que Schopenhauer era agresivo. ¿De dónde provenía su agresividad?

Su padre revelaba serios conflictos internos. Era un rico fabricante de corbatas, que simpatizaba con la Revolución Francesa, a pesar de que ésta arruinó a sus colegas franceses al reducir la demanda de aquella prenda. Además, tuvo la poco saludable idea de suicidarse para dar una solución radical a sus problemas¹.

Schopenhauer no quería mucho a su padre, porque éste lo obligó a dedicarse al comercio, mientras que él anhelaba una vida literaria y bohemia; pero de todos modos lamentó su muerte, pues eso le significaba quedar bajo la potestad de su madre, a la que odiaba cordialmente. Esta correspondía los sentimientos de su hijo en la misma forma.

Además, al joven Arturo le molestaban las aventuras de su madre, que eran frecuentes y variadas.

La antipatía que sentía por su madre la hizo extensiva a todas las mujeres, a las que definía como “animales de cabellos largos e ideas cortas”. Este menosprecio se refería, sin embargo, solamente a la parte espiritual de la mujer. La otra parte le encantaba.

Su infancia desdichada y la falta de afectos hicieron de Schopenhauer un hombre tan egoísta y poco sensible como un gerente de banco.

Cierta vez, junto a la puerta de su departamento, en un segundo piso, conversaban dos vecinas suyas, y con su parloteo no le permitían concentrarse en sus meditaciones. Salió, pues, hecho un energúmeno, y de un furibundo empellón hizo rodar a una de las comadres escaleras abajo.

A los gritos de las mujeres llegó la policía, y se inició así un proceso por lesiones, en el cual se condenó al pensador a pagar una pensión vitalicia a su víctima, que quedó lesionada a perpetuidad. Desde entonces Schopenhauer deseó que la pobre vieja muriera, para quedar libre de su obligación. Y cuando ello sucedió, veinte años más tarde, escribió en su Diario de Vida: “*Obit anus, abit onus*, lo que significa “Murió la vieja, cesó la carga”.

La filosofía de Schopenhauer derivaba, según él mismo decía, de Platón, de Kant, de los Upanishads y del tango.

Con ese último ingrediente tenía que resultar por fuerza una mezcla triste y pesimista. Una de las obras de Schopenhauer empieza así “Que el mundo es y será una porquería, ya lo sé; en el 506 y en el 2000 también...”

El sufrimiento, según él, es la esencia misma de la vida, pues la Voluntad Universal es de una perversidad y un sadismo propios del Chacal de Pupunahue.

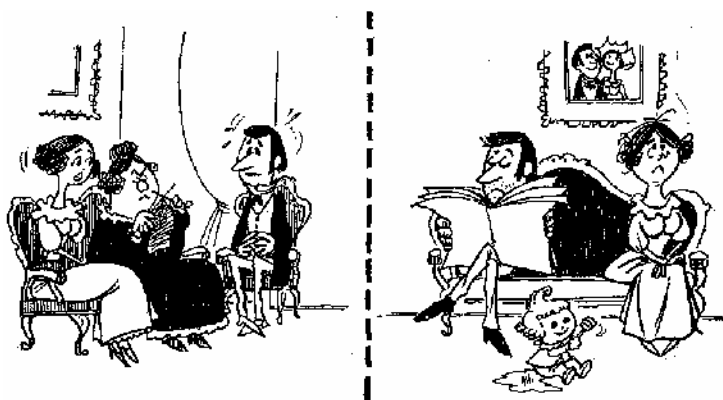
Según Schopenhauer, la felicidad no existe, y lo demuestra así: a) Todos los actos de los hombres están dirigidos a satisfacer un deseo; b) Mientras el deseo no

¹ Las soluciones radicales suelen ser nefastas.

ha sido satisfecha, produce sufrimiento, y c) Una vez que el deseo ha sido satisfecho, produce hastío y desagrado. En consecuencia, la vida no es sino un continuo oscilar entre la insatisfacción y el hastío.

Pero ese razonamiento es imperfecto.

El filósofo se saltó una importantísima etapa, lo que se demuestra con el ejemplo siguiente: a) Cuando uno pasa a las once de la mañana por el Portal Fernández Concha y siente el olor de los hot-



Según Schopenhauer, la vida es un permanente oscilar entre el deseo y el hastío.

dogs, de las pizzas y de las empanaditas de queso, pino, corvina y loco, y escucha al mozo decir: “¡Maestro, marchen dos garzas!”, siente un deseo terrible de instalarse frente al mesón y pedir un atómico Con salsa americana, y si no puede hacerlo, por cualquier causa, sufre. (En esto tiene razón Schopenhauer.) b) Pero si uno cede a la tentación de ingurgitar un completo con un schop, al salir del negocio, ya satisfecho el deseo, el olor que diez minutos antes era tan atractivo, ya no lo es, y al contrario, huele a cocinería y fritanga, y ante el hastío producido por la satisfacción del deseo, uno sufre. (También aquí está Schopenhauer en lo correcto. Después de satisfacer un apetito, viene el hastío Ya lo decían los latinos: *After coitus homo est tristem animal*.

Pues bien, la importante etapa que el filósofo no consideró es aquella en que el deseo se está satisfaciendo. En el caso del ejemplo, los diez minutos que uno ha estado en el negocio, embadurnándose los dedos con mayonesa, ají y chucrut, y, abriendo la boca cuan grande es para introducir en ella el pan sabroso y la olorosa salchicha. ¡Ah, en esos diez minutos ya no sufrimos hambre, y aún no nos molesta el hastío! Esos diez minutos son como una breve luna de miel.

El pesimismo de Schopenhauer se asentaba, pues, como ha quedado demostrado, sobre un raciocinio incorrecto. Sin embargo, ese pesimismo mal fundado influyó en su época, y aun en la nuestra, a través de las doctrinas de otro pensador que desarrolló las mismas teorías, y al que es posible considerar como su discípulo: Nietzsche.

Federico Nietzsche

NIETZSCHE nunca jugó por la Unión Española, como creen algunos, pues vivió en la segunda mitad del siglo pasado.

Federico era un hombre alto, de espaldas enormes, de mostachos impresionantes, pero tímido como un colegial y enfermizo como tía solterona. Gran parte de su vida la pasó viajando en busca de un clima que le hiciera bien para algo: iba a la playa para que le bajara la presión; subía a la montaña para que se le murieran los bacilos de Koch; se trasladaba a las termas para curarse el reumatismo, y después volvía a su casa para descansar los nervios, deshechos con tanto trajín. Al cabo de dos meses volvía a empezar: la playa, la montaña, las termas, etc.

En sus viajes, llevaba Nietzsche dos maletas, una con remedios y otra con libros. No dicen sus biógrafos si llevaba calcetines y ropa interior para mudarse. Quizá sea ésa la explicación de su vida solitaria.

Nietzsche admiraba a los filósofos presocráticos y especialmente a Heráclito, por su amor a la guerra y a la lucha. En cambio, a Sócrates, Platón y Aristóteles los dejó a la altura del unto¹, porque le dieron mucha importancia a la moral. Por este mismo motivo despreció a Kant, pues en esos años todavía se creía que el imperativo categórico era útil para decidir qué es lo bueno y qué es lo malo.

La personalidad de Nietzsche era aún más compleja que la de Schopenhauer. Este se limitaba a ser agresivo, a causa de su condición de hijo único, mientras que Nietzsche tenía un Complejo de Inferioridad Compensado. La gente que tiene un complejo de inferioridad —por su estatura, su calvicie, su barriga o cualquier otro motivo— tiende a compensarlo desarrollando alguna cualidad: Julio César era calvo²; y Napoleón, cuando se compraba ropa, tenía que ir a la Sección Niños. Uno y otro compensaron su sentimiento de inferioridad arrasando a Europa, con lo que conquistaron la admiración de las generaciones posteriores.

Nietzsche compensó su complejo elaborando una teoría cuyo núcleo es un hombre fuerte, inteligente y audaz, con el cual se identificó: el superhombre. Pero este superhombre no se parece a Superman ni al jovencito de la película, pues ellos tienen buenos sentimientos, lo que según Nietzsche es una debilidad. El superhombre de Nietzsche corresponde más bien, en lenguaje cinematográfico, al jefe de los bandoleros: fuerte, inteligente y capaz de descerrajarle cinco tiros a quemarropa a un anciano bondadoso, sin perder la sonrisa de los labios.

Nietzsche gozaba imaginándose en esas actitudes, pero él no hizo jamás nada parecido. Al contrario, parecía más bien una anciana romántica. Su timidez era tal, que, cuando alguna joven lo detenía en la calle para preguntarle la hora, él tartamudeaba durante tanto rato para contestarle, que la joven se aburría y se iba.

¹ ¿Qué es el “unto”? Misterio. Misterio tan profundo como el de los celajes, las quincallas y los bledos. De ellos sólo se ha logrado saber que los celajes son muy rápidos, que las quincallas se venden en las quincallerías y que los bledos no le importan a nadie.

² Que esto le mortificaba terriblemente es notorio, pues a todos sus conocidos les contaba: “Cuando yo era niño, tenía un pelo precioso”.

Jamás se atrevió a conquistar a una mujer, y murió sin saber lo que es canela. Sin embargo, en sus libros hablaba de la mujer como lo haría un gran conoedor: “La mujer tiene muchos motivos para avergonzarse —decía—; en la mujer hay mucha superficialidad, pedantería, suficiencia, presunciones ridículas, licencia e indiscreción oculta...” Pero su frase lapidaria era ésta: “¿Vas con una mujer? No olvides tu látigo”.

Como se ve, era muy poco realista. Más acertado habría sido decir: “¿Vas con una mujer? No olvides tu billetera”.

En sus obras, Nietzsche les lanzó muchas flores a las mujeres, sin sacarlas del florero. Pero sus blancos favoritos eran el cristianismo y el socialismo. Las doctrinas cristiana y socialista enseñan que todos los hombres son iguales, mientras que, según Nietzsche, los hombres se dividen en dos clases: los superhombres —fuertes, inteligentes y crueles— y los hombres corrientes, cuya vida no tiene otra finalidad que servir a la clase superior¹. Además, el cristianismo y el socialismo persiguen realizar ideales de fraternidad y de justicia, que son, según Nietzsche, debilidades abominables. Al cristianismo lo llamaba “una moral de esclavos”.

Además, Nietzsche era profundamente nacionalista, por lo que atacó duramente lo que él llamaba “el cristianismo internacional”.

En 1888, Nietzsche se volvió loco y fue necesario internarlo en un manicomio, donde escribió sus principales obras. Sus admiradores dicen que las escribió en ratos lúcidos. De esta opinión es Hitler, quien dedica al filósofo las siguientes palabras en su libro “Mein Kampf”:

“¿Cómo habría podido un loco escribir pensamientos de una lógica y una profundidad tan extraordinarias? ¡Ah, Nietzsche, qué felicidad leer esas maravillosas páginas en que pronosticas un siglo de grandes guerras, en que los hombres inferiores morirán por millones! ¡Cuánta razón tenías, Maestro Nietzsche, al decir que no hay felicidad mayor que vivir intensa y peligrosamente, y al ensalzar la excelencia del odio, ese sentimiento sublime, noble y viril! ¡Ah, qué lástima que ya no existas! Me imagino, si vivieras ahora, el alegrón que tendrías si te llevara a dar una vueltecita por mis campos de concentración”.

El año 1900, al asomar la nariz el siglo de grandes guerras que alegremente había profetizado, Nietzsche, el Apóstol de la Desigualdad, murió.

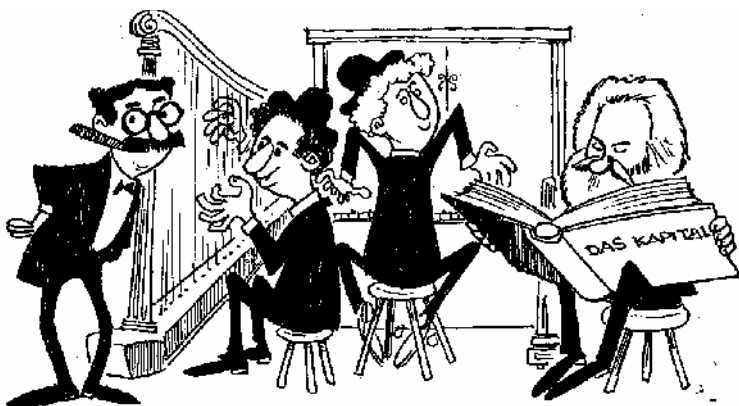
En su tumba, en una tosca lápida de piedra, hay grabada una frase suya: “Odiaos los unos a los otros”.

¹ Como quien dice, burgueses y proletarios.

CAPÍTULO X

El último mohicano

Carlos Marx



Carlos Marx con sus hermanos.

HABÍA en otro tiempo en la ciudad alemana de Tréveris un abogado judío llamada Hirschel Marx, que tenía cuatro hijos: Grucho, Harpo, Chico y Carlos.

Todos tenían un gran sentido del humor y vivían felices, en el temor de Jehová y respetuosos de las Sagradas Escrituras, ayunando

cuando éstas lo mandan y cuando no lo mandan, pues a la oficina del padre jamás llegaba un cliente.

Hirschel Marx sabía que los abogados cristianos tenían numerosa clientela y hacía tiempo que deseaba convertirse al cristianismo, pero como en su familia todos habían sido rabinos, el paso era duro. Además, los cristianos ponían una prueba de fuego a los judíos que querían convertirse tenían que decir:

“Me debes nueve huevos”.

—Mi deibes noive goivos —dijo Hirschel.

Fue reprobado.

Desde entonces practicó incansablemente, hasta que pasó el examen.

Por fin le dijeron

—Hirschel, ya puedes bautizarte.

—Qui boino —dijo él, lleno de alegría.

La conversión produjo en Carlitos un impacto bastante serio. Ya era preguntón antes de eso, pero desde entonces fue terrible.

—Papito, ¿ahora somos cristianos?

—Sí, mijito —respondía el papi.

—¿Y qué significa que seamos cristianos? —insistía el niño.

—Que somos hermanos de todos los hombres.

Carlitos se quedaba pensativo un momento y volvía a la carga:

—Los ricos no son cristianos, ¿verdad, papi?

—Sí, mi jito, son cristianos..., o se hacen. El niño se volvía a sumir en profundas meditaciones y de pronto exclamaba:

—¡Pucha los gallos teatros!

Una vez, cuando Carlitos tenía doce años, al salir del templo, vio a varios sacerdotes reunidos y se acercó y les planteó sus dudas, y estos no supieron responderle. Y de pronto llegó su madre, muy alarmada porque “el niño”, como ella lo llamaba, se había perdido. Y delante de su madre los sacerdotes se maravillaban de la inteligencia de Carlitos. Pero, cuando su madre se lo llevó, comentaron:

—¡Chiquillo de moledera! Su madre debiera darle una paliza por intruso.

A los quince años entró Carlitos a la Universidad de Bonn, a estudiar Derecho, pero pronto llegó a la conclusión de que “las leyes son hechas por los ricos para someter a los pobres, y su estudio no aporta una auténtica sabiduría como el estudio de la filosofía y de la historia”. En consecuencia, abandonó la Escuela de Derecho de la Universidad de Bonn y se fue a estudiar historia y filosofía a la Universidad de Berlín.

En el Museo Histórico de Ámsterdam se conserva la carta que Marx dirigió a su padre explicándole el cambio de universidad. En ella le dijo:

“Querido papito: Hay momentos en la vida en que todo nos indica que debemos cambiar de rumbos, y así me sucedió a mí. Sentí primero pasión por la poesía, y escribí tres tomos de poemas que he enviado a Jenny¹. Después me sentí atraído por la Filosofía, la Historia y el Derecho, así es que en mis ratos de ocio comencé a escribir un Tratado de Filosofía del Derecho, pero apenas escribí un poco más de trescientas páginas y lo abandoné. Después hice algunas traducciones de poemas griegos y latinos, y quise conocer a otros autores. Comprendí entonces que dominar apenas el griego, el latín, el francés, el hebreo y el alemán no permite un conocimiento cabal de la literatura, así es que comencé a estudiar inglés e italiano entre las dos y las tres de la mañana. Antes no tenía tiempo, pues desde la medianoche hasta, las dos escribo diálogos a la manera de Platón... Espero que al leer esta carta comprendas, papi, que mi vocación me llama a la filosofía, y que me moriría si tuviera que dedicarme, como tú, a cobrar cheques y letras y a tramitar nulidades de matrimonio. Te abraza tu hijo,

CARLITOS”.

Transcurrieron algunos años en que Carlitos Marx continuó leyendo poesía, teatro, filosofía, historia, derecho y economía en alemán, inglés, italiano, griego y

¹ Se refería a su novia, Jenny von Westphalen.

latín. Por suerte, en el jardín del pensionado universitario de Berlín había buena tierra, y los domingos se entretenía en hacer adobes.

Por fin, en 1841, poco después de cumplir los veintitrés años, obtuvo su título de Doctor en Filosofía.

Había llegado el momento de trabajar, y Carlos eligió la actividad a que dedicaría el resto de su vida: el periodismo revolucionario. Pero realmente revolucionario. Los periodistas de “El Siglo” son monaguillos al lado suyo. Tan revolucionario era que, apenas entraba a trabajar a un diario, éste triplicaba sus ventas, lo nombraban director, aumentaban todavía más las ventas, las autoridades clausuraban el diario y a Marx lo echaban del país.

Al año siguiente de recibirse, Marx entró a trabajar a “La Gaceta Renana”, en la ciudad de Colonia¹. A poco de entrar lo nombraron director y cinco meses después el periódico fue prohibido.

“¿Qué hago?”, pensó Marx. Y, como no le gustaba estar de ocioso y tenía que quemar de alguna manera sus energías, decidió casarse con Jenny, su único amor.

Jenny y Carlos vivieron felices toda su vida, en la más negra de las miserias, pero muertos de la risa. Los dos tenían un humor incomparable y se reían de cualquier tontería².

Corría el año 1843. El tenía veinticinco años y ella veintinueve. Como muchos matrimonios jóvenes, se quedaron algunos meses viviendo con la suegra de Marx, la baronesa de Westphalen. Pero ésta y su yerno, no se entendieron. Marx le repetía constantemente:

—Baronesa, si quiere ser perfecta venda lo que tiene y délo a los pobres.

Pero ella se ponía muy triste cuando escuchaba esto, pues amaba mucho sus riquezas.

En noviembre de 1843, Marx y Sra. se fueron a París.

“Tengo que ganarme la vida —pensó Marx—. ¿Qué puedo hacer?”

Y de pronto su mente se iluminó.

“¡Ya sé! —se dijo—. Fundaré un periódico revolucionario.”

Y fundó los “Anales Franco-Alemanes”, el que fue prohibido apenas apareció, pues decía cosas terribles, como las siguientes:

“¡Ay de vosotros, ricos! ¡Ahora estáis satisfechos, pero yo os digo que tendréis hambre! Ay de vosotros! ¡Ahora reís, pero yo os digo que gemiréis y lloraréis!”

Pero esta vez no lo echaron de Francia, así es que se quedó allí.

En septiembre de 1844 llegó a su casa un joven de veinticuatro años (Marx había cumplido veintiséis), que dijo llamarse Federico Engels.

¹ La ciudad más olorosa de Europa, y, además, muy próspera, gracias a la exportación de agua.

² Encarnaban el público ideal para cierto autor cuyas iniciales son “J L.”

—Feuerbach me ha hablado mucho de usted —dijo Engels—, así es que he venido especialmente a París para conocerlo.

—Mucho gusto —le respondió Marx—. Quédese a tomar el té.

Federico Engels había pertenecido, lo mismo que Marx, a la Fraternidad Juvenil de Estudiantes Hegelianos, y le interesaban, como a Marx, la filosofía, la economía, el derecho, el teatro, la poesía, la pintura, la música, la numismática, la arqueología y las matemáticas, y, además, dominaba varios idiomas que Marx aún desconocía. La comunidad de intereses era total. Federico se quedó, pues, a tomar té. Y cuando terminaron la primera taza, Jenny y Carlos formularon sendas preguntas a Federico:

—¿Se serviría otra taza de té? —interrogó Jenny.

Y Carlos le propuso —¿Escribamos un libro?

Federico contestó —Bueno.

Pero nunca se sabrá si lo que aceptó fue otra taza de té o la proposición de Marx. Jenny fue a la cocina a servir más té y Carlos se levantó para traer papel y lápiz. La cosa es que algunas semanas más tarde publicaron “La Sagrada Familia”.

Entonces sí que los echaron de Francia.

Marx se fue con su señora a Bélgica. Instalado en Bruselas escribió con Engels “La ideología alemana”, y para ganarse la vida, colaboró con diversos periódicos europeos. Estos libros y artículos periodísticos le ganaron a Marx cierta reputación de revolucionario canchero y sabio, y su opinión comenzó a ser estimada aun por viejos líderes socialistas que ya eran famosos cuando Marx recién entró a la universidad, lo que aumentó con la publicación de “La miseria de la filosofía”.

A esta altura, las ideas de Marx eran comentadas en todos los círculos socialistas europeos, y numerosos líderes obreros de todos los países de Europa hacían largas peregrinaciones hasta Bruselas para conversar con Marx y beber la sabiduría en su fuente.

Y este sabio que ya tenía muchos seguidores y discípulos y que causaba tanta conmoción no era el anciano barbado y melenudo que pintan por ahí, sino un joven de veintiocho años.

Por las calles de Bruselas se le veía pasar rodeado de obreros a los que enseñaba su doctrina. A veces le acompañaban también algunas prostitutas, cuya compañía no desdeñaba, no porque pretendiera ser infiel a Jenny, sino porque las consideraba “unas pobres mujeres a las que el régimen capitalista empuja hacia un comercio infame”.

Con tal compañía solía pasar a algún restaurante y, mientras comían, les endilgaba sus enseñanzas. Esto escandalizaba a los demás parroquianos, que, por sus palabras y por sus amistades, lo juzgaban una amenaza para la monarquía.

—¿Quién es ese —preguntaban— que come con republicanos y pecadores?

Una tarde, en noviembre de 1847, un inglés llamado Pepe Moll llegó a Bruselas buscando la casa de Marx. Mostró a un transeúnte un papel con la dirección y le preguntó dónde quedaba la calle.

El transeúnte se encogió de hombros y le dijo:

—Buscad y hallaréis.

Por fin llegó frente a la casa, que se veía muy cerrada, como si no hubiera nadie. A una vecina, que estaba asomada a una ventana, Moll le preguntó entonces si había alguien en la casa de Marx, y ella repuso:

—Golpead y os abrirán.

Así fue. Después de dos aldabonazos apareció la empleada de Marx.

—¿Está el doctor? —preguntó Moll.

—¿Estáis enfermo?

—Me refiero al señor Marx. Él es Doctor en Filosofía, ¿no es cierto?

—Ah, sí. ¡Qué distraída soy! Pasad, pasad...

En la sala¹ estaban Carlos y Federico sumergidos en un mar de libros, anotaciones manuscritas y humo del cigarro de Marx. Pepe se presentó:

—Soy José Moll, delegado de la Liga de los Justos, que tiene su sede en Londres. Desde allá he viajado a pedir algo.

—Pedid y se os dará —dijo Marx.

—La Liga desea que vosotros ingreséis a ella —explicó Moll, mirando ya a Engels, ya a Marx—. Vuestros planteamientos nos parecen formidables y deseamos adoptarlos. Si aceptáis esta proposición, debéis trasladaros de inmediato a Londres para asistir al congreso que realizaremos la próxima semana.

Al día siguiente partieron los tres a Londres. Jenny, que era una excelente dueña de casa, les puso en la maleta un frasco de quita manchas para que se limpiaran después de cruzar el Canal.

En el congreso, los jóvenes se lucieron. Tanto Carlos como Federico eran oradores fogosos y convincentes, y todos sus puntos de vista fueron acogidos con entusiasmo por los congresales. Hasta le cambiaron el nombre a la institución, que pasó a llamarse Liga de los Comunistas.

En esos días, los comunistas todavía no eran tan bellacos como hoy², sino sumamente fraternales. Esto está acreditado por los Estatutos de la Liga de los Comunistas, aprobados en ese mismo congreso y redactados por Marx y Engels,

¹ Sala-comedor-escritorio-biblioteca-cuarto de costura. Los Marx nunca vivieron en casas muy amplias.

² En la actualidad es cosa común ver a un comunista apagar su cigarrillo en el ojo de una bebé o arrancarle la nariz de un mordisco a su mujer. Así lo afirman publicaciones de absoluta parcialidad. (Ver "Selecciones del Reader's Digest" de cualquier mes y año.)

cuyo punto 3. reza: “Todos los miembros de la Liga deben considerarse cómo hermanos y prestarse ayuda y asistencia en caso de necesidad”¹.

Además, el congreso encomendó a Carlos y Federico que redactaran la declaración de principios y el programa de la Liga. Ellos volvieron a Bruselas, redactaron rápidamente el “Manifiesto comunista” y lo enviaron a Londres, donde se publicó en febrero de 1848, en una tirada de 1.500 ejemplares, en papel Biblia.

Los miembros de la Liga tomaron esos ejemplares y salieron a venderlos por las calles de Londres. Parados en las esquinas, ofrecían el “Manifiesto” a quienes pasaban:

— Venid a leer la buena nueva... Este es el camino, la verdad y la vida...

El ‘Manifiesto’ es un folletito en cuya portada siempre aparecen dos ancianos de barbas patriarcales, pero esas imágenes no tienen nada que hacer allí, pues los redactores del documento tenían veintinueve y veintisiete años, respectivamente.

Bajo — su apariencia inofensiva, el “Manifiesto comunista” oculta conceptos terribles. Lo más espantoso de todo es el programa que aparece al final del capítulo II. Es sencillamente sobrecogedor, por lo pernicioso y malvado:

“1. Reforma tributaria. ¡Que paguen los poderosos!

“2. Reforma agraria. ¡La tierra para el que la trabaja!

“3. Trabajo obligatorio para todos: ¡El que no trabaja no come!

“4. Centralización del crédito en un Banco del Estado.

“5. Centralización de los transportes en manos del Estado (Ferrocarriles del Estado, Transportes Colectivos del Estado, etc.).

“6. Plan habitacional para los trabajadores. Una casa para cada familia.

“7. Educación pública y gratuita para todos los niños. Supresión de las subvenciones a los colegios particulares.

“8. Transformación del Club de la Unión en sede social de la Asociación de Carteros Jubilados”.

Ningún país puede soportar que dentro de sus fronteras haya hombres capaces de elaborar planes tan siniestros, así es que apenas se publicó el “Manifiesto”, Marx fue expulsado de Bélgica.

Partió a Colonia, de donde lo habían expulsado antes, a raíz de la publicación de “La Gaceta Renana”.

“¿Qué hago? —se preguntó Marx—. Tengo que trabajar en algo para mantener a mi familia.”

¹ Max Baer en “Historia general del socialismo”, capítulo sobre la Liga de los Justos. Ver, del mismo autor, “Influencia de la francmasonería en el nacimiento de la Liga de los Comunistas”, Edit. Jasón, Barcelona, 1907. Consultar, de Emilio Bossi, “Carlos Marx en la Gran Logia Unida de Inglaterra”, Ed. García y Fernández, Madrid, 1911. Consúltense también “El amante de Lady Chatterley”, de Lawrence. No dice nada sobre Marx, pero es, caballo de bueno.

Meditó, concienzudamente y al fin descubrió lo que podía hacer.

“¡Ya sé! —se dijo—. ¡Publicaré un periódico revolucionario!”

Y comenzó a publicar la “Nueva Gaceta Renana”. Desde sus columnas les tiró barro con ventilador a la burguesía, a los socialistas utópicos, a los oportunistas, a los arribistas, etcétera.

Decía, por ejemplo:

“¡Ay de vosotros, burgueses hipócritas, que os llenáis la boca con la palabra “fraternidad”, y que mandáis a la horca o a la guillotina a los hombres justos que luchan por la hermandad de los hombres! Sabed que recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente que habéis derramado sobre la tierra. Habrá apuro grande sobre la tierra e ira en este pueblo. ¡Entonces será el lloro y el crujiir. de dientes!”

Como es lógico, la “Nueva Gaceta Renana” fue prohibida. Los redactores huyeron, pero Marx y algunos colaboradores fueron llevados a los tribunales, acusados de “injuriar a las autoridades”. La defensa la hizo el propio Marx; para lo cual explicó que la sociedad está dividida en burgueses y proletarios, esto es, en ricos y pobres, y que a los ricos no les gusta que se divulgue que viven del trabajo ajeno. Y terminó diciéndole al jurado: ¡Vosotros sois también trabajadores explotados por la burguesía que me acusa! No pertenecéis a su clase, sino a la mía. ¡Miembros del jurado, uníos!

No sólo lo absolvieron, sino que el presidente del jurado lo felicitó y le agradeció a nombre de todos la clase de historia, filosofía y economía que les había dado. Acto seguido, los miembros del jurado fueron en masa a inscribirse en la Liga de los Comunistas.

El hecho de ser absuelto libró a Marx de la cárcel, pero no de la Ley sobre Abusos de Publicidad. El Ministerio del Interior le dirigió una comunicación en la cual le decía: “La autoridad estima que sois un individuo indeseable, de manera que no podréis permanecer en Alemania ni un minuto más”.

Marx tomó a su señora y a sus tres hijos (y nada más, porque estaba en la cuerera, como durante toda su vida) y marchó a París. En la Ciudad Luz —que entonces se alumbraba con velas— esperaba vivir sin problemas. Apenas llegó a París, se asomó por la ventanilla del carruaje y gritó:

—¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!

Esperaba que la gente coreara con alegría y entusiasmo su saludo, pero ya habían transcurrido setenta años desde la Revolución Francesa. Gobernaba ahora Napoleón III, el cual, siguiendo las aguas de su tío, estimaba que la auténtica libertad consiste en obedecer a las autoridades. Así, pues, los gritos de Marx quedaron sin respuesta.

De pronto vio acercarse a dos soldados, y pensó:

“Vendrán a invitarme a brindar por la revolución, por las libertades públicas y por la fraternidad humana”.

Pero los soldados pusieron al carruaje un candado en cada puerta y dijeron al cochero:

—Siga viaje.

Y siguieron viaje.

En Londres se encontró Marx con numerosos revolucionarios en exilio, provenientes de todos los países de Europa.

Marx tenía que trabajar en algo, para mantener a su familia.

“¿Qué hago? —se preguntó. Y después de meditar el problema halló la respuesta—: ¡Ya sé! ¡Fundaré un periódico revolucionario!”

Fundó la “Nueva Revista Renana”, que se redactaría en Londres y se publicaría en Hamburgo. Como es lógico, la revista fue un fracaso, No era posible que una revista revolucionaria les gustara a los hamburgueses. Además, el lenguaje de la revista era demasiado violento. Atacaba duramente, entre otros, a los abogados, de los cuales decía:

“Guardaos de los abogados, que quieren andar elegantes, que les gusta que los saluden en las plazas, que ocupan los palcos más visibles en el teatro de la ópera, que en los banquetes les gusta sentarse a la cabecera y que, sin embargo, devoran las casas de las viudas y de los huérfanos”.

Esta virulencia tenía, necesariamente, que hacer fracasar la revista. Los hamburgueses no la compraron, simplemente, y si veían a alguien leyéndola le decían con tono irónico:

—Pero ¡cómo! ¿Tú lees ese pasquín indecente?

Después del fracaso de la “Nueva Revista Renana”, Marx se limitó a continuar su labor de adoctrinamiento de los líderes obreros.

—Así como a mí me aborrecen —les decía— os aborrecerán a vosotros por predicar en mi nombre. Pero no os preocupéis por eso, pues todos los auténticos innovadores son perseguidos. Igual persiguieron a los que vivieron antes que vosotros.

En esos años hizo Marx un viaje por el continente, provisto de un pasaporte, artísticamente falsificado, y alcanzó a Tréveris a saludar a su madre. Pero cuando ésta lo vio, le dijo:

—¿Qué hay, hombre, entre tú y yo?

A la buena señora no le gustaba en absoluto que su hijo anduviera predicando doctrinas revolucionarias, rodeado de discípulos picantes.

—¿Hasta cuándo vas a andar con esos roticuacos, diciendo leseras contra las autoridades? —lo increpó.

Esta escena, que se desarrolló en la puerta de la casa, la misma casa en que Marx había nacido, fue observada por algunos vecinos, que comentaron:

—¿Que no es éste el Doctor en Filosofía, hijo de Hirschel Marx, hermano de Grucho y de Harpo y de Chico?

Y no creían en él, pues nadie es profeta en su tierra, ni en su casa, ni entre sus parientes.

Durante ese viaje advirtió Marx que los trabajadores europeos no habían respondido aún al llamado que les formuló en 1848, en la frase final del “Manifiesto comunista” —¡Proletarios del mundo, uníos!—, así es que se puso a trabajar en la organización de una especie de CUT mundial: la Asociación Internacional de Trabajadores, a la que sus íntimos llamaban familiarmente “la Internacional”.

Marx trabajó como hormiga durante varios meses, hasta que la Internacional quedó organizada y pudo realizarse su primer congreso. En la sesión inaugural de éste, los centenares de delegados asistentes entonaron con orgullo el himno de la institución que recién nacía:

*Bienaventurados los pobres del mundo.
Libertad para los esclavos sin pan.
Y gritemos todos unidos:
¡Viva la Internacional!*

*El día, que el triunfo alcancemos,
ni esclavos ni hambrientos habrá.
La Tierra será el Reino de los Cielos
para toda la Humanidad.*

Por fin, en marzo de 1883, Marx cayó gravemente enfermo. Poco después, el Señor lo llamó a su lado.

EPÍLOGO

*Lector, desde la profundidad
de estas páginas veinticinco
siglos te contemplan.*

CASI TODO el mundo imagina a los filósofos como viejos barbudos, graves, correctos, sobrios, de costumbres ascéticas, respetados por todo el mundo y a quienes no se les entiende ni jota.

¡Craso error!

Entre los filósofos se muestra la fauna humana con tanta variedad como en un club deportivo o en un partido político. Entre los filósofos hay hombres sencillos y buenos como Spinoza; libertinos arrepentidos como San Agustín, y otros que jamás se arrepintieron, como Rousseau; oportunistas como Leibniz; héroes como Sócrates; locos agresivos como Nietzsche; perezosos superlativos como Descartes; políticos hábiles como el Papa Gregorio el Grande; ególatras como Empédocles; niños prodigio como Marx; chupamedias como Maquiavelo; comunistas utópicos como Tomás Moro; clérigos como Tomás de Aquino; comefrailes voraces como Erasmo y Bertrand Russell, y uno que otro tonto grave que corresponde al concepto corriente del filósofo, como Kant y Hegel.

Bueno, ¿y entonces qué diferencia hay entre los filósofos y los que no lo son?

El origen de la diferencia entre el filósofo y el que no lo es hay que buscarlo en la educación infantil. Todos los niños son curiosos y ametrallan a sus padres con preguntas, pero sólo algunos padres tienen respuestas para todo:

—Papito, ¿de dónde están colgadas las estrellas ?

—Las sostienen los ángeles, mijito.

—Papito, ¿por qué llueve?

—La lluvia la manda San Isidro, mijito.

—Papito, ¿por qué hay terremotos?

—Los terremotos son castigos de Dios, mijito.

—Papito, ¿por qué era revolucionario O'Higgins?

—Porque era patriota, mijito.

—Papito, ¿por qué es revolucionario Fidel Castro?

—Porque es un bellaco, mijito.

Los niñitos que tienen padres tan sabios satisfacen su curiosidad y nunca más se formulan tales preguntas. Esos niñitos jamás llegan a ser filósofos.

Otros niños, en cambio, reciben respuestas diferentes, como un mexicanito que salió a pasear con el papá y la mamá. Al niño todo le llamaba la atención y todo lo preguntaba

—¿Qué es eso, papito? —No sé, mijito.

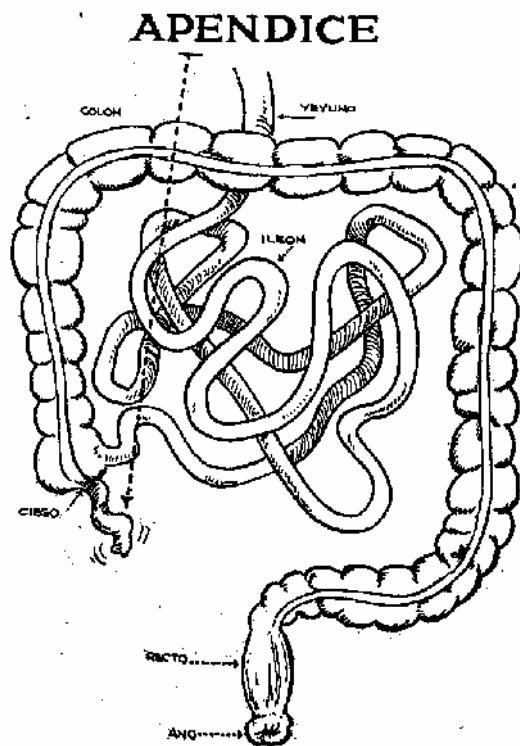
—¿Y eso otro, papito? —No sé, mijito.

La madre reprendió entonces al niño:

—Mijito, no moleste a su papito.

—No importa, mujer —dijo el padre—; deja que el niño se instruya.

Ese niño quedó con la curiosidad insatisfecha, y con el tiempo, de tanto buscarle una respuesta a lo que quería saber, llegó a ser filósofo.



BIBLIOGRAFIA



INDICE

